

NAVIDAD POR CONTRATO, ¿o no?

SARAH RUSELL

NAVIDAD POR CONTRATO, *¿o no?*

SARAH RUSELL

Primera edición.

Navidad por contrato, ¿o no?

©Sarah Rusell

©noviembre, 2025

©imágenes por AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Epílogo

Capítulo 1



Almudena

—Me voy a ir de mi casa, no sé como ni cuando, pero lo voy a hacer —miré a mi amiga—. Rocío, ya no puedo seguir viviendo junto a ella, cada día está peor.

—¿No puedes aguantar un año más? —negué— Me da mucha rabia que te trate así, pero no sé qué es lo que puedes hacer, ojalá pudieras venirte a mi casa, pero sabes la situación en la que vivimos —en la casa de Rocío las cosas no estaban muy bien que digamos.

Tenía hermanos pequeños, su madre no podía trabajar por culpa de la enfermedad que padecía en sus articulaciones y con el sueldo de ella y su padre, casi que no tenían para mucho.

Que ganas tenía de que pasase este año, porque pasado ese tiempo lo primero que iba a hacer, era ayudar a esa familia que siempre me habían tratado como a una más de ellos, pero de lo que pensaba hacer, mi amiga no tenía ni idea y así seguiría siendo hasta que todo fuera un hecho.

—No te preocupes, lo sé de sobra —le eché el azúcar al café y empecé a removerlo—, tengo que buscar un trabajo sin que ella se

entere, así podré ir ahorrado algo para buscar, aunque sea un habitación en un piso compartido.

—Pues no sé como vas a buscar un trabajo y que tu madre no sé de cuenta. Los trabajos tienen horarios —como si no lo supiera.

—Por eso sé que va a ser algo más complicado, pero lo tengo que intentar —le di un sorbo a mi capuchino. Tal vez pueda trabajar en algo que sea desde mi casa, así lo puedo disimular mejor.

—Te ayudaré a buscar algo. Ya verás que poco a poco todo va a ir mejor —sé que intentaba consolarme y darme su apoyo.

Vamos a empezar por el principio para que me vayáis conociendo y entendáis un poco mejor de que iba la conversación que estaba manteniendo con Rocío, ella era mi mejor amiga, en realidad, era mi mejor y única amiga.

Me llamo Almudena y tengo veinticuatro años. No tengo trabajo como habéis visto y no porque no quiera, sino porque mi madre, se niega a que lo haga.

Soy hija única y vivo en una casa grande con mi madre, solo somos ella y yo. Mi padre murió cuando era demasiado pequeña, por lo que no tengo recuerdos de él y mi madre tampoco es que me hablara mucho de mi padre.

Recuerdo que cuando era pequeña le preguntaba mucho por él, pero con el paso del tiempo y cansada de las misma respuestas, dejé de hacerlo. Así que poco más puedo decir de él, bueno sí, era un hombre con mucho dinero, tanto como para que pudiéramos vivir una vida cómodamente sin necesidad de trabajar.

Y era ahí donde entraba en acción mi madre, Esperanza, y no por tener ese nombre quería decir que te animara a tener mucho de ella, todo lo contrario, si podía destruir todas las que tuvieras ella era el doble de feliz.

Se supone que cuando se tiene a un hijo es porque lo deseas y estás dispuesto a darle tu amor y cariño, pues se ve que mi madre no me tuvo por esos motivos, más bien yo diría que fui un accidente del que no le quedó más remedio que hacerse cargo.

El caso era que no me dejaba trabajar, se suponía que, si lo hacía, sus amistades pijas, que eran igual que ella iban a pensar que nos estábamos muriendo de hambre y claro está, eso ella no lo podía permitir, sería como el fin del mundo.

Y lo peor de todo es que tampoco me daba mi dinero para que me independizara e hiciera con mi vida lo que quisiera. Porque mi padre me había dejado mucho dinero, pero había un "pero" en todo esto y muy grande.

Para hacerme con el dinero tenía que firmar mi madre diciendo que estaba conforme o, por el contrario, debía esperar a cumplir los veinticinco años, ahí si sería mío por derecho y mi querida progenitora no podría oponerse.

El problema es que para eso todavía quedaba un año y si yo continuaba viviendo un años más bajo el mismo techo de ella, iba a volverme loca.

Desde que era niña mi madre siempre me miró como si yo fuese una persona insignificante que no merecía la pena. Eso sí, delante de cualquier persona era para ella la mejor hija del mundo, pero en cuanto las puertas de casa se cerraban y nos volvíamos a quedar solas, volvía a la carga.

Lo que más disfrutaba ella, era cuando recalcaba cualquier cosa de mi físico, como, por ejemplo, "Almudena, te sobran un par de kilos" "Almudena, quizás sería mejor que te echaras un tinte, tu color de pelo no tiene gracia ni elegancia".

No sé, cosas de ese estilo, daba igual como me vistiera, a ella le daba igual todo lo que yo hiciera para agradarla, siempre veía fallos en mí.

Lo intenté durante muchos años, intenté ser agradable, porque durante ese tiempo pensé que si era como a ella le hubiese gustado que fuera, tal vez me iba que querer un poco más e iba a descubrir lo que era tener el amor de madre que todo niño se merece conocer en esta vida.

Con el paso de los años me di cuenta de que daba igual todo lo hiciera, ella nunca me iba a querer y que, si no firmaba para darme mi dinero, era porque disfrutaba haciéndome daño y burlándose de mí.

Mi madre se crecía cuando con sus comentarios me hacía pequeñita, mientras más pequeña me hacía yo, más grande se hacía ella.

Tenía que salir de esa casa como fuera, porque mientras más tiempo pasaba, más dura y dañina se estaba volviendo.

—En cuanto llegue a casa me voy a poner como loca a buscar por internet —dejé a un lado la tostada que había pedido antes, cada vez que hablaba de este tema se me quitaba hasta el hambre.

—Almu, comete la tostada —me hacía gracia cuando me reñía.

—No tengo hambre, además, sabes que me viene bien ayunar, a ver si por fin bajo los kilos que me sobran.

—Como digas otra vez ese estupidez me voy a levantar y dejarte sola —sabía que con ese tema se cabreaba mucho, pero es que cuando la verdad es tan evidente, de nada vale intentar ocultarla—. Estás dejando que la palabras de tu madre te hagan más daño del que te estás dando cuenta, sobre todo si de verdad piensas que estás pasada de peso.

—No es que lo piense, de todas la cosas que me dice, la única que es cierta es la de los kilos.

—No todo el mundo tiene una talla treinta y cuatro ¿Qué más te da tener una cuarenta y dos o cuatro? Tienes un cuerpazo y no lo quieres ver —no es que no lo viera, es que no era así. Lo que pasa es que ella me quería tanto que me decía esas cosas para que yo sufriera un poco menos.

—Que sepas que, si me la como es para que te sientas bien, pero de verdad que no tengo hambre —me comí medía para no seguir hablando del tema, no me gustaba hablar de mi cuerpo, me sentía incomoda, aunque lo hablara con mi mejor amiga—. Y dime, ¿cómo está tu madre con el último tratamiento que le han puesto? —le pregunté para cambiar el tema de conversación.

—Ya sabes como es todo con ella. Cada vez que le cambian el tratamiento, al principio hace efecto, pero en el momento en el que su cuerpo de adapta a esas pastillas o inyecciones deja de funcionar —soltó un suspiro de resignación—. Aunque este parece que le va un poco mejor, eso es lo que parece por ahora. Yo lo único que quiero, es que deje de sufrir esos dolores tan fuertes que padece.

—No pierdas la esperanza, la medicina es una cosa que está avanzando constantemente —apoyé mi mano sobre la suya—. Ya

verás que van a dar con el tratamiento que ella necesita y podrá vivir sin esos dolores, o por lo menos harán que sean más llevaderos.

—Ojalá tengas razón —no me gustaba verla sufrir. Si dependiera de mí, haría todo su sufrimiento mío.

—¿Y los enanos? —Lo enanos era sus hermano mellizos, tenían diez años.

—Esos dos siguen como siempre, haciendo de vez en cuando de las suyas —no es que los pobres niños fueran malos, solo muy ingeniosos, pero eran muy buenos niños y ayudaban en su casa mucho.

—Son únicos, lo que me rio con ellos no tiene precio.

—Tienes razón, muchas veces pienso que son ellos los que hacen que en mi casa se pueda sobrellavar todo un poco mejor, para animar no hay otros como ellos —miró la hora de su reloj—. Me tengo que ir ya, mi padre tiene que llevar a los mellizos a su partido y yo me tengo que quedar con mi madre.

—Ve, yo pagó esto —aunque mi madre no me diera dinero para independizarme, si me daba algo para salir o comprarme algunas cosas y gracias ese poco dinero que me iba dando, ya tenía un poco ahorrado—. Si necesitas ayuda, ya sabes, no dudes el llamarme.

Salimos de la cafetería las dos a la vez, nos despedimos en la puerta y cada una tomó un rumbo distinto.

Capítulo 2



Martín

—Estás bromeando, ¿verdad? —le pregunté a mi padre, sin salir de mi asombro.

—No, si no puedes mantener el compromiso con una sola mujer. ¿Quién me dice a mí que lo vas a hacer con la dirección de la empresa?

—¿Has bebido? Porque de otro modo no sé a qué viene esta locura. ¿Desde cuándo necesito estar con una mujer para demostrar que puedo llevar todo esto? —Moví las manos para señalar el despacho— Llevó dirigiéndola desde que te retiraste y nunca me has dicho nada y por si no te has dado cuenta —me puse de pie para mirarlo cara a cara—, he aumentado mucho los ingresos.

—No digo que no lo estes haciendo bien. No esperaba menos de ti, hijo. Sin embargo, nada me garantiza que sigas por este camino y no lo eches todo a perder.

—Siendo así, lo podría perder todo con una mujer o sin ella —lo miré atentamente, fuera a ser que le estuviera dando algo en la cabeza y por eso estaba diciendo tantas tonterías.

A simple vista, parecía estar bien, pero vete tú a saber. Lo que sí tenía claro, es que hoy estaba muy raro.

—Estoy seguro que si tuvieras a tu lado a una buena mujer, nunca permitiría que perdieras la cabeza. Mírame a mí, tu madre siempre ha estado a mi lado y nunca ha permitido que salga de mi camino —con cada palabra que salía de su boca, más me confirmaba que no estaba en sus cabales— ¿Dónde vas? —me preguntó, cuando vio que había cogido mi chaqueta del respaldo de mi silla.

—A llevarte a urgencias, creo que te está dando un ictus o algo parecido —al escucharme se echó a reía a carcajadas—. Te lo digo en serio, me tienes preocupado, papá.

—Qué bueno ha estado eso, hijo —dejó de reírse poco a poco—. no me pasa nada, por lo menos nada de lo piensas, pero lo que te he dicho va muy en serio: o te echas novia, en serio o no pongo la empresa a tu nombre, hasta puede que la venda y todo.

—Es que no entiendo a qué viene todo esto y ahora.

—A que tienes treinta y cinco años y estoy cansado de verte pasar de una mujer a otra —ya no se reía y por lo que parecía, toda esta locura la decía muy en serio—. No sé como lo vas a hacer, pero para cuando lleguen las fiestas navideñas quiero que nos presentes a una pareja y nada de eso de una amiga a la que le pidas un favor, quiero una novia formal.

—¿Y qué te hace pensar que no la tengo ya? ¿Desde cuándo he ido aireando mi vida privaba? Sabes lo reservado que soy para eso —no sé por qué cojones había dicho eso.

—¿Tienes novia? —asentí serio— Pues mejor, porque tenéis que pasar las Navidades completas con nosotros y toda la familia —en

menudo lío me había mentido, pero antes muerto que dar marcha atrás.

Creo que se me había escapado por la boca esa tontería al ponerme nervioso cuando me había dicho que no iba a poner la empresa a mi nombre si no sentaba la cabeza.

—Llevo conociendo a una mujer desde hace un par de meses y la verdad es que me gusta mucho, por ahora está siendo la única mujer con la que me siento bien —Martín, más vale que te calles la boca ya, porque estás haciendo la mentira más gorda por momentos.

—Ya me lo podías haber dicho antes —sonó a recriminación—. Si te gusta esa mujer de verdad, no entiendo porque la ocultas cuando deberías pasear con ella de la mano —pues como no me de la mano a mí mismo no sé yo… Pensé, de manera irónica.

—No la oculto, simplemente queremos ir despacio, los dos estamos de acuerdo en ello.

—No es por aguarte la fiesta, pero te queda poco tiempo, porque cuando nos vayamos, ella tiene que venir, así que en ti está que nos conozca a toda la familia el mismo día o nos la presentas a tu madre y a mí antes —joder, en que me había metido.

—Se lo preguntaré a ella.

—Que alegría me has dado, verás lo contenta que se pone tu madre cuando se lo diga —en el momento en el que se lo dijera a mi madre, me iba a llamar para hacerme un interrogatorio de primera.

—Dile a mamá que no me atosigue a llamadas ni con preguntas, que ya le iré contando todo a su debido tiempo —a ver si diciendo

esto no me llamaba para atosigarme—. Lo siento mucho, papá, tengo que ir a la sala de juntas, tengo una reunión y voy a llegar tarde —lo de la reunión no era mentira, me estaba esperando allí mi equipo de arquitectos.

—No te preocupes, ve, yo también me tengo que ir, tu madre me está esperando —me despedí de él y salí disparado hacia la sala de juntas.

—Rocío, ¿está todo preparado? —le pregunté a mi secretaria, al pasar por su lado.

—Sí, jefe, delante de cada silla hay un carpeta con todo los puntos a seguir en la reunión.

—Gracias por tener siempre en cuenta hasta el más mínimo detalle.

—Es mi trabajo —me sonrió de esa manera tan amable en la que lo solía hacer.

—Quiero que lo deis todo en este proyecto, si nos hacemos con él la empresa ganaría mucho prestigio —iba a presentar unos proyecto para la construcción de una cadena hotelera que quería hacer nuevos hoteles, pero estos con unos diseños totalmente distintos. Por lo visto querían construir unos de más alto nivel. Si ganamos este proyecto todos salimos ganando, así que, andando, poneos manos a la obra que no tenemos mucho tiempo.

Me quedé a solas en la sala con mi mejor amigo y mano derecha.

—Me he metido en un lío que no tengo ni idea como salir de él —le comenté a Samuel, echando la cabeza hacia atrás para apoyarla en el respaldo del sillón.

—Me asombra, porque tú no eres de los que se meten en líos —Samuel tenía razón, mi tiempo lo dedicaba casi en exclusividad al trabajo y de vez en cuando salía a tomar algo, pero siempre en plan calmado.

—Mi padre ha venido a verme antes de la reunión exigiendo que, o siento la cabeza con una mujer, o no pone la empresa a mi nombre —mi amigo me miró con cara de asombro—. Como lo oyes, una cosa ha llevado a otra a otra y he terminado diciéndole que llevaba algunos meses conociendo a una mujer con la que estoy manteniendo una relación sería y estable, pero que vamos poco a poco.

—¿Y por qué cojones le has dicho eso? ¿Has perdido la cabeza? —podía ver en su cara que en el fondo estaba disfrutando de verme en esta situación.

—Me ha dado mucha rabia que me venga con que, si no tengo una mujer a mi lado, no voy a ser capaz de llevar la empresa hacia delante, cuando él sabe que desde que la estoy llevando yo hemos aumentado mucho los contratos y los ingresos —me pasé las manos por el pelo, me sentía agobiado— Te lo juro, cuando empezó a decir esas tonterías pensé que estaba borracho o le estaba dando un ictus —no se aguantó las risas y al final rompió a reír sonoramente—. A mí no me hace ni puñetera gracia.

—No te agobies, contrata a una acompañante, se la presentas un día y puerta —mi amigo no podía ser más tonto.

—¿Cómo voy a contratar a una acompañante? ¿Tú sabes a todas las cenas que van mis padres? Dime que van a una y la ven acompañando a otro hombre, no me quiero ni imaginar la cara que pondría mi madre.

—Pues entonces lo tienes complicado, porque novia no te va a salir de un día para otro.

—Desde luego que no y menos una que esté dispuesta a pasar todas las Navidades con mi familia.

—Ah, ¿Qué también tendríais que pasar las Navidades juntos? —me preguntó subiendo tanto las cejas, que un poco más y le llegan al nacimiento del pelo.

—Sí. ¿A qué es de lo más divertido? —pregunté con sarcasmo—. De verdad que no entiendo a mi padre y estoy seguro que detrás de él está mi madre.

—Estoy seguro, con las ganas que tiene de verte pasar por el altar —negué, pero lo hice con una sonrisa al imaginarme a mi madre convenciendo a mi padre para que hablara conmigo.

—Han perdido la cabeza y me quieren hacer perder la mía ¿Cómo cojones voy a encontrar a alguien que no se dedique a eso, pero quiera hacerse pasar por mi pareja una Navidades completa?

—No te agobies con eso, todavía falta. Ya buscaremos una solución.

—La solución es que como no encuentre a alguien y mis padres nos crean, va a vender la empresa. Y te recuerdo que para Navidades faltan pocas semanas.

—¿Te ha amenazado con vender la empresa?

—Sí, por lo mismo que te he dicho antes. Dice que, si no soy capaz de mantener una relación, mucho menos voy a ser capaz de

llevar la empresa como es debido y que antes de verla caer, prefiere venderla.

—Ahora entiendo porque has pensado que tu padre había perdido la cabeza —ahora no se reía, porque estaba viendo las orejas al lobo.

—Desde que salí de la universidad lo he dado todo por esta empresa, me he dejado las pestañas haciendo los mejores proyectos para llevarla hasta lo que es ahora mismo y no sabes como me jode.

—Ya verás como no es capaz de llegar a tanto, yo creo que te lo ha dicho para intentar asustarte. Para que veas que soy buen amigo voy a intentar ayudarte.

—¿Cómo? ¿Conoces a alguien que se preste a hacer esto? —pregunté, con un poco de esperanza.

—No que yo sepa, pero estoy seguro que encontraremos a una que lo haga. Sabes que, aunque no se dedique a ser acompañante le vas a tener que pagar, porque una desconocida no lo va a hacer así porque sí.

—Con eso ya contaba —me levanté del sillón, estaba tan agobiado que lo único que me apetecía era meterme en el gimnasio de mi casa, a ver si así me desestresaba un poco—. Me voy, mañana nos vemos y recuerda que tienes la firma del proyecto de los Martínez.

—Como para que se me olvide con los cambios que he tenido que hacer hasta dar con lo que querían exactamente —resopló, era normal, porque ese matrimonio había sido un martirio para él.

Capítulo 3



Almudena

—¿De dónde vienes? —fue el recibimiento que me dio mi madre, en cuanto crucé la puerta de casa.

—He ido a desayunar con Rocío —le dije al pasar por su lado.

—Espero que no hayas comido nada, a tu cuerpo no le hace falta que le metas más comida de la que tienes acumulada —otra puya más para hacerme daño.

—¿Por qué eres así conmigo? ¿Tanto me odias? Sé como estoy, no necesito que me lo estés recordando continuamente.

—No te odio, solo te lo digo por tu bien, con ese cuerpo no se va a fijar un hombre en ti —no le iba a contestar a eso, porque no merecía la pena, prefería morderme la lengua como hacía la mayoría de las veces.

—¿Por qué no firmas los papeles para que me den lo que papá me dejó? Sí lo haces me puedes perder de vista si tanto te molesta mi físico.

—Tu padre dijo que ese dinero sería tuyo a los veinticinco y no lo vas a coger antes de tiempo, cuando tengas la edad podrás hacer lo que quieras, mientras tanto, aquí te vas a quedar.

Que pena es no saber qué es lo que se siente cuando eres querida y protegida por la persona que se supone que te quiere más que a su vida.

Que triste es que no tengas a nadie, que no sepas lo que es una verdadera familia y no sientas que eres querida y protegida. ¿De seguir vivo mi padre me habría dado su amor? ¿Mi padre, sí me amo?

Esas preguntas me las hice y seguía haciendo, aunque sabía que nunca iba a obtener la respuesta.

—Pues entonces deja que trabaje, así me puedo ir sin necesidad de tocar el dinero que me dejó mi padre.

—No, no mientras pueda evitarlo, la imagen lo es todo para mí y no voy a estar en boca de mis conocidos —¿Qué le pasaba a esta mujer por la cabeza para pensar de esa manera? ¿Desde cuándo trabajar estaba mal visto?

Por muchas vueltas que le diera a su manera de actuar y pensar jamás en la vida la iba a comprender, porque nunca iba a compartir esos pensamientos.

Estaba llegando a un punto de mi vida y convivencia con mi madre, que sinceramente me daba igual irme a un albergue, estaba segura de que un lugar como ese, sería mucho más feliz de lo que era ahora mismo.

Porque estar cada día en esta casa se hacía un infierno mucho más grande ¿Cuánto maltrato psicológico puede aguantar una persona? No sé si es que era realmente fuerte de mente o es que mis ganas de ser amada alguna vez era lo que me ayudaba a seguir aquí en este mundo, porque estaba segura que muchas otras personas no hubieran podido vivir lo mismo que yo.

No sé si sería de ser mala persona pensar muchas veces, o más bien soñar muchas veces que alguna vez tendría la fuerza para gritar al mundo entero y sobre todo a las amistades de mi madre como era ella en realidad.

Exponerla ante todos con el mayor de sus miedos, que hablaran de ella y dejarla al descubierto, me gustaría hacerlo algún día. Eso era lo que pensaba muchas veces, después me daba cuenta de que no valía la pena.

En cuanto pudiera iba a desaparecer de su vida y no volvería a verla en mi vida. El día que saliera por la puerta de esta casa, para mi esa mujer iba a estar tan enterrada como lo estaba mi padre.

No quería ni que me diera la mitad del valor de la casa, aunque me perteneciera por derecho, solo quería mi dinero y si lo quería era para irme lejos de aquí y, sobre todo, para ayudar a la familia de Rocío.

Si me dijera ahora mismo que me lo daba con la condición de que solo iba a obtener lo justo para ayudar a Rocío y para mí solo sería lo necesario para vivir dos meses hasta que encontrara trabajo, os juro que rechazaría el resto del dinero sin dudar ni un solo segundo.

—Algún día te pesará todo lo que me has hecho desde que nací —me atreví a decirle por primera vez en mi vida—. Y no creas que me alegrará verte sola y desamparada, pero tampoco me va a doler hacerlo.

—No te equivoques, que, si alguna de las dos tiene a personas que siempre están, esa soy yo. Tú eres la que está sola, por ti nadie va a mover un dedo, a ti nadie va a darte nada porque no significas nada para nadie y nunca lo significaras —tengo a Rocío, pensé y si la perdiera me dolería más que nada en el mundo, pero si se diera el caso, prefería estar sola antes de tener personas como esta mujer en mi vida.

—Muchas veces la soledad aporta mucho más que estar rodeada de personas vacías sin sentimientos y que no saben el significado de la palabra amor.

—Pues si tanto te gusta la soledad, vete a tu habitación y no salgas de allí en todo el día —se estaba volviendo loca por completo y su maldad y veneno iban aumentando.

—Tengo veinticuatro años, ¿crees que me puedes encerrar en mi habitación el día entero como cuando era una niña?

—Perfecto, pero de mi cocina no vas a coger comida y si sales a la calle arréglatelas como puedas, porque tampoco te pienso dar dinero, a partir de este mismo momento no te pienso dar nada dinero, ni un solo céntimo —no podía ser cierto eso que estaba diciendo, ella me daba mí dinero, me lo daba de lo que me había dejado mi padre, del suyo nunca me había dado ni para un chicle.

—Ese dinero es mío —le dije, llorando de la impotencia.

—Pero como no puedes hacer nada todavía, es lo que hay —pasó por mi lado mirándome por encima del hombro, como si fuera algo insignificante.

Estaba muy loca si pensaba que me iba a doblegar a su voluntad y le iba a pedir perdón como había hecho a lo largo de mi vida,

aunque no hubiera hecho nada para tener que hacerlo.

Ya no más, ya no más ruegos por un poco de amor, ya no más suplicas por un poco de cariño y compresión. Hoy se terminaba todo.

Subí las escaleras casi de dos en dos para ir a mi habitación y lo hacía porque era el único lugar de esta casa que de verdad sentía como mío, aquí podía dejar caer todas las lágrimas sin que me viera destruida, y de verdad que no lloraba por dolor, porque dejó de dolerme hace mucho.

Lloraba de rabia, de impotencia, de sentirme sola y sentir que estaba perdiendo mi vida más de lo que lo había hecho nunca.

Desde que era adolescente soñaba con tener una familia de verdad, una familia con la que poder celebrar los cumpleaños, las fiestas y una Navidades de verdad. Como lo celebraba la familia de Rocío, aunque fuera con poco, pero lo celebraban todos juntos, felices, riendo y bailando.

Yo nunca había tenido eso, nunca había tenido un regalo debajo del árbol de Navidad a no ser que ese año pasaran las Navidades con nosotras amigos de mi madre. Solo si era así me encontraba con un montón de regalos.

"No seas tonta, Almudena, para ella siempre le ha importado las apariencias"

Y si estáis pensando donde está el resto de mi familia, os puedo asegurar que no tenía ni idea si tenía abuelos, tíos, primos por parte de mi madre, porque ella nunca los mencionó, nunca habló de su vida antes de casarse con mi padre.

De la familia de mi padre, sabía bien poco y lo poco que supe, fue porque hacía poco más de un año se le escapó decir que mis abuelos y los hermanos de mi padre, rompieron toda relación con su hijo cuando se casó con ella.

No sé qué le dio ese día para hablar con algo más de normalidad, solo supe eso, no sabía si era una familia grande o pequeña, por no saber no sabía ni sus nombres.

Y mira que había intentado buscarlos por redes sociales y por un montón de lugares. Pero por más que buscaba personas con los apellidos de mi padre, no daba con nadie y con los que daba, les escribía preguntando, pero siempre obtenía la misma respuesta. Nadie sabía quiénes eran, no lo conocían.

Así que me di por vencida y dejé de buscarlos, de todos modos, si habían roto el contacto con su hijo o hermano, no iban a querer saber de mí, para que iba a seguir buscándolos, para recibir más desprecios de los que había recibido a lo largo de mi vida. No, mejor me quedaba como estaba.

Me dediqué todo el día a buscar un trabajo que pudiera hacer desde mi casa, a buscar información sobre algo con lo que pudiera emprender sin que tuviera que poner dinero en un principio, era difícil, lo sabía, pero yo no me iba a rendir.

Digo yo, que las personas que nunca le han hecho daño a nadie y que su vida les va de mal en peor, en algún momento tendrá que cambiar su suerte e ir mejorando.

Porque si no es así, la vida es muy puñetera y todo el mundo merece ser feliz en algún momento, aunque sea poco, pero por lo menos descubrir lo que es la verdadera felicidad.

A veces cuando estaba acostada con las luces apagadas y todo en silencio, le pedía a mi padre, que, si alguna vez me había querido, que por favor me echara una mano para salir de aquí cuanto antes.

Me podéis llamar ilusa, soñadora o tonta, pero sinceramente pensaba que si pedias un deseo con todo tu corazón se podía llegar a cumplir y mi único deseo era salir de aquí y encontrar una familia que me amara y para la cual yo fuera importante.

Capítulo 4



Martín

Como me había imaginado mi madre me llamó, eso sí, se contuvo porque tardó dos días en hacerlo y eso para ella era un mundo. No me quería ni imaginar las vueltas que tenía que haber dado su mente hasta que hizo la llamada.

Menos mal que le fui contestando con respuestas generales, no le quise dar ningún dato que fuese más específico como su nombre o como era físicamente, no lo quise hacer porque con eso sí que me la podía jugar.

Bastaba que le diera una descripción de alguna mujer que me imaginara, para que luego fuese totalmente lo opuesto.

En fin, que otro día más estaba en mi oficina y en vez de estar trabajando, que es lo que debería de hacer, mi mente no paraba de darle vueltas a toda esta locura por culpa de mi padres.

Mientras más lo pensaba, más absurdo me parecía todo. Es que no tenía lógica, daba igual que lo intentara de ver en mil puntos de vista diferentes, seguía sin tener lógica.

—Desde aquí puedo ver como tu cabeza está empezando a echar humo —dijo Samuel, entrado en mi despacho.

—Es que mira que lo intento, pero mientras más lo pienso, menos lógica le encuentro.

—Por eso he venido, creo que conozco una mujer que sería capaz de hacer algo así —lo miré esperando que fuera cierto—. Mira, aquí tengo una foto de ella.

Cuando me enseñó la foto de esa mujer, lo primero que pensé es que mi amigo de estaba riendo de mí, pero no de un modo disimulado, no, él lo estaba haciendo a lo bestia.

Lo miré levantando mi ceja derecha, le estaba preguntando con la mirada si eso era de verdad.

—No me mires así, es perfecta —cuando me confirmó que era cierto, no supe si reírme a carcajadas o llorar.

—¿Desde cuándo me has visto con una mujer así? —Que no digo que estuviera mal, bajo mi punto de vista todas las mujeres tenían sus cosas bonitas, pero no era una mujer en la que me habría fijado para mantener una relación.

—Ya sé que tienes el gusto diferente al mío, pero te prometo que Marta es capaz de interpretar el papel a la perfección.

—Samuel, si yo me presento en mi casa con esa mujer, no se lo va a creer nadie, por no decir que esa mujer tiene pinta de gustarle el dinero más que a un tonto un lápiz.

—Que le guste el dinero es lo de menos, total, a una u otra le vas a tener que pagar para que se haga pasar por tu novia todas la

Navidades.

—Te agradezco tu ayuda, pero si todas van a ser así, mejor no busques más —me recliné en mi sillón poniendo las manos detrás de mi cabeza—. No puede ser tan complicado dar con una mujer normal, quiero dejar claro, que todas las mujeres son normales, bueno, ya me entiendes lo que quiero decir.

—Pues como no pongas un anuncio anónimo en internet, no sé como lo vas a hacer —suspiré desanimado.

—Perdón, jefe, ¿puedo pasar? —me preguntó Rocío, asomándose por la puerta. Le dije que sí con un asentamiento de cabeza—. Usted sabe que no me meto nunca en nada que no sea relacionado con el trabajo, pero el señor Samuel se ha dejado la puerta abierta y he oído todo lo que habéis hablado.

—Pues si has escuchado todo, haz como la que no y mantén la boquita cerrada, te aseguro que así estas mucho más guapa —le contestó mi amigo.

—La culpa es tuya, si fueras más discreto, tal vez no lo hubiese escuchado —lo miró retándolo con la mirada. Peor no se podían llevar estos dos—. Imbécil… —dijo por lo bajo, pero se le oyó.

—¿Qué has dicho? —Se giró, para enfrentarla de cara.

—Si tienes problemas de audición, no es mi problema, ve a que te lo miren —adoraba a esta mujer, era la única que tenía cojones de enfrentarse a mi amigo y dejarle las cosas claras. Cada vez que se enzarzaban en una de sus tantas peleas, yo disfrutaba como un niño chico viéndolos y escuchándolos—. Jefe, lo que te iba a decir antes de que tu amigo me interrumpiera…

—Su amigo puede interrumpirte todas la veces que le salga de los cojones —dijo ofuscado.

—¿Pero tú tienes de esos? —le preguntó, cruzándose de brazos sin dejar de retarlo con la mirada.

—Vale ya los dos —los callé—. Samuel o te mantienes en silencio y dejas que Rocío me diga lo que ha venido a decir, o te vas —sé que se iba a cabrear, pero quería saber lo ella quería decirme. Samuel se sentó en una silla en silencio, porque, aunque se hubiera enfadado conmigo, el cotilleo le podía. Sigue con lo estabas diciendo —la animé a que continuara.

—Como iba diciendo, no he podido evitar oír lo que estabais hablando y creo que tengo la solución perfecta para su problema.

—Si te vas a presentar como voluntaria, desde ya te digo que no te hagas ilusiones, el padre de Martín te conoce y sabrá que todo es mentira, aunque sé que te mueres porque eso fuera cierto —no me molestó que Samuel dijera eso, sabía que Rocío no me veía como algo más que su jefe.

—¿Naciste siendo un gilipollas, o es una virtud que has ido adquiriendo con el paso de los años? —le preguntó, lo más irónica que pudo.

—No, nena, lo empecé a ser cuando te vi por primera vez —le guiñó el ojo para buscarle la lengua.

—Samuel, deja que termine de hablar —lo reñí, a ver si se quedaba callado y Rocío podía terminar de contarme lo que había pensado.

—Verás, te lo voy a proponer, pero puede que cuando lo haga a la otra parte, siempre y cuando estes de acuerdo, ella me puede matar, pero, de todos modos, lo voy a intentar —no tenía ni idea de lo que estaba hablando, pero me tenía intrigado y la iba a escuchar atentamente—. Tengo una amiga que está buscando trabajo desesperadamente, su problema es que no puede trabajar manteniendo un horario laboral, su madre no quiere que trabaje, pero a ella le hace mucha falta hacerlo.

—Si su madre no quiere que trabaje es porque su edad no lo requiere o porque no le hace falta que lo haga, en cualquiera de los dos caso no creo que sea la indicada para lo que busco —le dije serio, para que no pensara que iba a involucrar a una niñata en esto.

—Tiene veinticuatro años y en lo referente a porque busca trabajo no te puedo decir nada, es su vida privada y no la voy a airear sin su permiso —se sentó en un silla delante de mí. Te prometo que es la persona con el corazón más noble que jamás conocerás y si te lo estoy diciendo, es porque de verdad le hace mucha falta el dinero. Es una mujer guapísima, te lo juro, tiene un cuerpazo que ya quisieran tener la mayoría de las mujeres, no sale de fiesta, siempre está en su casa o como mucho, sale a tomarse un café conmigo en mi casa o en una cafetería.

—Me puedes explicar por qué con todas esa virtudes que dices que tienes, ¿cómo es que está soltera?

—Solo te voy a decir que su vida no ha sido nada fácil y también te voy a decir que lo más probable es que se niegue a hacerse pasar por tu novia. De verdad, jefe, que no vas a encontrar a otra mejor para esto que Almudena.

—Sí dices que ella no va a querer hacerlo, ¿por qué me lo has propuesto?

—Porque me voy a encargar de convencerla, haciendo esto, su madre no sabrá que está trabajando y podrá reunir el dinero para lo que necesita —parecía que estaba muy convencida de que lo iba a conseguir.

—¿No estará metida en problemas legales y por eso necesita el dinero? —Lo que menos necesitaba en mi vida era alguien con problemas serios.

—Te prometo que no, Almudena es la mujer más legal que vas a conocer.

—¿De qué la conoces tanto?

—Es mi mejor amiga, siempre estamos la una para la otra y así seguirá siendo toda la vida, eso es lo único que no le ha podido quitar la bruja de su madre —así que tenía problemas con su madre, ¿y si los tenía podía ser porque ella fuera problemática? — Perdón, no tenía que haber dicho eso, es su vida y no tengo porque hablar de ella. Siguiendo con lo que te estaba diciendo, creo que es la que mejor puede encajar en el papel que estás buscando.

—¿Me puedes enseñar una foto de ella para saber por lo menos como es?

—Tengo una en mi móvil, cuesta mucho trabajo que se quiera hacer fotos, ese día la pillé desprevenida, menos mal que no se dio cuenta, sino me habría obligado a borrarla —se levantó—. Voy por el teléfono.

—Martín, no creo que sea lo mejor —me dijo mi amigo desde su silla—. Cuando a dicho lo de la madre, y que no quiere que trabaje, algo hay detrás de esa mujer. No sabes nada de ella.

—Tampoco sé nada de la que me has enseñado tú —quise defender a Rocío, aunque la verdad es que lo hice más por intriga que por otra cosa.

—Aquí está, pero antes de enseñarte la foto, me tenéis prometer los dos que no le diréis que tengo una y que la voy enseñando.

—Lo prometo —le dije con ganas de ver a esa mujer.

—Hasta que no lo prometa tu amigo no la enseño —miré a mi amigo con los ojos entrecerrados para que lo prometiera de una vez.

—Está bien, lo prometo. Enséñale la foto de una vez.

—Esta es Almudena —giró el móvil para enseñármela.

Se lo quité de las manos para mirar esa foto mejor, en ella se veía a una mujer joven, estaba sentada con una taza de café entre las manos y mirando hacia un lado, como si no se diera cuenta de lo que pasaba a su alrededor, se veía como si estuviera sumida en sus pensamientos.

El color de su pelo era castaño, pero tirando a destellos dorados por algunos mechones. Amplié un poco la imagen para verla más de cerca.

Por encima de su nariz se podía ver una cuantas pecas, muy difuminadas, pero se podía notar un rastro de ellas. Tenía las pestañas largas y onduladas, más oscuras que el color de su pelo, remarcaba unos ojos almendrados y sobre todo resaltaban el color verde de ellos.

Todo el conjunto de su rostro era perfecto, esa mujer era preciosa, la miraras por donde la miraras.

—Déjame verla, tiene que ser guapa para que tú te hayas quedado embobado mirándola —me quitó el teléfono de la manos antes de que me diera cuenta—. Joder, pues sí que es guapa —admitió en cuanto vio su imagen.

—Si por fuera es bonita os puedo asegurar que por dentro lo es mucho más —nos dijo Rocío, y aunque la escuché, yo seguía pensando en la mujer se esa imagen.

—Habla con ella, haz lo que puedas para convencerla y cuando lo hayas hecho me lo dices para que concertemos una cita y hablar del tema. Son muchos puntos que tratar y queda poco tiempo para las Navidades.

—Esta misma tarde la llamo para quedar.

Rocío volvió a su trabajo, igual que Samuel y yo me dediqué a perder el tiempo recordando esa imagen una y otra vez en mi mente.

Capítulo 5



Almudena

Rocío: *Hola, bombón, hace días que no sé nada de ti, ¿todo bien?* —desde que desayunamos juntas no habíamos hablado.

Almudena: *Hola, preciosa, todo va muy bien* —la mayoría de las veces no le contaba los problemas con mi madre, bastante tenía ella con todo lo de su casa, como para cargar con cosas que no le pertenecían—. S*e supone que estás trabajando. ¿Qué haces escribiéndome?*

Rocío: *Mi jefe no es un dictador y mientras cumpla con mi trabajo, puedo dedicar unos minutos a mi amiga* —puso un carita sonriente— *¿Puedes quedar esta tarde para tomar un café?*

Menos mal que yo siempre he gastado muy poco dinero y el que me había ido dando mi madre, lo había ido guardando, porque con lo que me dijo el otro día tenía claro que así me viera morir de hambre no me daría nada.

De ella a estas alturas no me extrañaba.

Almudena: *¿A qué hora?*

Rocío: *Nos vemos en la cafetería de siempre a las cinco y media* —ella salía del trabajo a las cinco.

Almudena: *Perfecto, no vemos en un rato, te quiero* —le puse un emoji tirando un beso.

Me daba tiempo a ducharme y salir de casa antes de la hora en la que había quedado con ella, iba a aprovechar e iría dando un paseo tranquilamente.

Eso me iba a venir muy bien para despejar la mente y dejar de darle vueltas a lo mismo, porque por muchas vueltas que le diera de nada valía, mi vida no iba a cambiar de la noche a la mañana.

Después de la ducha me puse unos vaqueros, un jersey marrón oscuro y unos botines. El pelo me lo dejé suelto, casi siempre lo llevaba en una coleta, pero hoy me dolía demasiado la cabeza y cuando eso me pasaba me venía mejor no tener el pelo recogido, no sé si científicamente tenía algo que ver, pero si era algo que a mí me funcionaba.

—¿Dónde vas? —Me giré cuando mi madre salió del salón al verme pasar por delante de la puerta.

—A dar una vuelta.

—No vas a salir, así que ya te estas dando la vuelta —la miré con furia en los ojos, por primera vez en mi vida creo que trasmití el odio que cada día iba sintiendo por ella.

—¿Pero a ti qué te pasa? ¿Desde cuándo te ha importado mi vida lo más mínimo? Déjame en paz de una vez, haz tu vida que yo haré la mía.

—Si sales por esa puerta cuando vuelvas no vas a poder entrar porque voy a cambiar la cerradura —no, ya no iba a ser más tonta, se terminó la Almudena cayada y obediente.

—Te voy a decir una cosa, y escúchame por primera vez tu vida, Esperanza. Si cuando vuelva mi llave no puede abrir esa puerta, atente a las consecuencias, porque te recuerdo que el dinero que me dejó mi padre no lo puedo tocar todavía, pero la mitad de esta casa es mía.

—Tú aquí no tienes nada.

—¿Quieres ver cómo sí? O entro en mi casa por las buenas o sales tú por las malas, porque te hago venderla y me vas a tener que dar la mitad de su valor. Sea como sea te aseguro que no me vas a ningunear más.

—No me amenaces, Almudena —se dio la vuelta sin decir nada más, pero antes de que se fuera, la mirada que vi en sus ojos no me gustó nada.

A saber, lo que me esperaba cuando volviera, de todos modos, por ahora no le iba a dar más vueltas, no tenía ningún sentido hacerlo.

Como todavía faltaba más de una hora para que llegara Rocío, decidí comprarme un capuchino para tomármelo en un parque que había muy cerca de la cafetería.

Me senté en un banco, puse el vaso a mi lado, subí las pierna sobre el banco abrazándolas por las rodillas, apoyé la cabeza sobre ellas y dejé la mente en blanco, al hacerlo fijé mi mirada en un punto fijo, eso me funcionaba cuando quería dejar de pensar.

El tiempo se me pasó en un suspiro, tanto fue así que, si no me hubiese llamado Rocío para decirme que ya estaba allí, todavía seguiría sentada en ese banco.

Me había venido bien, me había relajado mucho.

—Bombón, creía que al final me ibas a dejar esperándote — dijo en cuanto llegué.

—Lo siento, salí de casa antes de tiempo y como todavía quedaba para verte, decidí ir al parque que hay justo aquí, la verdad, se me fue el santo al cielo —tomé asiento frente a ella— ¿Cómo está todo por casa? —Siempre me preocupaba por todos ellos.

—Como siempre, como ya te dije. A mi madre por ahora parece que le están calmando los dolores las nuevas pastillas. Los niños bien, en el cole, aunque son unos trastillos, por lo menos son buenos estudiante. Y mi padre, como siempre, del trabajo a casa y viceversa —le pidió a la camarera los cafés de las dos— quiero decirte algo y no sé como te lo vas a tomar, pero me tienes que prometer que antes de poner alguna pega, me vas a escuchar y después de hacerlo lo vas a analizar todo antes de negarte —me dijo, aunque sabía que, viniendo de Rocío, no era nada malo.

—Voy a estar callada por completo y te voy a escuchar atentamente —le dimos las gracias a la camarera cuando nos dejó las bebidas calientes.

—Sabes que mi jefe es un hombre joven y que está soltero — como me dijera que se había liado con él, me iba a dar algo, no por nada malo, simplemente porque Rocío no era así—. El caso es que no quiere pareja y su padre lo ha amenazado con que siente la cabeza al lado de una mujer o no pone la empresa a su nombre — mucho rodeo estaba dando—. Bueno, no me voy a enrollar mucho, todo eso te lo explicaré después —le dio un sorbo a su café—. El

caso es que no sé porque lo ha hecho, pero le ha dicho a su padre que lleva varios meses conociendo a alguien.

—¿No te habrá metido a ti en todo eso?

—No, más bien te he metido yo a ti —los ojos se me abrieron de par en par.

—Espera un momento porque creo que no te he oído bien… ¿Me puedes explicar un poco mejor que tengo que ver con ese hombre y porque me has metido en su problema?

—Porque su problema puede ser la solución al tuyo. Verás, como lo de la novia era mentira y estaba hablando con su amigo Samuel sobre buscar a alguien para pagarle y que durante las Navidades se hiciera pasar por su pareja —cada vez estaba entendiendo menos—, he pensado que podías hacer ese trabajo, así tu madre no se daría cuenta, te sacas un dinero y a él lo ayudas de paso. Antes de que digas nada, piénsalo bien. Te prometo que Martín es muy buen hombre y su familia también, solo tienes que hacer un poco de teatro delante de su familia estas fiestas.

—Espera, vamos por parte porque esto es surrealista como poco —cogí un poco de aire a ver si ponía todo en orden— ¿Me estas ofreciendo un trabajo para hacerme pasar por la novia de tu jefe? —asintió— ¿Tú has perdido la cabeza? ¿Cómo pretendes que haga algo así? Sabes como soy con los hombres —me había criado entre críticas, lo que me había llevado a tener una autoestima tan baja que siempre me había dado vergüenza que alguien me viera desnuda, mucho menos que acariciara parte de mi cuerpo. ¿Cómo iba a dejar que un hombre lo hiciera si ni yo misma me podía mirar al espejo de cuerpo entero? — No voy a hacerlo, lo siento, pero no puedo. No me voy a vender a un hombre, ni voy a fingir delante de unas buenas personas, mi conciencia no me lo permitiría.

—¿Y si te permite que un buen hombre pueda perder la empresa por la que tanto ha luchado? ¿Sabes que si su padre no la pone a su nombre y la vende me voy a quedar en el paro? —No me hagas esto Rocío, pensé— Piénsalo, por favor, haciendo esto os ayudáis mutuamente.

—Rocío, no me digas eso, por favor —le rogué con la mirada.

—Almu, piénsalo, unas Navidades alejada de tu casa —me miró con súplica.

—Me lo pensaré durante la noche, mañana por la mañana te escribo un mensaje y te doy la respuesta definitiva —le dije eso para que no siguiera insistiendo, pero la respuesta iba a ser, no.

—Te conozco tan bien, que ya sé cuál va a ser tu respuesta, pero quiero creer que al final vas a entrar en razón.

Me quedé un par de horas más con ella, hablamos de mucho temas, pero no le dije nada de como estaba mi casa últimamente porque no quería que se preocupara.

De camino a casa iba con miedo, miedo a que me encontrara en la calle, esa mujer era capaz de eso y de mucho más, todo si servía para hundirme más de lo que ya estaba.

Se ve que le paré los pies que me defendiera antes de salir, cuando le dije que la mitad de la casa era mía. Pude entrar en mi casa sin problema, todo estaba en silencio y las luces apagadas y eso que todavía era muy temprano. Seguramente había salido de casa para ir a cenar con algunas de sus amigas.

Al entrar en mi habitación me quedé con los pies anclados en la entrada cuando vi lo que tenía ante mis ojos. No me podía haber

hecho esto, ya había rozado el punto de maldad pura. Pude darme cuenta del odio que sentía esa mujer por mí, porque ya me negaba a decir que era mi madre, esa mujer no sabía lo que era serlo y mucho menos demostrarlo.

Capítulo 6



Martín

Estaba deseando que llegara Rocío para que me contara si había hablado con su amiga o no.

Desde que vi la foto de ella el día anterior no me podía sacar su imagen de la cabeza, en el momento que dejaba la mente un poco más libre con el trabajo, sin darme cuenta recreaba ese rostro una y otra vez.

En la edad que tenía había estado con muchas mujeres, unas con algún rasgo que las hacía más llamativas que otras, pero nunca me había topado con alguien como esa mujer, no sabría decir que era lo que más me había llamado la atención.

Esa mirada me atrapó, no fue lo único que me llamó la atención, fue su rostro al completo.

Ahora, y siendo sincero conmigo mismo, me daba igual la mentira que le había dicho a mi padre, lo que quería era conocer a esa mujer que con solo verla un vez me había atrapado como no me había pasado a mis treinta y cinco años.

—Buenos días, jefe —me saludó Rocío, después de dar un toque en la puerta.

—Buenos días, pasa por favor —le di permiso para que entrara— ¿Hablaste ayer con tu amiga? —no me iba a andar con rodeos, quería saber su respuesta. Me levanté para hacer dos cafés, tenía una cafetera de capsulas a un lado del despacho.

—Sí, estuve hablando con ella —le puse uno de los cafés por delante de camino a mi sillón—. La verdad es que al principio pensó que era una broma, hasta que finalmente se lo pude explicar todo.

—¿Te ha dicho que lo va a hacer?

—Me dijo que se lo tenía que pensar, pero, jefe, no creo que acepte.

—¿Por qué? Por lo que comentaste ayer le hacía falta un trabajo, pero que no fuese uno común.

—Sí y le hace falta, más de lo que te puedas llegar a imaginar, pero ella dice que no sería capaz de mentir a unas buenas personas, que su conciencia no se lo permite. Martín, Almudena es un alma pura con un corazón tan grande que no le cabe ni pizca de maldad —estaba atento a cada palabra que decía en referencia a su amiga, porque eso me hacía conocer un poco más a esa mujer—, por no mencionar que ella es demasiado cortada con los hombre. También dejó claro que no podría hacerlo, porque sería como venderse. Intenté convencerla hasta con un poco de chantaje emocional diciéndole que, si no lo hacía, tu padre iba a vender la empresa y que yo me iría la paro, ahí fue cuando dijo que se lo pensaría, pero creo que va a decir que no.

—Es perfecta para hacer el papel, con ella mis padres no durarían que es verdad mi relación. De todos modos, gracias por intentarlo —

si no quería no la podía obligar, era lógico y normal que no quisiera prestarse a hacer algo de este estilo.

—Es ella —dijo cuando miró su teléfono al empezar a sonar.

—Contesta, puedes hacerlo fuera del despacho si quieres tener más privacidad.

—Dime, bombón —fue el saludo que le dio—, ¿me llamas para darme la respuesta? —el gesto de Rocío fue cambiando, de contestar con una medio sonrisa, pasó a la preocupación— Almu, respira, si no dejas de llorar no te voy a entender —no sé qué es lo que le estaba contando que hizo que la rabia cruzara el rostro de Rocío— ¿Por qué no me llamaste anoche? Hija de puta… Almudena, no puedes seguir ahí, eso no es vida, no te mereces que te haga eso —a mi secretaria se le escapó una lágrima. Tenía que ser algo grave para ella ponerse así y verla en ese estado hizo que me preocupara —. Ve a mi casa, allí está mi madre… no importa, ya nos arreglaremos como podamos, pero no voy a permitir que sigas ahí ni un minuto más. No importa, esta tarde cuando salga del trabajo buscaremos algo barato en alguna tienda de mi barrio, allí podremos encontrar cosillas —apreté los labios, porque la cosa parecía seria—. Almu, no llores más, por favor, sé que no es el momento, pero quizás aceptar la propuesta de mi jefe sea lo mejor que te puede pasar ahora mismo.

—Dile que venga y hable conmigo, todas las dudas que tenga intentaré resolvérselas —le dije susurrando, para que no me escuchara a través de la línea del teléfono. Asintió dando a entender que me había escuchado.

—¿Por qué no serias buena para esto? ¿Tú eres tonta o qué? Escúchame, ven a la empresa, mi jefe hoy tiene la mañana más despejada, habla con él, deja tus puntos de vistas claro, por lo menos escúchale. Te prometo que es un buen hombre, no debes

tener miedo. Hazlo por mí, por favor —se detuvo a escuchar la respuesta de ella—. Vale, cuando llegues me avisas y bajo a la entrada. No olvides que te quiero y siempre voy a estar a tu lado.

—Rocío, ¿qué es lo que ha pasado? Parecías muy preocupada hablando con tu amiga y por algunas cosas que he podido percibir, se notaba que no estaba bien.

—Esa maldita mujer —soltó el móvil de golpe sobre la mesa—. No te puedo contar nada de eso, es su vida y Almudena es una mujer muy hermética. Es a mí, que soy su mejor amiga y la mayoría de las veces no me cuenta nada y sé que lo hace para no preocuparme.

—Si está en mi mano poder ayudarla en lo que pueda, podéis contar conmigo.

—Creo que la puedes ayudar más de lo que te imaginas y mucho más que ella a ti, solo te voy a pedir una cosa.

—Lo sea que esté en mi mano —no sé lo que me estaba pasando con esa mujer que sin conocerla me estaba interesando más de la cuenta.

—Si acepta el trabajo, no juegues con ella, no la trates con desprecio y, sobre todo, no le hagas daño. Se merece encontrar a personas que la respeten y no la critiquen por todo —se le escapó un lágrima sin poder evitarlo. Lo que me indicaba que detrás de lo poco que me había dicho había mucho escondido.

—Sabes que siempre trato bien a todo el mundo, pero para que te quedes más tranquila, te prometo que la voy a respetar en todos los sentidos y solo haré lo que entre dentro de nuestro acuerdo.

—Gracias, jefe, no esperaba menos de ti —aunque sonrió un poco, esa sonrisa no les llegó por completo a los ojos.

—Creo que ya va siendo hora de que dejes de llamarme jefe y lo hagas por mi nombre, antes cuando lo hiciste me gustó.

—Lo intentaré —se levantó de la silla—. Mejor me pongo con el trabajo o se va a ir acumulando.

—Cuando llegue tu amiga, baja directamente a por ella, no tienes que entrar a pedirme permiso para bajar —asintió antes de salir del despacho.

No me consideraba un mal hombre, nunca lo había sido, mis padres se encargaron de darme una buena educación y valores. Crecí dentro de una familia donde el cariño y el respeto fueron los pilares para sostenerse.

Es verdad que siempre había huido del compromiso y todavía lo seguía haciendo, pero eso no me hacía ser peor ni mejor que otros hombres, simplemente estaba bien tal y como estaba.

Si iba a hacer toda esta pantomima era para no perder la empresa, me había dejado la piel y mucho años de mi vida por llevarla donde estaba hoy en día, me había costado dar mucho con todo el equipo que había reunido en mi plantilla, trabajábamos bien y en sintonía, cada uno sabía cuál era su cometido y por eso habíamos podido crecer tanto.

Y que todo esto estuviera en peligro por lo que creía mi padre que era lo mejor, me dolía más de la cuenta y me dolía porque él más que nadie me había visto dejarme las pestañas y muchas horas de mi vida.

Me daba mucha rabia, porque mis padres nunca habían sido así, siempre habían confiado en mí y me había encargado de no defraudarlos nunca.

Solo esperaba que fuera algo pasajero y que después de las fiestas cuando toda la euforia de pasarlas con la familia pasara de largo, volvieran a entrar en sus cabales, aunque nunca le confesaría que la pareja que les iba a presentar era falsa, pero si les diría un tiempo después que no había podido funcionar nuestro noviazgo y que habíamos roto.

No supe con exactitud el tiempo que había pasado, me líe con unos planos de un chalet que iba construir para un matrimonio amigos de mis padres y querían que lo hiciera yo.

Cuando me enfrascaba en los planos el tiempo se me pasaba sin darme cuanta y en ello estaba cuando tocaron la puerta, por ese toque sabía que era mi secretaria, ya la conocía por ese sonido.

—Pasa Rocío —estaba de pie ante la mesa que utilizaba para hacer los planos, le estaba dando la espalada a la puerta del despacho.

Tenía la mesa puesta precisamente en esa posición porque era como mejor le daba la luz de las ventanas.

—Jefe, está aquí Almudena —¿Tan rápido había pasado el tiempo que no me había dado cuenta?

Solté el lápiz con el que estaba trabajando, me giré para mirar hacia la puerta y lo que me encontré fue mucho mejor de lo que la foto de Rocío me había mostrado.

Justo al lado de mi secretaria, estaba la mujer que tantas ganas tenía de conocer. Vestía un pantalón vaquero, un jersey marrón y unos botines.

Lo que, si me llamó mucho la atención, fueron sus ojos. En la foto pude ver sus ojos verdes, pero hoy se le veían mucho más claros y rojos, como si hubiese llorado más de la cuenta, debajo de esos ojos, se podía percibir unas profundas ojeras.

Me miró con una timidez que no había visto jamás en alguien de esa edad, y no era solo esa timidez, también pude distinguir un poco de miedo, incertidumbre.

Lo que no me gustó mucho, fueron los gestos que hacía con el jersey, se tiraba del bajo de la parte delantera, como si quisiera hacerlo más grande lo que ya era, o quisiera disimular partes de su cuerpo, esa mujer se hacía más pequeña por momento.

Esa mujer me produjo ternura, una parte de mi mente quiso ir directamente hacia ella y abrazarla para protegerla de todo lo que le estuviera haciendo daño.

Capítulo 7



Almudena

Al entrar en el despacho del jefe de Rocío, ese hombre estaba dándonos la espalda mientras estaba inclinado sobre unos papeles en una mesa y con un lápiz entre las manos, se giró en cuando mi amiga le habló para decirle que yo estaba allí.

Dios mío, era una locura estar aquí, pero la desesperación por lo que me había hecho la noche antes mi madre, no me dejó otra opción.

Una de las cosas que más vergüenza me dio hacer, fue tener que ponerme la misma ropa que me puse la tarde anterior cuando fui a hablar con Rocío. Menos mal que la tenía limpia y que no me la había manchado.

Os estaréis preguntando el porqué de la ropa, aunque seguro que lo habéis deducido y si no es así, os lo contaré.

Cuando llegué a mi casa, ya que esa mujer no me podía dejar fuera de ella, la tomó con mi vestuario, con todo, no se dejó atrás ni los pijamas.

Bueno, para ser sincera, me dejó la ropa más vieja y fea que tenía, esa que dejas para estar por casa, pero que ni loca sales a la calle con ella puesta. Pues de eso me dejó, tres camisetas y dos leggins cortos de verano y dos pantalones de chándal que, por cierto, más bolillas no podían tener de todo el uso que les había dado.

Volviendo al momento en el que estaba, ¿qué pasa cuando metes en una habitación a una mujer que no es capaz de sostenerle la mirada a ningún hombre, mucho menos cuando imponía tanto como el que tenía delante? Pues que intentaba hacerse invisible a toda costa.

Y eso mismo era lo que estaba haciendo yo.

—Almu, él es Martín, mi jefe —mi amiga me miró haciendo una señal para que diera un paso hacia delante—. Jefe, ella es mi amiga.

—Encanto, Almudena —vino hacia mí, estirando la mano para presentarnos, al tocarlo sentí algo raro removerse en mi interior, pero como nunca había sentido algo así, creí eran los nervios jugándome una mala pasada—. Siéntate, por favor —me pidió ese hombre. Miré a mi amiga rogándole con la mirada que no me dejara sola, pero me ignoró excusándose que tenía trabajo pendiente.

—Gracias —me senté en la silla que me ofreció.

—Puedes preguntar todo lo que quieras, te prometo que voy a resolver todas tus dudas —se sentó en su sillón, justo frente a mí—. Creo que está de más que vuelva a decir lo que ya te ha dicho Rocío, por eso quiero que me preguntes todo lo que quieras.

—Yo no tenía pensado nada de esto cuando le dije a mi amiga que necesitaba un trabajo, no le voy a mentir —me di valor para levantar la mirada y mirarlo a los ojos, esos ojos de un marrón intenso que

parecían que estaban leyendo todos mis movimientos—. Creo que soy la menos indicada para hacerme pasar por su pareja, yo no estoy hecha para esto. Eso sin contar que no se lo va a creer nadie —alzó una ceja cuando dije lo último—. Aun así, no me queda más remedio que aceptar su oferta, siempre y cuando acceda a las condiciones que le voy a pedir.

—Me siento alagado, porque vas a aceptar sin saber lo que te voy a pagar. O confías mucho en tu amiga o la desesperación te la llevado a decir que sí, en cualquiera de los dos casos, puedes estar tranquila, jamás voy a pasar los límites que pongas —no sé por qué, pero me trasmitía confianza.

—Lo primero que quiero dejar claro, es que no voy a aceptar dinero, no me va a pagar por hacerme pasar por su pareja, no podría tocar ese dinero —fue a hablar, pero no lo dejé—. Solo quiero que me haga un pequeño favor, le prometo que ese favor se lo devolveré en menos de un año —Dios, que trabajo me iba a costar decir la siguientes palabras, nunca creí que mi madre, me llevara a hacer lo que estaba a punto de hacer, pero la desesperación es lo que tiene, que te lleva a cometer locuras—. Necesito que me deje dormir en su casa, le prometo que será por poco tiempo y en cuanto pueda le voy a pagar la estancia.

—Rocío me dijo que vivías con tu madre —la mirada de ese hombre me estaba poniendo nerviosa por momentos y lo peor, es que no era solo su mirada, era todo él, nunca había visto a uno tan guapo como Martín, tenía algo que lo hacía único, por lo menos ante mis ojos.

Era moreno de pelo, no llegaba a tenerlo totalmente negro, se le podía ver algunos reflejos un poco más claro. Labios carnosos sin ser demasiado, unas cejas pobladas, pero bien definidas, y unos ojos marrones oscuros que te traspasaban con su miraba.

No sé lo que medía, pero era alto, teniendo en cuenta que yo media uno sesenta y cinco, y por lo que pude comprobar cuando se acercó a saludarme. Me sacaba más de una cabeza, así que calculaba que estaría en torno al uno ochenta y cinco o noventa.

El cuerpo se le podía ver debajo de esa camisa y pantalón, bien definido, con algo de músculos, pero si llegar a ser en exceso, lo que era un cuerpo armonioso.

—Y lo hago, pero por diversos motivos no puedo seguir viviendo allí —no le iba a contar lo que había sido mi vida junto a esa mujer —. Sé que tal vez sea mucho lo que le voy a pedir y podría llevarse una impresión equivocada, pero no me queda más remedio que hacerlo.

—Lo que esté en mis manos, cuenta con ello.

—Necesito que me preste algo de dinero —que vergüenza estaba pasado, en estos momento solo quería que la tierra me tragara y desaparecer por completo—. le prometo que solo será un préstamo, en cuanto encuentre trabajo le devolveré hasta el último céntimo.

—¿Le debes dinero a alguien y no quieres que tu madre se entere? —Negué con la cabeza y cerré las manos con todas mis fuerzas clavándome las uñas en palmas, lo hacía para aguantar las ganas de llorar— ¿Para qué lo necesitas entonces? No es por cotillear, solo tengo que estar prevenido, como comprenderás, no puedo llevar a una persona que este envuelta en problemas a conocer a mi familia y pasar la Navidades con ellos.

—No le debo nada a nadie, puede confiar en mi palabra, nunca he sido problemática. Es que necesito el dinero para comprarme ropa y antes de que pienses que es una petición caprichosa, no es así — tragué fuerte—. Me he quedado sin ropa, solo tengo la que me ve puesta y solo tengo un poco de dinero, pero no creo que me dé más

que para comprarme dos o tres camisitas, algún que otro pantalón y nada más.

No aguanté más, la presión que estaba aguantado desde anoche, aunque había llorado mucho, no se me iba. Me derrumbé delante de ese hombre al que no conocía de nada.

—No le puedo pedir ayuda a Rocío, demasiado tiene ella y su familia, como para cargar conmigo. Estoy pasando la vergüenza más grande mi vida al pedirte todo esto —me tapé la cara con las manos, en estos momentos no era capaz ni de mirarlo a los ojos.

—Ey, no tienes que llorar, ya verás que todo lo que te está pasando, poco a poco lo vas a ir solucionando —sentí como ponía sus manos sobre mis antebrazos—. No tienes que contarme nada más si no quieres, te voy a ayudar en todo lo que necesites —me apartó las manos de la cara tirando suavemente de mis brazos.

Estaba en cuclillas delante de mí, mirándome con pena y algo más que no supe descifrar, pero estaba segura de que en esa mirada se encondía algo, solo esperaba que fuera bueno.

Lo que sí tenía claro, era que el cupo de personas con maldad estaba a rebosar y que ni mi mente ni mi cuerpo podían soportar más dolor.

Ojalá cuando terminen las fiestas navideñas no me arrepienta de lo que iba a hacer y esperaba de todo corazón, que por nuestra mentira no sufrieran otras personas, no me lo podría perdonar si pasara algo así.

Capítulo 8



Martín

Ver a esa muchacha once años menor que yo sufriendo de esa manera, me conmovió por completo. Lloraba con pena y mucho dolor, uno que parecía que no se le iba a ir fácilmente.

—Hay un baño justo ahí, lávate la cara que nos vamos —le ofrecí la mano para ayudarla a levantarse.

—¿Dónde vamos a ir? — preguntó entre hipidos por el llanto.

—Vamos a empezar a solucionar lo que te ha pasado —dejé que fuera al baño y que se refrescara la cara, no sabía lo que tenía esa muchacha, pero no iba a permitir que nadie la viera derrumbada, porque me daba a mí que valía más de lo que ella creía.

Tardó un rato en salir del baño, estaba seguro de que dentro estuvo llorando un poco más.

Cuando salió no había rastro de esas lágrimas en su rostro, pero si seguía con los ojos vidriosos y rojos. No la había visto sonreír y estaba seguro que tendría una sonrisa tan espectacular que podría dejar eclipsado a cualquiera.

—Rocío, recoge tus cosas que nos vamos —quería que viniera su amiga con nosotros, sabía que así se iba a sentir más cómoda que viniendo solo conmigo—. Llama a Samuel y dile que se haga cargo de todo mientras no estamos.

—¿Qué es lo que ha pasado? ¿Almu, estás bien? —Se preocupó por su amiga— ¿A dónde vamos?

—Vamos a comprar ropa —no sé qué es lo que me llevó a cogerle la mano, no entrelazando los dedos como pareja, más bien era como apoyo, me salió hacerlo y lo hice—. Si no quieres que entre en las tiendas con vosotras, me puedo quedar en la cafetería y te doy mi tarjeta, ¿vale?

—No hace falta que venga con nosotras, si permite que Rocío venga conmigo, puedo ir a una tienda que hay en su barrio —me imaginaba que tampoco tendría ropa interior, así que tenía que ser mucho más bochornoso.

—Perfecto, pero no vamos a ir a esa tienda, mejor os llevo a un centro comercial, allí tenéis todo tipo de tiendas —le di un apretón en la mano, noté como quiso retirarla, pero no se la solté—. Te recuerdo que vas a pasar las Navidades con mi familia y vas a necesitar todo tipo de ropa, chaquetas y calzado.

—Martín, de verdad que no hace falta tanto, con lo básico voy bien. Además, no me lo tengo que comprar todo hoy, todavía quedan más de dos semanas para Navidad —se notaba que estaba un poco agobiada y no quería que se sintiera peor de lo que ya se tenía que estar sintiendo.

—Vamos a hacer lo siguiente —me detuve para que las dos me miraran—: hoy vais a comprar las cosas básicas y en unos días venimos por el resto de cosas, ¿estás de acuerdo?

—Lo prefiero así, gracias.

—No me des las gracias, nos estamos ayudando mutuamente — parecía tan tímida para la edad que tenía que asustaba.

Llegamos al centro comercial, les di una de mis tarjetas personales para que hicieran las compras, mientras que ellas iban solas, yo me dediqué a ir a otra tienda.

Le iba comprar algunas cosas que le harían falta y sé que ella no diría nada. De camino a esa tienda le escribí un mensaje a Rocío para decirle que no escatimaran y que absolutamente todo lo que le hiciera falta lo cogiera ella si a Almudena le daba vergüenza.

Fui a una tienda donde todo había todo tipo de productos de higiene personal. Era donde yo compraba mis geles de baños y todo lo que necesitara, además de ser exclusiva, te lo preparaban todo muy personalizado.

Esperaba que la dependienta diera con un olor que le gustara, ahí mismo le compré también dos perfumes distintos, esos sí que es verdad que los elegí yo, de todos los que me mostraron me quedé con los que creía que le iría bien ese olor.

Si nos les gustaba, siempre estaba que se los comprara ella a su gusto, sabía que regalar ese tipo de cosas era muy personal, cada persona tiene un gusto muy distinto y particular, pero algo me decía que había acertado en esos olores.

Me senté en una cafería cuando terminé de hacer mis compras, me pedí un café mientras ellas terminaban de hacer sus compras, después de aquí las llevarías a comer a uno de los restaurantes que más me gustaba de la ciudad.

¿Qué es lo que le había pasado para haber perdido toda la ropa? Y, por otro lado, estaba el tema de que me hubiera pedido quedarse en mi casa, eso sí que me asombró bastante, para que nos vamos a engañar.

Por lo poco que me había dicho mi secretaria, o por lo poco que le había escuchado cuando habló con ella, podía deducir que la relación con su madre no era muy buena.

Pero de ahí a irse de casa de buenas a primeras y nunca mejor dicho, con una mano delante y otra detrás, había un mundo y para que una persona llegara a tomar una decisión de esa magnitud, algo tenía que ir muy mal entre madre e hija.

Todavía me costaba creer la suerte que había tenido de que esa mujer se fuera a hacer pasar por mi pareja. No voy a mentir, me gustó mucho desde que Rocío me enseñó esa foto, me atrajo y llamó mi atención.

De Almudena me gustaba todo, no era la típica mujer delgada, tampoco estaba pasada de peso, simplemente tenía un cuerpo de escándalo, por lo poco que percibí debajo de ese jersey del que no paraba de estirar, es que tenía una curvas que podría ser la perdición de cualquier hombre.

Sin embargo, por esos tirones de su ropa algo me decía que ella no estaba muy contenta con su cuerpo y que por eso intentaba ocultarlo debajo de un jersey tres tallas más grandes de lo que realmente necesitaba.

El teléfono me empezó a sonar, al sacarlo del bolsillo de mi pantalón vi que era mi madre. No tenía muchas ganas de hablar con ella, todavía estaba un poco molesto por haberse puesto de acuerdo con mi padre y hacerme hacer esta locura, aun así, le contesté.

—Dime —sé que era un poco seco para lo cariñoso que solía ser con ella, pero era lo que podía darle por el momento.

—Hola, cariño. Tu padre se ha pasado por la empresa y no estabas, ni Rocío tampoco. ¿Ha pasado algo?

—No, hemos tenido que salir hacer unas cosas. Roció volverá después de comer, pero yo no puedo, tengo cosas que hacer esta tarde. ¿Le hacía falta a mi padre por algo en concreto?

—No, solo pasó por allí para invitarte a comer con nosotros.

—Lo siento, pero no puedo, he quedado para comer con Almudena —ya podía decir el nombre y no tenía que estar con evasivas.

—Así que se llama Almudena… —no sé si fue pregunta o afirmación— Ahora que por lo menos conozco su nombre, me parece más real ¿Cuándo nos la vas a presentar? —Tan impaciente como siempre cuando se le metía algo en la cabeza.

—Todo a su tiempo, no quieras ir tan deprisa —sonreí, al oírla resoplar en desacuerdo.

—Dime que al menos sí va a pasar las Navidades con nosotros.

—No sé, a lo mejor no las paso ni yo —la pinché un poquito.

—Martín, con eso no se juega. Las Navidades son para pasarlas en familia.

—Y si es como tú dices, ¿no crees que Almudena las quiera pasar con la suya y quiera que yo las pase con ella? —No era el caso, pero eso ella no lo sabía.

—Lo entiendo cielo y si es eso lo que queréis hacer lo respeto, pero por lo menos un día o dos sí que podríais venir con nosotros.

Mi familia tenía la costumbre de irse al pueblo de mi madre, al norte de España y pasar la Navidades allí. Mis padres hicieron una casa muy bonita y acogedora.

Cada vez que podían se escapaban y se iban unos días. Mi madre tenía a su hermano y hermana viviendo allí y les gustaba que las tres familias nos reuniéramos en fechas especiales, sobre todo, en Navidad.

—Mamá, no te preocupes, vamos a pasar la Navidad con vosotros.

—Ay, hijo, no sabes lo que me alegro escucharte decir eso, tus tíos y primos tienen muchas ganas de conocer a tu novia —le había faltado tiempo para ir a contarlo a toda la familia.

—Mamá, Almudena es muy tímida, te lo digo para que adviertas a la familia y no la agobien mucho, la familia y vosotros dos también.

—No te preocupes, ya verás como ella se va a encontrar muy a gusto rodeada por todos nosotros —no sé por qué, pero me daba que Almudena iba a pasar más tiempo con ellos que con conmigo.

—Te lo digo en serio. Te conozco muy bien y vas a querer pasar tiempo con ella, pero te recuerdo que es mi chica y no me la vas a robar —tenía que pasar todo el tiempo que pudiera cerca de esa mujer que tanto me había llamado la atención.

Quería y necesitaba conocerla bien, saber que eran las cosas que le gustaba hacer, ganarme su confianza, que me dejara estar a su

lado, porque después de haberla visto lo que menos tenía en mente, era la farsa que íbamos a hacer.

Desde el momento en que la vi por primera vez, solo quise conocerla de verdad y si era posible que nos fuéramos descubriendo los dos, despacio, a su ritmo, pero que me dejara entrar en su vida de verdad y no por una mentira.

Porque por una mujer como ella, estaba más que dispuesto a dejar mi soltería de verdad. No me importaría mantener una relación con ella y ver hasta dónde nos llevaba todo.

Pero claro, era lo que a mí me gustaría que pasara, lo que no significaba que Almudena quisiera lo mismo.

No le había peguntado si tenía pareja, daba por hecho no era así, porque de serlo, no me habría pedido que la ayudara.

—Que no, pesado, te prometo que no te la voy a robar, va a ser tuya. Eso sí, a ratitos tienes que dejar que esté conmigo y con tu tías y primas, sabes que nos gusta a todas reunirnos en la cocina —era cierto, les encanta pasar horas en la cocina y mientras preparaban postres y comidas, hablaban de todo un poco.

Más de una vez me quedaba apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados y con una sonrisa, mientras las veía pasarlo bien entre ellas.

—Solo a ratos, el resto del tiempo es mía.

—Que egoísta eres, por Dios —la escuché resoplar—. Llevas mucho tiempo teniéndola para ti solo —si supiera que la había conocido hoy, eso mejor me lo guardaba para mí.

—Me gusta tanto que no puedo estar mucho tiempo alejado de ella.

—Ains, cariño, no sabes lo que me gusta escucharte decir eso —puse lo ojos en blanco—. Es normal, sobre todo, al principio de una relación.

—Mamá, tengo que dejarte o voy a llegar tarde a mi comida con Almudena —vi que las chicas venían de lejos, y por lo que traían en las manos, pocas ropa había comprado, pero en unos días iba a solucionar eso.

—Claro, cielo, pásalo bien. Un beso para ti y otro para mi nuera —esta mujer quería correr antes que andar, pero si era feliz así, por mí, perfecto—. Te quiero.

—Y yo a ti —colgué el teléfono— ¿Habéis terminado? —les pregunté, cuando llegaron a mi lado.

—Sí jefe, no ha habido manera de que comprara algo más —me informó su amiga.

—He comprado todo lo que necesito para mi día a día, lo demás sería abusar y ser caprichosa —me devolvió la tarjeta, se la quería haber dejado para todo lo que le fuera a hacer falta, pero la cogí porque sabía que no lo iba a aceptar.

—Ya vendremos otro día antes de irnos con mi familia —me miró con los ojos bien abiertos—. Te había dicho que íbamos a pasar las fiestas con mi familia —me aguanté la sonrisa al ver la cara que puso.

—Sí, me había dicho eso, pero di por hecho o creí que solo tendríamos que ir algunos días, no pensaba que nos tuviéramos que

ir con ellos.

—De momento, si queremos pasar por ser una ser pareja, debes empezar a tutearme. Mi familia siempre pasa la Navidades en un pueblo al norte, mi madre es de allí y tiene a sus hermanos y sobrinos viviendo allí. Pasamos las fiestas todos juntos.

—¿Y no crees que si tenemos que pasar tanto tiempo juntos delante de ellos se podrían dar cuenta de que todo es mentira? —preguntó, tuteándome por fin, todavía un poco desconcertada.

—No te preocupes, ya iremos viendo como vamos sorteando los días, pero ahora vamos a comer —miré a mi secretaria—. Rocío, tú también vienes, después de comer vuelves e intenta que Samuel lleve todo lo mío al día, yo no voy a volver a la oficina.

—Perfecto, yo me encargaré de que tu amigo haga todo y no deje nada para mañana —sonrió de una manera que, si yo fuera Samuel, se me pondrían de corbata.

Llevamos las bolsas al coche y como el restaurante al que quería llevarlas a comer estaba cerca, fuimos caminando.

Capítulo 9



Almudena

Durante la comida fui la que menos interactuó de los tres. Me sentía cortada al estar delante de Martín, no porque él hubiese hecho algo, todo lo contrario, desde el momento en el que nos habíamos conocido había sido muy amable conmigo.

Sin conocerme de nada me había dado la ayuda que con tanta vergüenza le había pedido. Eso me decía mucho de él como persona, me daba igual que Martín lo hiciera porque a él le convenía prestarme esa ayuda.

La cuestión era que me había visto sin nada y aunque mi madre no me había echado de mi casa, no porque ella no quisiera echarme a la calle, sino porque yo le había parado los pies diciéndole que la mitad de la casa era mía.

Nos llevó a comer un restaurante especializado en carnes a la brasa. Me encantaba la carne hecha al horno de leña y la verdad es que allí me pusieron un churrasco, que hacía mucho tiempo que no comía nada tan bueno, pero también tengo que decir que comí muy poco, tan poco que Rocío me mató más de una vez con la mirada.

Las ignoré todas la veces, vamos que me hice la tonta. Sí que es verdad que Martín comentó en algún momento que había comido poco, le puse como excusa que en estos momentos tenía el estómago cerrado, lo que en parte era verdad, pero sin llegar a serlo del todo.

Tenía que bajar un poco de peso, creo que este era el único tema de conversación por el que Rocío y yo podíamos estar en desacuerdo, muchas veces pensaba que para ella era fácil decirlo, porque estaba perfecta, tenía un cuerpo de escándalo que ya quisiera tenerlo para mí.

Dicen que unas personas nacen con estrella y otras estrelladas, sé ve que yo era de las segundas, porque hasta el momento, más estrellada no había podido ser mi vida.

Pero no iba a perder la esperanza, sabía que en cualquier momento mi vida podía un gran giro y si no era así ya procuraría que cuando pudiera coger el dinero de mi padre, hacerla cambiar.

No porque me hiciera falta cosas materiales, todo eso me sobraba, a pesar de que había crecido dentro de una familia, si es que se le podía llamar así, y donde el dinero nunca faltó, viendo a mi madre gastar en ropas para ella salidas y todo que se pudiese pagar por ello.

En cambio, como yo había crecido sin todos esos lujos, pero tampoco me hicieron falta, todo lo material me sobraba, no lo quería. Lo único que siempre había añorado era lo único que nunca había tenido.

Una familia donde me pudiera sentir querida y protegida, pero como he dicho antes, no perdía la esperanza y sabía que algún día todo el sufrimiento por el que había pasado, me sería

recompensado, teniendo a mi lado un hombre que me amara y creando una familia junto a él.

Tal vez ese pensamiento fuese una gilipollez, pero era lo que me daba algo de fuerza para seguir día a día y no verme arrastrándome por los suelos.

—Pasa, por favor —me dijo Martín cuando abrió la puerta de su casa y me cedió el paso—, no te sientas cohibida, estas en tu casa —me dedicó una sonrisa tranquilizadora—. No te asustes con la loca que va a salir para recibirnos —lo miré sin entender muy bien que era lo que quería decir

De pronto de escuchó unas uñas correr por el suelo, me quedé mirando para saber que era lo que iba a aparecer, por el sonido estaba claro que no era una persona.

De pronto apareció un perro enorme, era entero negro, sin darme cuenta me pegué al costado de Martín y cuando me quise dar cuenta estaba cogiendo su brazo y poniéndome detrás de su espalda.

—Tranquila, no pasa nada —giró la cabeza para mirarme por encima de su hombro, ya que me había resguardado detrás de él—. Esta loca es Nala, mi labradora. Nala, quieta —el perro se detuvo a sus pies y de sentó sobre sus patas traseras sin dejar de mover la cola.

Me hizo gracia como la perra giró la cabeza a un lado para tratar de verme mejor.

—Tienes una buena guardiana por si entran en la casa —salí de detrás de su espalda para ver a ese animal mucho mejor.

—Eso es lo que parece por lo grande que es y por su color, después es lo más tonto y noble que hay encima de la tierra —no estaba muy de acuerdo con él—. Dile algo, veras como es su reacción.

—¿Estás seguro que no me va a arrancar una mano o algo por el estilo? —rio fuerte al hacerle la pregunta.

—Puedes estar tranquila, si fuera de otro modo no te lo pediría —si él lo decía, tendría que creer en su palabra.

—Hola, bonita estabas muy solita, ¿verdad? —di un paso en su dirección— ¿Sabes que eres una perra muy bonita y con unos ojos muy expresivos? —Mirando con más detenimiento, se podía notar la nobleza que se veía en la mirada de ese animal. Me puse en cuclillas para tenerla más cerca y acariciarle la cabeza.

No me dio tiempo, en el momento en el que estiré la mano para tocarla, se tumbó en el suelo poniéndose bocarriba.

—Quiere que le rasques la barriga, es una de las cosas que más le gusta —Martín se pudo justo a mi lado para tocar esa parte del cuerpo que Nala se moría de ganas porque la tocaran—. Hazlo, no te va a hacer nada, como mucho cuando se levante te puede dar unos cuantos lametones agradeciéndote que le hayas rascado.

Le empecé a acariciar la barriga y ella estaba la mar de feliz sin dejar de mover la cola y con la lengua fuera.

—Ya te la has ganado, te puedo asegurar que se va a hacer inseparable y a donde vayas te perseguirá —se levantó tendiéndome la mano para ayudarme a que lo hiciera yo también—. Nala, ya has tenido bastante —la perra se levantó de inmediato.

—Es preciosa —volví a tocarle la cabeza para darle una última caricia—. Muchas gracias por todo lo que estás haciendo por mí sin conocerme de nada.

—No se merecen y las gracias te las tengo que dar yo a ti por ayudarme en todo esto. Ven, te voy a enseñar la casa y después te diré cuál será tu habitación —dejamos las bolsas con mi ropa a un lado de la entrada.

Me fue guiando por toda la casa, no era una tan grande como en la que he vivido toda mi vida, pero era mucho más bonita y no tan ostentosa.

A mi madre siempre le ha gustado resaltar por encima de los demás y como no podía ser menos, su casa tenía que ser una de las mejores de la ciudad. Eso era primordial para ella.

Como iba diciendo, esta era más pequeña, tampoco era una miniatura, que por lo que iba viendo se notaba que contaba con sus buenos metros. Sin embargo, parecía mucho más hogar que donde viví.

La cocina era bastante amplia, estaba conectada al salón y separada por una isla. Todo se veía muy pulcro, minimalista, pero con sus toques hogareños.

Me fue enseñando el resto de la casa, tenía cuatro dormitorios, dos a un lado de la escalera y otros dos al otro lado. También contaba con dos baños, entre las habitaciones.

—Esta es mi habitación —la abrió para enseñarla—, y es la única que tiene baño y vestidor. Lo siento, vas a tener que utilizar el baño del pasillo —parecía como si eso lo sintiera mucho, cuando para mí era lo de menos.

—No importa, no tienes que disculparte por eso —salimos de su habitación, en realidad yo no entré, no me pareció oportuno hacerlo.

—Esta será la tuya, ya has visto que es la única que tengo amueblada —abrió la puerta que estaba al lado de la suya. Justo en frente quedaba el baño que utilizaría—. Ahora te subo todas las bolsas.

—No hace falta, puedo ir yo —encima que invadía su casa, lo que faltaba es que subiera mis cosas.

—¿Quieres un café o algo? —De pronto por la puerta de la habitación apareció Nala.

Me hizo gracia como entró, se paseó por la habitación como toda una reina y después de inspeccionarlo todo, dio un salto y se subió encima de la cama.

—Nala, baja de ahí ahora mismo —a ella le dio igual que Martín le riñera, puso su cabeza hacia un lado y lo miró como si la cosa no fuera con ella—. Cuando quiere hace lo que le da la gana —dijo yendo hacia ella.

—Déjala, no me importa que esté en la cama, siempre me han gustado los animales, pero nunca me han permitido tenerlos —lo detuve cogiéndolo del brazo, fue algo impulsivo, no lo pensé. Cuando me di cuenta de lo que había hecho fue cuando miró mi mano sobre su antebrazo—. Lo siento, no pretendía cogerte del brazo —me disculpé muerta de vergüenza—. Si no te importa me gustaría darme una ducha y dormir un poco, esta noche no lo he hecho apenas —necesitaba salir de su vista.

—Almudena, no tienes que disculparte siempre por todo, mucho menos cuando no has hecho nada malo —creo que notó mi incomodidad, porque no insistió más—. Yo también voy a aprovechar

para darme una y ponerme cómodo. Cualquier cosa que necesites voy a estar en mi despacho, tengo que terminar unos planos.

—Te doy las gracias de nuevo —me paré a su lado antes de ir a buscar las bolsas con mi ropa.

Capítulo 10



Martín

Al pasar por delante del baño que había en frente de nuestras habitaciones escuché que la ducha estaba encendida.

Me hizo gracia que Nala estuviera delante de la puerta sentada sobre sus patas traseras esperando que la mujer que había dentro saliera.

—Vamos, no vas a empezar a agobiarla —me di una palmada en la pierna para que me siguiera. Llegué a la cocina para prepárame un café— ¿Quieres una chuche? —era decir esa palabra y mi niña se ponía como loca— No sé para qué te pregunto, si siempre las quieres —sonreí mientras le daba una en forma de hueso—. Vamos, amiga —le dije, después hacerme el café.

Me encerré en mi despacho y cerré la puerta para que Nala no fuese en busca de Almudena.

¿Qué era lo que le pasaba a esa mujer para que fuera tan tímida y estuviera siempre disculpándose?

—¿Dónde cojones te has metido hoy? —fue lo primero que me dijo Samuel cuando contesté su llamada.

—Hola a ti también. ¿Tanto me echas de menos? ¿O es que no puedes aguantar la presión por un día?

—No es eso capullo, la empresa va mejor conmigo que contigo —no se podía negar que el ego lo tenía por las nubes—, es que me parece raro que no estés aquí dando el cayo cuando normalmente tengo que sacarte de tu oficina a rastras.

—Estoy en casa, Almudena se va a quedar en mi casa.

—Coño, al final la mentira te va a valer para echar un polvo, con que rapidez te la has ligado —que capullo era.

—No vayas por ahí que no tienes ni idea, aunque por falta de ganas te aseguro que no es, pero esa mujer no es de las que se van con un hombre de buenas a primeras.

—No sé por qué, pero no te creo, de otro modo que iba a hacer en tu casa.

—A aceptado hacerse pasar por mi novia, no quiere que le pague, solo quiere que la deje dormir aquí, por lo visto ha tenido algún problema con su madre y no tenía donde quedarse —no le iba a decir lo de la ropa, eso era algo que no tenía por qué saber, no la iba a hacer pasar vergüenza, bastante había tenido ya con tener que decírmelo a mí.

—¿Y dices qué no quiere que le pagues? —Sabía que le estaba costando trabajo creerme.

—Sí, me ha dicho que así nos hacemos un favor mutuamente y en realidad no me molesta que se quede, de todos modos, tenemos que convivir un tiempo con mi familia, que más me da hacerlo unas

semanas antes —me gustaba la idea de tenerla en casa, intuía que me iba a costar que se dejara conocer un poco, pero estaba dispuesto a darle tiempo y que me fuera conociendo poco a poco.

Una persona no te puede dar la confianza de buenas a primeras, mucho menos cuando se veía que esa persona estaba herida y dolida.

Estaba completamente seguro de que su único punto de apoyo era Rocío y que aparte de ella, no tenía a nadie más, ni siquiera a esa madre.

Eso era otro tema al que le dada vueltas, porque, ¿le habría hecho algo su madre y por eso estaba teniendo problemas con ella? Me costaba trabajo pensar que una madre pudiera tratar mal a su hija, así porque sí, aunque por otro lado estaba lo que su amiga había comentado delante de Samuel y de mí.

Era todo tan confuso que no sabía que era lo que realmente podía estar pasando entre ellas. Tampoco iba a preguntarle, cuando una persona no te dice nada por ella misma, no puedes forzarla a que te cuente nada, es mejor dejarla y que se abra cuando esté preparada.

De esa manera, cuando lo hiciera lo haría de verdad, abriendo su corazón y dejando que alguien pudiera entrar en el para ayudarla.

—En eso tienes razón, os estáis haciendo un favor mutuamente —lo escuché respirar—. Bueno, ¿y cuando me vas a invitar a una cena en tu casa para que me la presentes?

—No quieras correr tanto, que no te hace falta conocerla por ahora.

—No seas acaparador, si lo que quiero es conocerla para llevarla a mi terreno y que delante de tu familia te dejemos en ridículo cuando confesemos nuestro amor delante de todos —vaya hijo de su madre estaba hecho.

—¿Quién te dice a ti que este año te vamos a invitar a pasar unos días?

—No lo niegues, amorcito y reconoce de una vez que no puedes vivir sin mí —ni por teléfono podía disimular la risa.

—Lo que no niego es que no sé por qué te sigo soportando todavía y no te he mandado a tomar viento fresco —me aguanté la risa.

Samuel llevaba a mi lado desde que habíamos coincidido el primer año en la universidad, desde entonces nos habíamos hecho amigos y así seguíamos.

Él era un hombre que sabía ganarse a cualquiera con la labia que tenía, no sé qué clase de don tenía que se los metía a todos en el bolsillo. Eso sí, solo había una persona, al menos que yo conociera, que no había caído en su juego y esa era mi secretaria.

Rocío era la única que sabía ponerle freno a la labia de ese hombre y eso que ella se mantenía callada, pero cuando Samuel le buscaba la lengua ella le respondía, además lo hacía con sarcasmo, pero sin dejar de tener su arte.

—Creo que me voy a pasar por tu casa cuando termine aquí —los cojones, iba a venir a mi casa solo por cotillear.

—Como te dé por venir a mi casa esta noche, te vas a quedar en la calle y si insistes tocando el timbre llamo a la policía y digo que

estas acosando a mi novia.

—No serías capaz de hacer algo así —evidentemente no lo iba a hacer, pero tampoco lo quería aquí esta noche, no cuando todavía no había hablado apenas con ella.

—No pruebes, porque te puedes llevar una sorpresa. Y ahora, ponte a trabajar que para eso te pago y de paso me dejas hacerlo a mí.

—Hasta mañana dictador —me colgó antes de que le pudiera contestar.

Me quedé más a menos dos horas trabajando en esos planos. Nala se levantó de pronto sentándose ante la puerta sin dejar de mover la cola, si reaccionó así era porque seguro que fuera del despacho había notado movimiento.

Seguro que Almudena se había levantado y había bajado, me levanté para abrir la puerta y dejar que mi perra saliera del despacho y fue al encuentro de ella.

—¿Has descansado? —no tenía que haberle hablado a su espalda y sin que se lo esperaba.

—Ay, Dios. Acabas de acogerme y ya pretendes echarme de tu casa —dijo, poniendo su mano sobre su pecho después de haber dado un pequeño salto por el susto.

—Perdona, no era mi intención —se veía graciosa con un pijama de esos que son gordos. Era celeste y tenía por todo el repartidas pequeñas nubes blancas.

Le sentada bien el color, eso no lo podía discutir, pero esa mujer se tenía que estar muriendo de calor con ese pijama, si en mi casa no hubiera calefacción entendería que se pusiera algo tan abrigado.

—¿Preparamos la cena? —Quise ayudarla para que se distrajera— Por cierto, se me olvidaba decirte que por las mañanas viene una mujer para sacar de paseo a Nala y limpiar la casa.

—No me gustaría que dejaras a nadie sin trabajo por mi culpa, ¿pero le puedes dar vacaciones hasta que nos vayamos con tu familia? Es que no me parece bien que venga una mujer a limpiar la casa cuando yo estoy aquí sin hacer nada.

—Eres mi invitada, no tienes que limpiar nada.

—Invitada o no, quiero hacerlo —ahí salió un chispa de imposición y me gustó, prefería esa mirada antes que ver dolor o timidez.

—Como quieras, le diré a Marta que no venga hasta después de las Navidades.

—Si esto le va a repercutir en su vida… Quiero decir que, si le afecta a su economía, entonces no lo hagas, por favor —con estos comentarios y preocupación por una persona que no conocía de nada, me daba cuenta el corazón tan noble que tenía.

—No te preocupes, no le va a perjudicar —fui a la nevera y empecé a mirar para ver que podíamos preparar de cena— ¿Qué te apetece cenar? —le pregunté sin mirarla, yo tenía tanta hambre que era capaz de comer cualquier cosa y ella debía que tener mucha más, porque no había comido casi nada a mediodía.

—¿Tienes yogur natural? —Cerré la nevera y me di la vuelta para mirarla, porque no creía que fuera a cenar solo eso.

—¿Un yogur quieres para cenar?

—Es que no tengo mucha hambre —no me miraba a la cara.

—No te voy a obligar a comer, pero me gustaría que me acompañaras en la cena —a lo mejor por no dejarme solo cenaba algo más.

—Está bien, pero que no sea algo muy pesado.

—¿Una tortilla francesa y una ensalada de tomates con queso fresco? —Si fuera por mí, me comía una vaca si hacía falta.

—Perfecto, yo preparo las tortillas y tú haces la ensalada —me guiñó un ojo.

Su reacción me creo tipos de sentimientos, por un lado, me dio un poco de ternura que reaccionara de esa manera tan tímida y por otro, me causo un poco de gracia, aunque no me reí, pero lo hizo.

Capítulo 11



Almudena

En cuanto terminamos de cenar, lo recogimos todo, le dije que me dejara hacerlo sola, se negó en rotundo, así que lo hicimos entre los.

Mi intención fue irme a mi habitación cuando terminé en la cocina. No lo hice porque me propuso que viéramos una película. Tampoco le podía decir que no, cuando me había abierto las puertas de su casa, por lo que terminé diciéndole que sí.

Me senté en el sofá y en cuanto lo hice, Nala dio un salto y se puso a mi lado con el cuerpo tendido sobre el asiento del sofá y la cabeza sobre mis piernas.

Era curioso como eran los animales, en cuanto se les daba un poco de cariño te lo devolvían, pero por mil veces.

Siempre había querido tener un perro, como ya podéis imaginar, mi madre me lo había negado. Ella no podía dejar que tuviera un poco de apoyo en casa, no podía permitir que yo recibiera algo de cariño. le insistí varios años hasta que me cansé de rogarle y di por hecho que mientras viviera con ella no me lo iba a permitir.

—Eres una mimosa —le rasqué detrás de las orejas—. Sí, definitivamente te gusta demasiado que te den mimos —bajé mi cabeza un poco, solo hasta llegar a la suya, dejar mi frente sobre ella y darle unos cuantos besos—. Te voy a decir un secreto: te voy a dar tanto cariño, que vas a terminar aborreciéndome, porque te pienso dar todos los besos que no he dado porque no he tenido a quien dárselos.

Escuché los pasos de Martín acercarse hasta donde estábamos nosotras.

—Ya la tienes encima de ti —se tuvo que sentar al otro lado de la perra, en el fondo agradecía que Nala estuviera haciendo de muro entre nosotros, me ponía nerviosa tener a este hombre tan cerca—. Por la noches cuando me tiendo en el sofá, tiene la costumbre de tumbarse casi por completo encima de mí.

—Y esta noche hay una intrusa que está impidiendo que os pongáis cómodos —me moví un poco hacía el extremo del sofá para dejarles más espacio.

—Ni se te ocurra separarte más —me dijo serio.

—Es para que estéis más cómodos.

—Tenemos espacio suficiente los tres para estar cómodos —se acomodó al lado de su perra, puso una mano sobre ella y con la otra cogió el mando de la tele— ¿Qué quieres ver?

—Me da igual, la verdad es que me gusta cualquier tipo de película —me encogí de hombros.

—¿Las de miedo también? —preguntó sonriendo.

—Sí, las de miedo son mis favoritas —le devolví la sonrisa—. No tengo punto intermedio, paso de un extremo a otro, de las de terror a las románticas —era verdad, el cine me gustaba todo, también influye que era donde más me refugiaba.

—Vaya, no hubiera imaginado que las de miedo te gustaban.

—Para que veas, no siempre es lo que se aparenta, tampoco es como si tuviera que llevar un cartel en la frente diciendo mi gusto por el cine.

—Pues como estamos cerca de la Navidad, vamos a ver una de esta fecha —ahora la sorprendida por su gusto era yo—. No me mires así, a los hombres también nos gusta ver ese tipo de películas, lo que pasa es que a la mayoría le da vergüenza admitirlo.

—Por lo que veo, a ti no —le contesté.

—No, estoy acostumbrado desde que era pequeño a admitir mis sentimientos y emociones sin que me de vergüenza lo que piensen los demás. Tengo la suerte de haber crecido escuchando a mis padres siempre decirse palabras bonitas y decírmelas a mí también —me tragué la pena que me embargó en ese momento.

Había visto lo que era que unos padres te quisieran, lo había visto en la familia de Rocío, los cinco miembros se querían con todo su corazón y ahora Martín me estaba contando lo mismo.

Me hubiera gustado crecer en una familia como la de ellos, pero no había tenido esa suerte, supongo que no todo el mundo puede saber qué es lo que se siente cuando te quieren.

Si algún día llegaba a tener hijos, me había jurado a mí misma, amarlos y protegerlos por encima de cualquier cosa o persona. Me

iba a encargar de darle todo el amor que a mí siempre se me negó.

—¿Dije algo que te molestó? —me preguntó preocupado.

—No, todo está bien —tampoco quería que se sintiera incomodo en su propia casa—. Creo que me voy a ir a la cama, no sé qué es lo que me pasa hoy que me encuentro muy cansada. ¿Dejamos la película para otro día? —la pregunta se la hice ya de pie.

—Almudena, sé que te quieres ir porque he dicho algo que te ha molestado y me gustaría saber qué es lo que ha sido —se levantó también poniéndose justo delante de mí.

—No me ha molestado nada, te lo prometo, de verdad que estoy cansada y con mucho sueño.

—No me mientas, no nos conocemos, pero sé que me estas mintiendo, lo noto en tu cuerpo. Estás en tensión y no eres capaz de mirarme a la cara —aguanté las ganas de llorar que me habían entrado, si conseguía hacerme la fuerte la mayoría de la veces delante de mi amiga, también lo iba a hacer frente a él.

—Como tú bien has dicho, no nos conocemos —sé que no tenía que hablarle tan cortante, Martín menos que nadie tenía la culpa de como me sentía por haber tenido la familia que tengo—, así que no sabes si te estoy mintiendo o no, por lo tanto, tienes que creer lo que te diga —intenté pasar por su lado, pero no me dejó—. Creo que lo mejor es me vaya ahora mismo de aquí y que no sigamos hacia delante con la mentira, no soy la mujer que necesitas para hacer esto.

—Habíamos llegado a un acuerdo, no me puedes hacer esto ahora, ya le he hablado a mi madre de ti.

—Le habrás hablado a tu madre de tu novia, pero dudo que haya sido de mí en concreto —solo quería estar a solas y no me dejaba. Y sabía que me faltaba poco para derrumbarme.

—No, le he hablado a mi madre, específicamente de ti —no lo creía—. Cuando estábamos en el centro comercial, me llamó y le hablé de ti, le dije tu nombre y como eras.

—Es que nadie se va a creer que somos pareja y yo no estoy preparada para hacerlo, creí que sí, pero me he dado cuenta de que no puedo.

—¿Por qué no se van a creer que somos pareja? —Agaché la cabeza— No, no mires al suelo y contéstame. Porque yo creo que podemos hacernos pasar por una pareja perfectamente. Lo que pasa es que no eres capaz de decirme que es lo que te pasa y que he podido decir para que te molestes tanto.

—No me ha molestado nada, ¿vale? —Cuando acorralas a un animal herido que está muerto de dolor, es capaz de morder hasta la mano que le da de comer y eso es lo que me pasó a mí en ese momento. Me sentí sin salida y queriendo escapar y lo pagué con quien menos culpa tenía— ¿Qué quieres que te diga? ¿Qué lo único que he sentido cuando has hablado de tus padres es envidia? Pues eso es lo que me ha pasado, porque yo nunca he tenido una madre que me quiera, que me demostrara que era importante, aunque solo fuera importante para una persona —las lágrimas corrían por mi rostro como si un río se hubiera desbordado—. No sé lo que es que te quieran, no sé, que se siente que alguien te abrace fuerte, no sé qué es nada de eso, porque nunca lo he tenido —iba hablando en medio del llanto.

Martín dio un paso y llegó hasta a mí, sin decir nada tiró de mi mano y me envolvió entre sus brazos, Me estrechó entre su pecho y me apretó con fuerza a él.

No habló, simplemente dejó que por primera vez en mi vida llorara sintiendo que estaba siendo consolada.

—Llora todo lo que necesites, saca todo ese dolor que llevas dentro de ti, porque te prometo que jamás vas a volverte a sentir así de sola.

—No me digas eso, no cuando lo que hay entre nosotros es solo un acuerdo que tiene fecha de caducidad.

—Pero de este acuerdo puede nacer una bonita amistad —suspiró antes de darme un beso en la cabeza.

Era normal que pensara que entre nosotros solo pudiera haber amistad. Un hombre como él, guapo, con un corazón noble como el que tenía, con su propia empresa y siendo uno de los mejores arquitectos de la ciudad, no se podía fijar en mí de otra forma que no fuera solo como una amiga.

Demasiado había echado a volar mi imaginación esta tarde cuando me tendí un rato. Más tonta no podía ser.

Aunque me ofreciera solo amistad era más que de sobra, demasiado había hecho ya.

Capítulo 12



Martín

Con la pena con la que lloró Almudena cuando la abracé sin decirle nada, no era normal, no era un dolor de algo que hubiese pasado en concreto, ese dolor era un cumulo de muchas cosas calladas y tragadas, de mucho años de sufrimiento.

Cuando dijo que nunca había tenido a nadie que la abrazara, que le diera un beso o que simplemente le demostrara su cariño. Sentí que el corazón se me retorcía dentro del pecho dificultándome la respiración.

No sé qué es lo que me dolió más, si, que nunca hubiera tenido a nadie a su lado o que pensara que nadie iba a creer que éramos pareja, porque sé que ese pensamiento era porque tenía complejo con su cuerpo.

No había que ser muy listo para darse cuenta de eso. no sé qué es lo que le había llevado a pensar así de ella misma, pero no podía estar más equivocada.

Que importaba que no fuera tan delgada, que cojones importada que no fuera exactamente como hoy en día exigía la sociedad. Almudena no estaba sobrepasada de peso, solo tenía unas curvas y,

por cierto, muy bien puestas, de esas que podía hacer que todos los hombres que ella se propusiera giraran la cabeza para admirarla.

Estaba seguro que ese pensamiento se debía a que había sido criticada a lo largo de su vida y por eso mismo comía tan poco, ahora me cuadraba un poco mejor los dos comentarios que había hecho Rocío de su madre.

Podía poner las dos manos en el fuego y no me quemaría, que su madre había sido la culpable de bajarle tanto la autoestima, que la había dejado sin ella, pensando solo cosas malas de sí misma.

Pero podía jurar por toda mi familia que iba a lograr que ella se viera como la podíamos ver cualquier persona, iba a conseguir que creyera en ella, le iba a subir tanto la autoestima que se la iba a poner por la nubes, para que nunca más tuviera que agachar la cabeza ante nadie.

—¿Estas más tranquila? —separé su cabeza de mi pecho para mirarla a la cara—. Ya que has llorado y has soltado toda esa angustia, vamos a ver una película y la vamos a ver como se tiene que hacer —le retiré una última lágrima que rodó por sus mejillas.

—Una película no necesita nada más para verla, solo ponerle un poco de interés.

—Te equivocas, preciosa —no le dije esa palabra por hacerla sentir mejor, lo hice porque era la verdad—, una película necesita un buen bol de palomitas y si son de mantequilla mucho mejor —la solté de mi agarre, pero cogiéndole la mano para llevarla conmigo a la cocina.

—No voy a comer palomitas, haz las que quieras para ti.

—Te puedo asegurar que, sí las vas a comer, porque las mías son las mejores que vas a probar en tu vida —llegué donde estaba el mueble en el que guardaba el paquete, solo esperaba que no estuviese cumplido, ni me acordaba el tiempo que hacía que lo había comprado.

—Pero si son de paquete —dijo cuando vio que lo saqué del mueble, lo dijo sonriendo y nada más que por esa sonrisa merecía la pena, hacer un poco el tonto.

—El secreto está en el cariño que se le pone cuando se meten en el microondas —le guiñé un ojo y de nuevo agachó la cabeza avergonzada. *Poco a poco, Martín*, me dije. Puse mis manos sobre su cintura haciendo que se estremeciera con mi toque—. No te asustes que no muerdo, solo quiero que me veas hacer mi magia desde una altura distinta —sin ningún esfuerzo la alcé para sentarla sobre la encimera.

¿Por qué lo hice? Muy sencillo, se me había ocurrido que si se daba cuenta de que podía levantarla, era porque no tenía el cuerpo como creía que lo tenía.

—No hagas eso, te puedes lastimar la espalda —seguí con las manos en su cintura.

—No veo porque me la iba a lastimar, solo te he levantado para subirte a la isla.

—Peso mucho, no sé ni como has podido hacerlo —le levanté el rostro por la bardilla.

—Te puedo asegurar que en el gimnasio levanto mucho más peso —mejor me callaba y no le decía lo que podía hacer con ella enganchada a mi cintura y sin soltarla, porque como le dijera algo así, le iba a faltar tiempo para huir de mí— ¿No te has parado a

pensar que tal vez piensas que pesas más de lo que realmente lo haces?

—La báscula no miente.

—¿Y que son unos simples números? Eso no dice nada de tu cuerpo. Para verte como te vemos los demás te tienes que dar cuenta que todo lo tienes aquí —le señalé la cabeza con un dedo—. Deja de pensar lo peor de ti y mírate bien, porque no te haces una idea de todo lo que vales y puedes aportar a los demás.

—Martín, en lo poco que te conozco me he dado cuenta del corazón tan grande que tienes, pero de verdad, no necesito que me adules o que me regales los oídos, sé lo como soy y sé como me ven las personas.

—Como tu piensas que te ven las personas, no es lo mismo a como te ven en realidad y que sepas que no te estoy regalando los oídos, te digo la verdad. Algún día te darás cuenta de la verdad que hay en mis palabras. Ojalá te pudieras ver a través de mis ojos — cuando le decía algo bonito agachaba la cabeza, no sabía si lo hacía por vergüenza o porque no creía en las palabras—. Y no agaches la mirada cuando se te dice algo bonito.

—No estoy acostumbrada a que lo hagan, mucho menos que lo haga un hombre al que acabo de conocer hoy mismo, creo que esto de hacer el papel se nos está yendo de las manos.

—No, mira, así vamos cogiendo confianza y nos va a costar mucho menos comportarnos como una pareja delante de mi familia —sonreí con un poco de picardía—. Fíjate, yo creo que deberíamos ir practicando con algún que otro beso de vez en cuando —en mi vida había visto a nadie ponerse tan roja y a la velocidad que lo había hecho.

—No nos vamos a besar delante de nadie y mucho menos detrás —la cara no la podía mover porque la tenía retenida por su barbilla, pero los ojos sí que los ponía en cualquier lugar de la cocina, menos sobre mí.

—¿Entonces como pretendes qué nos crean? Y mírame a los ojos cuando te hable, me gusta leer lo que dicen los tuyos.

—Pues yo que sé, con unos abrazos de vez en cuando o como mucho que nos cojamos de las manos, no sé, todas las parejas no sé van besando delante de las personas.

—Haciendo solo eso mi familia no nos va a creer, me conocen, saben lo cariñoso que soy y si lo soy con ellos, mucho más pensaran que lo tengo que ser con mi chica.

—Yo que sé como lo vamos a hacer, le puedes decir que soy una persona arisca y distante —no paraba de poner excusas para evitar un beso, podía poner todas las que quisiera, que no se lo iba a permitir.

Esos labios carnosos los tenía que probar y hacerlos míos, porque las ganas de besarla desde que había visto su foto estaban pudiendo con mi cordura.

—Eso no colaría tampoco, ellos saben que nunca estaría con una mujer que no demostrara su amor —cada vez tenía menos excusas — ¿Por qué te da miedo a que te dé un beso?

—Porque los amigos no se besan de esa manera.

—Todavía no somos esa clase de amigos, a lo mejor podemos saltarnos eso e ir por otro lado —acerqué mi cara a la suya un poco, solo fue un centímetro, lo suficiente para que notara el deseo que

sentía por besarla—. Piénsalo, podemos ser mucho más que amigos, para ti puedo ser todo lo que quieras y necesites —estaba cada vez más cerca de esos labios—. piénsalo —le dije, antes de darle un beso en la frente, antes de besarla como yo quería hacerlo, tenía que desearme—. Y ahora será mejor que haga esas famosas palomitas antes de que se nos haga demasiado tarde —le di un toque en la punta de la nariz con el dedo índice—. Presta atención a como las hago para que la próxima vez las hagas tú —la hice sonreír otra vez y cada vez que lo hacía le salía una más bonita que la anterior. Se iba relajando por momentos.

—Dale, te voy a estar mirando atentamente.

—No sabes como me gusta que me mires.

Eran unas simples palomitas de paquete, solo había que meterlas en el microondas y listo, pero si una tontería así la hacía olvidarse de todo por un momento, haría todas las que hicieran falta.

Capítulo 13



Almudena

Antes de que Martín se fuera a trabajar le pregunté si me podía dejar un portátil, quiera hacer una búsqueda por internet de un buen abogado, y aunque sabía que no lo podía pagar ahora mismo, tal vez sí que podría llegar a un acuerdo con él.

—Vendré para comer contigo —me dijo cuando lo acompañe a la puerta con Nala a mi lado—, creo que a partir de hoy me voy a tomar las tardes libres hasta después de las Navidades —sabía que lo hacía por mí, para que no me sintiera tan sola—. Si no quieres hacer de comer pide comida, la que te apetezca, a mí me gusta todo. Encima de la isla de la cocina te he dejado una tarjeta para que pagues o compres todo lo que necesites.

—Martín, no tienes que dejar tu trabajo apartado por mí. Voy a estar bien acompañada.

—No lo dejo apartado por ti, lo dejo porque he trabajado mucho durante todo el año y me merezco una minis vacaciones —se agachó para darle un beso a Nala antes de irse, estos dos se notaban que sentían pasión el uno por el otro—. Hasta luego, preciosa —dijo bajito retirando un mechón de pelo de mi moño mal hecho y poniéndolo detrás de mi oreja.

Me pasó como anoche, cuando creía que me iba a besar en los labios, cambio el rumbo del beso en el último momento para dármelo en la mejilla, sé quedó unos segundos de más, aunque a mí me supieron a poco.

Hoy no me iba a quedar con las ganas de devolverle ese beso, aunque donde me apetecía dárselo era en los labios, no lo iba a hacer, eso lo tenía claro.

No me consideraba tan valiente para dar ese paso, pero sí se lo podía devolver en la mejilla como él había hecho conmigo.

Cuando se iba a dar la vuelta para marcharse lo cogí de la chaqueta del traje que se había puesto. Me miró extrañado.

—Los besos se devuelven —le dije, y por su cara sé que no se lo esperaba. Me puse de puntillas, ya que era más alto que yo y entonces le di un beso en la mejilla, hice lo mismo que él había hecho, dejé mis labios unos segundos más de la cuenta.

—¿Si te lo hubiera dado en los labios también me lo habrías devuelto? —me preguntó sonriendo.

—Como no lo has hecho, no sabrás la respuesta —no sé lo que me estaba haciendo este hombre, que en un día me sentía más valiente que lo que me había sentido toda mi vida.

—No te preocupes que acabo de aprender la lección —me guiñó un ojo antes de marcharse.

Una cosa que me estaba quedando bien clara, era que a Martín le gustaba mucho guiñar el ojo.

No me iba a quejar por eso, porque cada vez que lo hacía a mí me parecía mucho más atractivo.

—Nos hemos quedado solas —le dije a la perra mirándola— ¿Me visto y nos vamos a la calle? —mucha personas pensaran que hablarle a un animal es perder el tiempo porque no te entienden y yo digo que eso es una mentira como una catedral de grande.

Nunca había tenido perros ni gatos, mi madre no me había dejado tenerlos, pero desde que había conocido a esta perra me había dado cuenta de lo inteligente que era, porque no podía hablar, vamos, que eso era lo único que le faltaba para comunicarse por completo, porque entenderte lo hacía a la primera.

Tonta de mí que no le había preguntado a Martín donde tenía la correa para sacarla. Me iba a tocar llamarlo y no lo quería molestar cuando se acababa de ir.

—Nala, no tengo ni idea donde está tu correa —le palmeé la cabeza—, me voy a vestir y ahora llamamos a Martín para preguntarle.

No había querido comprarme mucha ropa, ya me parecía un abuso por completo que me dejara quedarme en su casa, que sí, que ya lo sé, yo también le iba a hacer un favor, pero cuando las cosas se hacían de corazón no se tenían en cuenta y jamás se echaban en cara.

También lo sé, que sí le estaba haciendo este favor era porque yo había aceptado e ido a buscarlo. Fuera como fuese, lo que iba a hacer por él para mí no tenía importancia y sí lo que él estaba haciendo por mí.

Solo con no tener que estar viendo a esa mujer que se suponía que era mi madre, simplemente con eso, para mí era un alivio tan

grande que no tendría con que pagarlo.

Me puse un pantalón y una sudadera, ropa normal y cómoda es lo que me había comprado. No quería ropa para estar más arreglada, total, no iba a salir a ningún lugar, por lo menos hasta que no encontrara trabajo.

Y hablando de ello, me tenía que poner a buscar uno urgentemente, ahora que no estaba viviendo con esa mujer, podía trabajar en horario normal, como todo el mundo y en cualquier puesto de trabajo, no me tenía que esconder ni buscar nada en secreto.

La lista de cosas por hacer hoy iba aumentando por momentos. Pero lo primero era lo primero, sacar a pasar a Nala, aunque para mí, más que sacarla a pasear, era dar un paseo en su compañía.

—Ya estoy lista, Nala —dije buscándola con la mirada sin ver donde se había metido—. Nala —la volví a llamar. Venía de la entrada y lo mejor de todo es que venía con la correa de paseo en la boca—. Me parece que eres demasiado lista —junto con la correa traía el collar, aquí dentro de casa no lo tenía puesto—. Pues ya que tú también estas lista, nos podemos ir.

Antes de irnos cogí un hueso de sus chuches, lo tuve que coger sin que me viera, ya me había dicho Martín que se volvía loca con ellas, me llevé una por si se me escapaba, por lo menos tener algo con lo que tentarla para que regresara.

No conocía muy bien esta zona de la ciudad, supongo que tampoco sería muy difícil llegar al parque de perros, que era donde solían llevar a Nala para que jugara con más perros.

Por lo visto tenía por allí algunos amigos de su raza con los que se llevaba muy bien.

—Si quieres llegar pronto al parque para jugar con tus amigos más vale que me guíes —le hablaba porque sabía que la muy lista me entendía perfectamente, otra cosa sería que me hiciera caso.

Como supuse se sabía el camino hasta con los ojos cerrados. Me llevó hasta la misma entrada del parque, en cuanto entramos se puso a revolotear y saltar como una cabra loca.

—Ya voy loca, si no te estás quieta no voy a poder soltarte —lo que yo decía, esta me entendía demasiado bien, se quedó quieta si dejar de mover la cola con bastante energía—. Hala, ya se puede ir usted a jugar —me agaché antes de que se fuera, la cogí de las mejillas—. No te vayas lejos que como te pierdas me muero —le di un beso y salió como una desquiciada correteando por todos los lugares.

Me senté en un banco sin quitarle el ojo de encima, por mucho que me hubiese dicho Martín que no se alejaba mucho y que solía jugar cerca, no me fiaba, teniendo en cuanta que ni la perra me conocía apenas ni yo a ella, era normal que tuviera miedo a que se escapara.

—Eres nueva por aquí —a mi lado se sentó una chica, era muy joven.

—Es la primera vez que vengo, si te soy sincera ha sido Nala la que me ha guiado hasta aquí.

—Te creo, esa perra es muy querida aquí, ¿ya no la va a traer más Lola? —por la pregunta se veía que era amiga de Lola.

—Sí, ella seguirá trayéndola después de las Navidades —le expliqué—, lo que pasa, es que he venido de visita a la casa de Martín y él le ha dado vacaciones.

Me dijo que se llamaba Verónica, pero que por favor la llamara Vero. La verdad es que se me pasó gran parte la de mañana hablando con ella. Cuando nos quisimos dar cuenta era la hora de irnos.

Nos despedimos hasta el día siguiente. Nos fuimos en dos direcciones distintas, cada una para su casa, bueno en mi caso, para la casa de Martín.

Como iba con el tiempo justo para hacer la comida no iba a dar tiempo ponerme a buscar un abogado antes del almuerzo, así que en cuanto terminara de comer y si Martín no iba a utilizar el portátil, me pondría con ello y con la búsqueda de trabajo.

Al entrar en la casa lo primero que hice fue quitarle el collar a Nala, lo dejé en el mueble de la entrada porque no sabía donde lo guardaban.

No os voy a mentir, no tenía mucha experiencia en la cocina, vamos que hacía cosas a la plancha y al horno, pero nada de guisos. En casa siempre habíamos tenido cocinera, por lo que no era precisamente mi campo.

Pero vamos, digo yo que tan complicado no debía de ser y más hoy en día cuando te podías encontrar con todo tipo de recetas en internet.

Pero eso lo dejaría para otro día, hoy iba a hacer pollo al horno, con verduras y patatas.

No sabía si Martín le daba comida de nosotros a Nala, por si acaso puse un poco más y si me daba permiso se lo daría sin hueso, me daba igual que los perros pudieran comerlos, yo no pensaba dárselos, mucho menos huesos de pollo, por lo que había escuchado

alguna vez por algún lugar, decían que esos huesos se podían astillar y hacerles mucho daño.

Mientras la comida se estaba haciendo me puse a limpiar un poco, no es que tuviera mucho que hacer porque todo estaba reluciente, pero sí que hice las dos camas y les di un repaso a los baños.

Capítulo 14



Martín

Nunca me había pasado que tuvieras tantas ganas de llegar a casa como me estaba pasando hoy.

Hoy se me estaban haciendo las horas interminables y por más que miraba el reloj, este parecía no avanzar y eso que estaba liado con unos planos, porque los amigos de mis padres habían cambiado de idea esta misma mañana con unos cambios de última hora.

—Rocío, cuando puedas necesito que entres un momento —le dije por el teléfono interno.

No se me había olvidado lo que me había dicho Almudena cuando me pidió el favor de quedarse en mi casa y no lo pensaba dejar pasar.

—Termino de pasar a limpio el presupuesto, si es algo muy urgente voy ahora mismo.

—No hay prisa, termina ese presupuesto y mándalo, después vienes.

Ella no tenía obligación de contarme sus problemas y tal vez yo no era nadie para decirle nada, hasta puede que se enfadara conmigo o con Almudena, aunque esta no me hubiera dicho nada más allá de que no podía quedarse en casa de ella porque bastante tenía esa familia, pero se lo iba a decir y como no, ayudarla.

—Dime, jefe —me hablo cuando entró después de dar su habitual golpe.

—Ya te he dicho que no me llames jefe, siéntate por favor —se sentó en la silla que había delante de mi mesa, lo hizo más sería de lo normal, seguro que estaba pensando que le iba a llamar la atención por algo, nada que ver, no tenía queja de ella, mejor trabajadora que ella no la había tenido nunca—. Creo que nos llevamos bien y que siempre hemos trabajo en armonía, ¿verdad? —asintió—. Entonces, ¿por qué nunca me has dicho que en tu casa no lo estáis pasando muy bien que digamos?

—No creo que eso sea relevante para el trabajo, no voy hablando de mi vida privaba por ahí, y tampoco es que tengamos mucha confianza más allá de lo laboral —no contestó en forma de ataque, quizás si un poco dolida—. No sé qué es lo que te ha contado Almudena, y sé que lo poco que haya sido lo ha hecho con la mejor de las intenciones, porque a la última persona que traicionaría sería a mí.

—Ella no me ha contado nada, cuando me pidió quedarse en mi casa a cambio de lo que ya sabes, lo único que dijo fue que a tu casa no se podía ir porque ya lo teníais difícil como para complicaros más. Fue ese simple comentario lo que me ha llevado hasta aquí —parecía que se había relajado un poco con mi respuesta—. Y ahora te pregunto: ¿me quieres contar lo que te pasa? No es por cotilleo, te lo aseguro, es preocupación por una persona que siempre ha estado al pie del cañón facilitándome la vida.

—Tengo dos hermanos de diez años, mi madre tiene un enfermedad degenerativa en las articulaciones, cada vez se puede mover menos, por lo que somos mi padre y yo, los que compartimos todo el peso de la casa, tanto económicamente como psicológicamente, porque te aseguro que es difícil —se le escapó una lágrima que se retiró en el acto—. La seguridad social le da un tratamiento, pero es tan básico que apenas le quita los dolores y no podemos dejarla sufrir así, por lo que llevamos mucho tiempo llevándola a un especialista de pago —dejó escapar un suspiro, de esos que demostraban toda la carga que llevaba encima—. Con él, hemos conseguido que los dolores estén un poco más controlados y que más o menos pueda llevar una vida un poco más calmada —lo último lo dijo haciendo las comillas con los dedos—. Pero todo eso tiene un precio y muy elevado, aunque lo vamos llevando bien.

—Sé que lo puedes considerar como un insulto o como que no me tengo que meter porque no tengo nada que ver, pero quiero ayudaros en lo que pueda, por favor, no me vayas a decir que no —no nos apartamos la mirada en ningún momento—. Piensa en tu familia, en tus hermanos, en pasar una buenas Navidades en años.

—Lo que me estas ofreciendo es mucho más de lo que puedo aceptar, te lo agradezco de corazón, te lo digo de verdad, para mí significa mucho más que te hayas mostrado interesado —me dijo y pude notar la emoción en sus voz—. Con tener este trabajo es más que suficiente, ya de por si me pagas muy bien.

Puede que no me aceptara la ayuda, por los motivos que ella creía que tenía, no me importaba, lo que no podía evitar era que le hiciera una transferencia con un suplemento de nómina de ese modo no podría decir que no.

—No te voy a insistir, pero quiero que te tengas claro que, si en algún momento necesitas algo, no dudes que puedes contar conmigo —me levanté de mi asiento y fui hacia ella—. Eres muy

buena persona, no solo por lo que haces por tu familia ni por lo que has hecho siempre por Almudena, eres buena persona en todos los aspectos —la hice que se levantara para darle un abrazo, era la primera vez que teníamos un momento tan cercano—. Aunque no quieras dinero, te puedo escuchar cuando necesites hablar con alguien y si no, siempre podemos llamar a Samuel para que lo hagas con él —ella sabía que estaba bromeando.

—Ojalá hubiera más hombres como tú, gracias por todo. Y ahora, mejor me pongo a trabajar o mi jefe va a terminar por despedirme —rio de camino a su mesa—. Por cierto, no lo tomes como una advertencia o sí, pero como le hagas daño a mi amiga te corto las bolas y las cuelgo en mi árbol de Navidad —la miré con una ceja levantada y sonriendo—. Ella no tiene mucha experiencia con los hombres y tú tienes mucha labia. No quiero que se encariñe contigo o con tu familia para que después quede destrozada, estoy segura de que su corazón no podría aguantar más dolor —sentí como un escalofrío me recorría la columna.

—No le voy a hacer daño, todo lo contrario, si ella me deja, te prometo que voy a sanar cada una de esas heridas.

—¿Sabes? Desde el principio cuando te escuché hablar con Samuel, supe que podías ser la solución para Almudena, me gusta la pareja que hacéis y me gustaría que al final se hiciera realidad y no fuera solo una farsa.

—Ya veremos donde nos lleva todo esto —ya me encargaría de que se hiciera realidad, porque Almudena me gustaba más de la cuenta, en todos los aspectos— ¿Has cuadrado mi agenda con la de Samuel para que se encargue de mis citas?

—Esta todo arreglado, tienes todos los días libres por la tarde hasta que te vayas de vacaciones.

—Gracias Rocío —fui a mi mesa de los planos.

—Por cierto, por si no lo sabes y no tienes tu casa decorada. A Almudena le encanta la decoración navideña, sobre todo, poner el árbol de Navidad.

—Tomo nota.

No solía poner decoración en mi casa porque me iba todas las Navidades al pueblo y allí si se decoraba, pero si a la mujer que se estaba quedando en mi casa le gustaba y le hacía ilusión, esta misma tarde saldríamos a comprar todo lo necesario para poner el árbol y todo lo demás.

A mediodía salí despidiéndome de Rocío y me fui para casa, estaba deseando llegar y pasar lo que quedaba de día con esa mujer que me tenía a sus pies.

Siempre cuando llego a casa está Nala esperando en la puerta, conoce el ruido de mi coche y se sienta a esperar que abra la puerta para lanzarse sobre mí y que le haga arrumacos, es demasiado mimosa.

Sin embargo, hoy no estaba, me extrañó mucho. Solté las llaves y la cartera como tengo costumbre de hacer, sobre el vacía bolsillos que tengo en el mueble de la entrada y sin hacer ruido fui a la cocina.

Me encontré a Almudena sacando una bandeja del horno y a mi perra sentada cerca de ella, sin apartar la mirada de lo que estaba haciendo.

Era un traidora, llevo un día a Almudena a casa y me cambia por ella.

—Nala, me has dejado esperando tu saludo, te has vuelto una traidora, ya me has cambiado —menos mal que Almudena ya había soltado la bandeja del horno sobre la vitrocerámica, de lo contrario, habría caído al suelo con el susto que se llevó al escucharme.

—Joder, Martín, que manía con asustarme —no lo hice con esa intención.

—No fue mi intención, eres demasiado asustadiza —aguanté la sonrisa.

—No lo puedo evitar, desde que era muy pequeña. Recuerdo que cuando era pequeña y me escapaba de mi habitación para ir a la cocina por algo de comer y por casualidad aparecía la cocinera sin que me lo esperara, me daba unos sustos de muerte —como ya me había imaginado por algunos comentarios, era una mujer que se había criado entre dinero—. Eso solo lo hacía cuando a mi madre le daba por castigarme por las noches sin cenar —no podía ser cierto.

—¿Tu madre te castigaba dejándote sin cenar? ¿Qué edad tenías?

—No le des importancia, supongo que lo hacía por mi bien —me estaba mintiendo para quitarle importancia al asunto, todavía no estaba preparada para abrirse y contarme como había sido su vida —. No estoy muy acostumbrada a hacer de comer, pero creo que el pollo al horno me ha salido bueno, por lo menos huele muy bien — fue rápida cambiando el tema de conversación—. Como no sabía si le dabas a Nala comida de nosotros, he puesto un poco más para desmenuzarle una pechuga, me da pena dejarla mirando —es que no podía haberme topado con una mujer con mejor corazón que ella —. Por cierto, ¿dónde sueles comer? Digo para poner la mesa.

—Nala come todo lo que quieras darle y tienes razón, el pollo huele de escándalo. En cuanto a la comida no te preocupes, alguna

veces podemos pedir o lo podemos hacer todos los días, no tienes por qué hacerla, no estás aquí para que lo hagas —empecé a sacar los cubiertos y los manteles individuales—. Suelo comer en la isla de la cocina, porque siempre lo hago solo, pero cuando viene alguien lo hago en la mesa del salón.

—Pues entonces comemos en la isla, me gusta la idea, parece más cercano —poco a poco se iba acercando más.

Fue una comida muy cómoda, donde entre bromas le fue dando trozos de pollo a la perra, que no se separaba de ella para nada, parecía que se conocían de toda la vida.

Me gustaba que estuviera en casa, veía todo de otro modo, aunque me había criado en una familia donde nunca faltaron las muestras de cariño, tener a Almudena aquí era distinto. Era otro tipo de cariño, uno que me hacía querer más.

Capítulo 15



Martín

—¿Prefieres ir con esa ropa o quieres cambiarte? —le pregunté a Almudena, cuando estábamos sentados en el sofá a media tarde

—Si no me dices donde vamos, no sé como debo vestirme. Espero que no sea a un lugar importante porque tampoco tengo ropa muy elegante.

—Vamos a ir a un almacén, quiero comprar un árbol de Navidad y que lo decoremos esta noche —sus ojos brillaron al escucharme—. Nunca decoro esta casa. Siempre lo hemos hecho en Allariz.

—No tienes que decorar la casa por mí, de todos modos, voy a ir contigo a ese pueblo.

Yo quería poner el árbol aquí, me apetecía que lo decoráramos los dos solos, tal vez no se lo iba a pasar tan bien como cuando lo hiciéramos en la casa del pueblo, porque allí lo hacíamos toda la familia, pero quería que tuviera un bonito recuerdo de este día.

Aunque el hermano y la hermana de mi madre vivían allí y cada uno tenía sus casas, las Navidades las pasábamos en la casa de mis

padres, por lo menos por el día y las cenas especiales, por las noche se iban a sus respectivas casas.

Mis abuelos por parte de madre, migraron a ese pueblo porque a mi abuelo por aquel entonces le salió un buen trabajo allí, por lo que se establecieron definitivamente en Allariz.

Cuando se hicieron más mayores quisieron volver donde estaban su raíces, mi madre hacía mucho tiempo que ya estaba viviendo aquí. En uno de los veranos en los que sus padres venían aquí, conoció a mi padre, se enamoraron perdidamente, tanto fue así que su noviazgo fue muy corto, por lo que ellos me contaron cuando era más joven, no soportaban estar alejados y la única forma que había para que mi abuelo dejara que su hija se fuera de casa, era casándose, por lo que la boda fue en pocos meses.

—Es que quiero hacerlo contigo, ¿no te apetece a ti? —Intuía que sí, pero quería que me lo confirmara ella misma.

—Claro que sí, lo que no quiero es que hagas un gasto innecesario comprando algo que no vas a disfrutar.

—En todo caso, sería que no vamos a disfrutar, te recuerdo que también vives en esta casa.

—Lo sé, si vamos a ir solo a comprar solo el árbol y si no te importa, prefiero ir con esta ropa, me siento cómoda con ella —jamás le iba decir como tenía que vestirse si a ella le gustaba la ropa que se ponía, pero no era el caso, porque se ponía ropa para intentar disimular su cuerpo, aunque no le hiciera falta, porque tenía un cuerpo perfecto.

—A mí no me tiene que importar la ropa que te pongas, te tiene que gustar a ti, pero no te tienes que poner una por lo que piense las personas o por lo que tu cabeza te hace pensar. Te la tienes que

poner porque a ti te guste de verdad —agachó la cabeza y no me gustaba que lo hiciera—. Almudena, eres perfecta tal y como eres, no sabes como me gustaría que te vieras a través de mis ojos.

—¿Podemos cambiar de tema?, no me gusta hablar de mi cuerpo —claro que iba a cambiar de tema, solo porque no quería verla triste, pero me iba a encargar que poco a poco se viera como era en realidad y no como su mente la hacía verse.

—Nos llevamos a Nala, así también se da un paseo —dije yendo por el collar y la correa de ella, pero no lo vi donde lo guardaba siempre—. Preciosa, ¿has visto la correa de Nala?

—Uy sí, esta mañana cuando la iba a sacar no sabía donde estaba y mientras me vestía la cogió ella misma, cuando volvimos del paseo como no sabía de donde la había cogido la dejé en el suelo al lado del mueble de la entrada.

—¿Cómo abrió la puerta del armario que hay en la entrada? —pregunté más para mí mismo, que para ella.

—No tengo ni idea, pero llegó con ella en la boca. Es demasiado lista.

Al llegar donde estaba el almacén fue Almudena la cogió la correa de la perra para llevarla ella, entramos directo a mirar los árboles que había por allí.

Nos gustó el mismo árbol a los dos, venga, lo admito, a mí me gustó un poco más otro, pero como a ella le gustó ese yo dije que también fue el que me gustó para que se quedara conforme.

Después de cogerlo recorrimos los pasillos para comprar los adornos, ya que estábamos también cogimos dos centros de mesas

que a Almudena le gustaron mucho.

Con toda la compra hecha le dije de ir a tomar algo a alguna cafetería, me dijo que no le apetecía. No la noté muy convencida, pero no insistí más, si no quería ir, pues no íbamos y listo.

—¿Preparamos unas galletas para comerlas después de la cena mientras ponemos el árbol? —le pregunté al llegar a casa.

—¿De verdad quieres hacer unas galletas? Y lo que es más importante, ¿sabes hacerlas? Porque yo no tengo ni idea, ya te dije que no tengo mucha experiencia en la cocina.

—Mujer de poca fe, sino supiera hacerlas no te lo diría. Como para no saber como se hacen, mi madre me enseño la receta hace mucho años —cogí su mano para ir a la cocina—. Primero, y lo más importante, lavarnos las manos, lo demás es pan comido —quería que se fuera relajando cada vez más y si tenía que hacer mil cosas distintas para que eso sucediera lo iba a hacer—. Tenemos que tener cuidado de que no caiga ni un trocito de chocolate al suelo si no queremos que la aspiradora de cuatro patas se lo coma en menos de un segundo —miré a la perra que se había sentado justo a nuestros pies.

—¿Y ahora como seguimos?

—Necesitamos harina, mantequilla, azúcar, esencia de vainilla y las chispitas de chocolate —le fui diciendo los ingredientes mientras lo fui sacando de la despensa y la nevera—. Vamos a hacer las típicas galletas de mantequilla porque son las más fáciles, con la diferencia de que le vamos a poner chocolate.

—Bien. ¿Qué tengo que ir haciendo? —me preguntó, quitándose la sudadera y quedándose con una camiseta de mangas cortas, esta sí que le quedada más ceñida a su cuerpo.

¡Y qué cuerpo! Madre mía, como jodía que no se viera como la veía yo. Martín, deja de mirarla, y sobre todo deja de mirar esa parte de su cuerpo que tanto se le señala con la camiseta, me regañé a mí mismo.

—En un cuenco hay que echar la mantequilla y hay que dejarla muy batida, cuando esté cremosa se le añade el azúcar y se mezcla muy bien —le fui enseñado como se hacía.

—Si no me dejas hacerlo, no voy a aprender nunca —se puso a mi lado, quitándome el bol de las manos.

—Muy bien, preciosa, todo tuyo —levante las manos como si me rindiera—. Cuando tengas la mezcla lista hay que añadir la harina.

—¿Cuánto de harina? —Se veía que quería aprender y le ponía interés, aunque era de la recetas más fáciles de hacer.

—La verdad, siempre la echo a ojo —la había hecho junto a mi familia tantas veces que no necesitaba pesar o medir los ingredientes—. Tú ve echando hasta que yo te diga que pares.

—¿Crees que ya está lo suficiente mezclado? —Me enseñó como había quedado.

—Perfecto, ya puedes ir incorporando la harina —cogió el paquete para echar una buena cantidad—. Así no —fui a detenerla y sin querer le di al paquete haciendo que se cayera sobre la encimera, el suelo, nosotros, pero la que salió peor parada fue Nala. Al mirarla parecía más un perro blanco que negro.

—Madre mía, la que has liado y mira como has puesto a la pobre Nala —lo peor vino cuando la perra se empezó a sacudir la harina de

encima, nos puso peor de lo que estábamos.

—¿La que he liado yo? Si le ibas a echar el paquete entero de harina a la mantequilla —empezó a reírse con ganas, es que era un plan vernos a los tres bañados en harina.

—Qué exagerado eres, solo le iba a echar un poco —dijo, sin dejar de reír.

Era la primera vez que la escuchaba reír de esa manera y con esas ganas. La anteriores veces sonreía y os juro que esa sonrisa era preciosa, pero oírla reír a carcajadas era lo mejor que había escuchado en mi vida. Ojalá pudiera oírla siempre así.

—Creo que las galletas esta noche no la comemos —nos pusimos a limpiarlo todo después de limpiar a Nala.

—Hay más días para hacerlas —le quitó importancia.

Lo dejamos todo reluciente y como con el estropicio que habíamos montado se nos echó el tiempo encima, nos pusimos a preparar la cena antes de irnos cada una a nuestro baño para ducharnos.

—Cómo te gusta el solomillo, ¿al punto o muy hecho? —me miró al preguntarme.

—Al punto —sonreí al ver que le quedaba un poco de harina sobre una de la mejillas—. Déjame limpiarte que todavía te queda un poco de harina en el rostro —cogí un paño limpio del cajón para limpiarle la cara.

La cogí por la barbilla para levantarle el rostro un poco y verla mejor. Le pasé el paño por encima de esa mancha sin dejar de mirarla atentamente.

Era la primera vez que estábamos tan cerca el uno del otro con la conexión que estábamos teniendo ahora mismo. Fui acercado mis cara a la suya, iba despacio por si en algún momento notaba que no estaba cómoda con lo que iba a hacer.

Al ver que no se apartaba posé mis labios en los suyos, era un beso suave, solo un roce ligero, pero que me hacía querer profundizar más, me apetecía adentrarme dentro de su boca y atrapar su lengua con la mía.

Sentí como puso sus manos sobre mi pecho, no lo hizo para alejarme de ella, fue para que me acercara más.

La cogí por la mejillas para profundizar el beso. Me estaba costando la misma vida controlarme y no ir a más.

—Joder, preciosa, no sabes las ganas que tenía de besarte —dije sobre sus labios, ella tenía los ojos cerrados, como si estuviera disfrutando del momento todavía.

La volví a besar de nuevo, esta vez la incité a que abriera la boca y darle un beso un poco más íntimo, ella no me paró en ningún momento, se dejó llevar.

Creo que era la primera vez en su vida que realmente hacía lo que sentía sin dejar que los pensamientos de otras personas la frenaran.

—Martín —suspiró cuando nos separamos—, no sé si esto está bien —ahora era cuando venían las dudas.

Estaba preparado, sabía que se iba a arrepentir, no porque no quisiera que la besara, sino, porque sus miedos la iban a paralizar una vez pasado en momento.

—No pienses, solo haz lo que sientas —le pasé el dedo pulgar sobre la mejilla, dejándole una pequeña caricia—. No te voy a mentir, me gustas y me atraes mucho, Almudena, más de lo que te imaginas, pero te prometo que, si no quieres o no te gusto de la misma manera, no voy a acercarme a ti de esta forma.

—No es eso, es que no creo que sea la indicada para ti —una lágrima cayó por su mejilla—. Tú necesitas a una mujer muy distinta a mí —me dio coraje que se menospreciara de la manera en la que lo hacía.

—Creo que sé muy bien lo que quiero para mí y para mi vida, y la verdad es que no entiendo porque dices eso. Eres perfecta, no sé cuándo te vas a dar cuenta del cuerpo que tienes, de tu cara y lo más importante, de tu corazón —le di un beso fuerte, con ganas, dejando que viera lo que hacía en mí—. Deja de verte de la manera en la que lo haces, porque te puedo asegurar que todo está en tu mente, la realidad es muy diferente —la volví a besar—. Solo déjate llevar e iremos viendo a donde nos lleva todo esto, no te cierres y por una vez disfruta de lo que realmente quieres.

No sé si mis palabras le hicieron efecto o no, parecía que sí, porque esta vez fue ella la que me besó a mí.

Capítulo 16



Almudena

No voy a decir que no había besado antes, lo había hecho. Hubo una época en la que quizás un poco por rebeldía o por saber si era verdad lo que decía mi madre sobre mi cuerpo. Quise probar con un chico de mi instituto.

No funcionó, no me gustó nada como lo hizo, así que acostarme con él lo descarté en ese preciso instante. Después de eso mis inseguridades se hicieron mucho más profundas, tanto que estuve un tiempo bastante largo que no me miraba en el espejo, me daba asco el reflejo que me devolvía.

Fui mejorando poco a poco esa percepción de mí hacia mi cuerpo. Rocío fue la que me ayudó y, aunque he comenzado a aceptarme y darme cuenta de que en realidad mi cuerpo no es lo que mi madre me hizo creer desde que era muy pequeña, todavía no estoy preparada para muchas cosas y otras me siguen costando aceptarlas.

Como, por ejemplo, me costaba aceptar que un hombre como Martín pudiera fijarse en alguien como yo. Sin embargo, con los besos que me dio en la cocina esa noche y la manera que tenía de

mírame, todo indicaba que me decía la verdad y que yo le gustaba de verdad.

Esa noche pasó algo más que unos besos entre nosotros y no digo físicamente, fue emocional, fue como sentir que estaba conectada a él de una manera más emocional o simplemente me di cuenta de que me había enamorado de él desde el primer día que lo vi.

Y eso me dio más miedo, porque estando enamorada de él, sabía que cualquier rechazo por su parte hacía mí me podía doler más que si viniera de otra persona.

Esa noche después de cenar pusimos el árbol, eso sí, con la ayuda de Nala, madre mía, esa perra todo lo que tenía de lista lo tenía de medio loca y traviesa.

Si poníamos una bola en la zona más baja se la llevaba para jugar un rato, cuando se cansaba de ella, venía en busca de otra. Hasta que terminó haciendo que Martín le riñera.

Fue un momento muy bonito. Estuvo lleno de miradas que decían mucho, de palabras llenas de ternura, de roces casuales o no tantos, de sonrisas cómplices y de algunos miedos escondidos en lo más profundo de mi corazón, unos que con mucho esfuerzo estaba consiguiendo que se fuesen marchando poco a poco.

No puedo negar que esa noche fue la causante del cambio que habíamos ido haciendo desde entonces, porque nuestra relación cambió, no totalmente, pero desde entonces hubo más besos, abrazos, palabras por su parte que me llenaban el corazón.

Las noches eran lo mejor para mí, porque después de la cena me acurrucaba junto a él en sofá y poníamos un película. Con la cabeza apoyada sobre su pecho y él rodeándome los hombros con su brazo,

haciendo que sintiera que por primera vez en la vida había alguien más aparte de Rocío que me quería, aunque solo fuese un poco.

Faltaban pocos días para que nos fuéramos a Allariz, lo que hizo que no me quedara más remedio que tuviera que comprarme ropa.

Lo hice acompañada de mi amiga e hice todo lo contrario que la primera vez, esta vez quise comprar ropa que me hiciera sentir mejor conmigo misma, no trate de esconderme en tres tallas más grandes, me compré la clase de ropa que siempre me había gustado ponerme y por la falta de seguridad en mí misma no lo había hecho.

No puedo negar que el cambio que estaba empezando a tener era gracias a Martín, él con su palabras y esa miradas habían hecho que mi autoestima fuera creciendo, poco a poco, pero sí que es verdad que me estaba empezado a ver de otra manera a la que estaba acostumbrada a verme desde que era pequeña.

En estos días me había hablado mucho de su familia y la verdad, ya tenía muchas ganas de conocerlos en persona, porque para mí es como si ya los conociera.

Y por todo lo que él me había dicho, eran una familia muy unida, donde siempre estaban bromeando unos con otros y dentro de esas bromas estaban las muestras de cariño.

Dejando todos esos pensamientos de lado, me puse a preparar la cena mientras Martín se duchaba. Mejor dejaba de pensar en Martín en la ducha, porque le calor de mis majillas y de donde no eran las mejillas me estaba empezando a consumir.

Supongo que esto era otro de los efectos de estar al lado de un hombre que hacía que todas la miradas se fueran a ese cuerpo y esa cara, porque tendría que ser gilipollas para no admitir que Martín, era guapo a rabiar y ya no era solo por fuera, que desde ya os digo

que hacía que se te cayera la baba. Para mí, lo que más me atrapó fue su buen corazón y esa nobleza que se le veía en la mirada.

Estaba distraída haciendo unas tostas de salmón con queso crema, langostinos cocidos y aguacate. Como siempre con Nala a mi lado esperando o rezando para que me acordara de ella y la dejara probar algo.

Como ya la conocía y no le podía dar nada de los productos que estaba utilizando esta noche, había sido previsora cogiendo una loncha de jamón de pavo para ir dándosela poco a poco, porque si fuese por ella se la tragaba entera sin masticar ni nada.

—Deja de pedir comida con esa mirada que me pones —me agaché para darle un trocito—. Sabes que me ganas siempre y eso no puede seguir así —la cogí por las mejillas para darle un beso en la cabeza.

Nala me hacía mucha gracia cuando dejaba caer la cabeza hacia un lado y se ponía a mirarte atentamente, parecía que quería aprender todo lo que yo o cualquier otra persona hacía.

Seguí haciendo las tostas, estaba cortando el aguacate cuando sentí los brazos de Martin abrazarme desde atrás, colocó su barbilla en mi hombro con la cabeza girada mirándome y paseando la nariz por mi cuello aspirando mi olor.

Era la primera vez que me abrazaba de esta manera tan íntima. No lo aparté porque a mí también me apetecía que lo hiciera. Llevaba varios días que quería dar un paso más y no lo hacía, primero, porque me daba vergüenza y segundo, porque él tampoco lo intentó.

En cambio, esta noche estaba siendo distinto. No era tonta ni ilusa, que no estuviera acostumbrada a este tipo de intimidad, no

significaba que no supiera a donde nos iba a llevar.

¿Estaba preparada para dar ese paso? Que podían más ¿mis miedos, las dudas o las ganas de dejarme llevar por el deseo que sentía por él?

Me hice esas preguntas mientras Martín iba dejando besos corto por mi cuello, sé que lo iba haciendo despacio y con mucha prudencia, lo hacía esperando por si lo detenía.

Hoy no, esta noche me iba a tragar mis miedos y la vergüenza e iba a pensar por primera vez en lo que yo quería y era a él, dar un paso más, dejarme arrastrar por ese cosquilleo que sentía cada vez que lo tenía cerca o me besaba.

Solté lo que tenía en las manos, me las limpié, y con un suspiro para darme un poco de valor me giré para ponerme de frente a él.

Creo que pensó que quería que se detuviera, ya que se empezó a separar de mí, dándome un último beso en la comisura de los labios.

—No te alejes, no quiero que pares —me ardían las mejillas.

—¿Estas segura? No tienes que hacer ni dejar que yo haga nada que no quieras —siempre estaba pendiente de mí.

—Creo que es la primera vez que estoy realmente segura de algo, eso no quiere decir que me dé un poco de miedo —no había que ser inteligente para saber que estaba hablando de dar un paso para tener sexo entre nosotros.

—Aquí no vamos a hacer nada, nuestra primera vez va a ser en mi cama, donde te pueda acariciar como te mereces —puso una mano

en mi nuca y me acercó a su boca antes de dejar la cocina tal y como estaba e ir hacia su habitación.

No me podía creer lo que estaba a punto de hacer, había llegado el momento, ese que pocas personas de mi edad estaban como estaba yo y lo peor es que no se lo había dicho.

Supongo que notaría mi estrechez llegado el momento, solo esperaba que no dijera nada que me pudiera hacer sentir más vergüenza de la que estaba sintiendo y eso que todavía estaba con la ropa puesta.

—Si te arrepientes y quieres que me detenga en el último momento, solo dímelo —asentí sin llegar a mirarlo a los ojos—. No, preciosa, no bajes la mirada. Necesito ver en tus ojos que lo estas deseando igual que yo —levanté la mirada y se lo confirmé con ella —. Eso es, no bajes la mirada nunca ante nada ni nadie, no des ese poder sobre ti —esas palabras, me la fue diciendo entre besos repartidos desde mis labios pasando por la línea de la mandíbula hasta llegar a la parte baja del cuello y con cada roce de sus labios sobre mi piel, mis suspiros se fueron haciendo más intensos.

Con las manos temblorosas le cogí el bajo de la camiseta de mangas cortas que se había puesto después de la ducha y se la empecé a subir sobre su torso, dejándolo desnudo de cintura hacia arriba.

Tiré la camiseta a un lado de habitación sin prestarle atención de a donde fue a parar, toda la atención la tenía puesta en ese torso que se quedó al descubierto.

Le fui pasando las manos por los brazos, las llevé hasta sus hombros, de ahí las paseé por sus pectorales. Puede que fuera inexperta, pero no era idiota.

De los pectorales pasé las puntas de mis dedos por el centro de su vientre plano, memorizando cada músculo, lunar o peca que tuviera. Le di un beso en el centro de su pecho y mis dedos siguieron bajando por la línea de vello que iba desde su ombligo hasta perderse dentro del pantalón del pijama.

Me gustó los jadeos que dejó escapar de entre su labios, los tenía entreabiertos y con la cabeza baja siguiendo el camino que iban haciendo mis manos por su cuerpo.

—Cielo, no sabes las ganas que tenía de que me tocaras de esta manera —buscó mi boca con la suya haciendo que abriera la mía para que nuestras lenguas se enredaran en el beso más húmedo que nos habíamos dado hasta el momento—. No te detengas, toca mi cuerpo todo lo que quieras porque lo estoy deseando.

Yo tenía un pijama de esos que la parte de arriba parece una camisa, era de cuadros rojos y blancos, abotonado en la parte delantera. Empezó desabrochar uno a uno los botones hasta dejar la parte delantera de mi pijama completamente abierta y mostrando el sujetador de encaje rojo que tenía puesto.

En la ropa interior era donde me permitía el lujo de usar la que realmente me gustaba y lo hacía porque nadie me la iba a ver. Sabía que por mi forma de ser no se iba a esperar el conjunto de ropa interior que llevaba puesto y por la mirada que dirigió a mis pecho me lo confirmó.

Fui yo misma la que dejé caer al suelo la parte de arriba del pijama.

—¿Te importa que apaguemos la luz? —le pregunté un poco cortada por ver que sentiría al verme desnuda.

—No me importa, pero ni loco la vamos a apagar —se humedeció los labios cuando se pasó la lengua entre ellos—. No me puedes privar de ver tu cuerpo cuando es lo que más he deseado en todo este tiempo, y tú tampoco te vas a privar de ver como recorro cada centímetro de tu piel con mi mirada —me dio un beso en la clavícula a la misma vez que llevó sus manos a la parte de atrás de mi espalda para desabrocharme el sujetador.

Deslizó los tirantes de este por mis brazos lentamente, dejando una suave caricia con sus nudillos. Esa prenda cayó en el mismo lugar que lo había hecho la anterior.

—Eres perfecta, Almudena, y no son halagos vacíos y palabras sin sentido —bajó la cabeza hasta atrapar uno de mis pezones entre su labios y pasar la lengua haciendo un círculo sobre él, hasta que se me puso erecto.

Pegó su cuerpo todo lo que pudo al mío, con ese contacto noté su erección, era un bulto considerable o eso es lo que me pareció sentir.

Pegué mi pecho al suyo envolviendo su cintura con un abrazo, levanté la cabeza hasta que nuestros labios se volvieron a unir en otro beso lleno de pasión, una que nos estaba llevando a la más absoluta locura.

Me hizo dar unos pasos hacia atrás sin perder el contacto de nuestros labios. La parte de atrás de mis rodillas dieron con el borde de su cama.

Me hizo sentarme sobre ella y apoyar mi espalda sobre su colchón. Martín se quedó de pie, pero con la parte de arriba de su cuerpo inclinada sobre mí.

—Te lo he dicho antes, si en algún momento quieres que me detenga solo dilo —me dio un beso en el centro del pecho, justo en

mitad de mis pechos—. Eres mucho mejor de lo que me había imaginado, creo que tus pechos van a ser mi locura y mi vicio.

Una mano la dejó sobre la cama para seguir apoyándose y la otra la llevó a uno de mis senos. Lo amasó con mimo y tiento, pasó el pulgar sobre el pezón repetidas veces, provocando con ese toque que mi cuerpo se incendiara más de lo que ya estaba.

Aprovechó el momento en el que arqueé la espalda para meterse el otro pezón y la boca y así dedicarles los mismos mimos a los dos.

Capítulo 17



Martín

Cuando llegué a la cocina después de la ducha y la abracé, no iba con intenciones de pasar a más. Solo me apetecía ser cariñoso con ella y demostrarle a través de ese abrazo y besos, que era importante para mí.

A ver, no nos engañemos, porque las ganas de hacerla mía, y de disfrutar de su cuerpo, las tenía desde que la vi la primera vez y desde entonces me moría de ganas, pero os juro que esta noche no era mi intención.

No me imaginaba que ella me fuera a corresponder de la misma manera y con las mismas ganas.

Y si mi imaginación en algún momento me llevó a verla perfecta, no se comparaba a lo que me encontré debajo de ese pijama.

Joder, es que era una diosa por completo. Al quitarle la parte de arriba y descubrir ese sujetador de encaje rojo, la poca sangre que todavía me circulaba por el cuerpo se fue a un mismo lugar.

Porque en ese preciso instante mi pene dio una sacudida tan grande, que lo sentí vibrar dentro de mi ropa interior.

Vamos, que me dio la sorpresa de mi vida, aunque a mí me daba igual la ropa que se pusiera, no voy a negar que verla con una ropa interior tan sexy me excitó mucho más.

Y quería privarme de estas vistas al pedirme que apagara la luz, vamos, ni muerto me iba a impedir que me aprendiera su cuerpo por completo.

La tenía con los pies en el suelo y la espalda sobre mi cama. Yo estaba casi recostado sobre ella, amasando su pecho con una mano, mientras con la boca me daba el festín de mi vida con el otro.

Estos pechos eran puro pecado para la vista, el gusto y el tacto. Los tenía grandes, pero sin ser demasiado, turgentes y bien elevados. Era imposible que apartara mi boca de ellos, cuando notaba que se le había puesto demasiado sensible un pezón, le daba un respiro e iba a por el otro.

Así estuve un buen rato, la succión de esos pezones las acompañé moviendo mi pelvis sobre su pubis y un poco más debajo de él.

Almudena iba pasando las uñas por toda mi espalda sin dejar de jadear.

—Me pasaría el día entero con la cabeza metida entre tus pechos, joder, no sabes como me gustan —los dejé por un momento para subir hasta su boca y besarla con las ganas que tenía.

Es que me gustaba todo de su cuerpo, me ponía tan caliente que parecía un animal, no me saciaba de su cuerpo y eso que todavía no había llegado a descubrirla por completo.

Estaba dejando esa parte de su cuerpo por ahora, antes necesitaba que ella sintiera que no podía más. Y así estaba en estos momentos, tirando de mi pelo con una mano, mientras con la otra estaba seguro de que me estaba dejando marcas por toda mi espalda y brazo.

Comencé a bajar por el centro de su cuerpo dejando un reguero de besos, lentos, pausados y húmedos. Joder, como me estaba costando mantener el control y no arrancarle lo que le quedaba del pijama para adentrarme del tirón en ella.

Estaba seguro de que cuando lo hiciera, sería como si estuviera en el puto paraíso.

Llegué a la cinturilla de su pantalón, metí los dedos por cada lado de ella, solo cogí el pantalón. Empecé a deslizarlo por debajo de su trasero cuando ella lo alzó para que se lo pudiera quitar.

Debajo de ese pantalón tenía una braguita que hacía juego con el sujetador y a través del encaje de esta me di cuenta que tenía el pubis totalmente depilado.

Esta mujer me quería matar de un infarto, porque no entendía como era capaz de ocultar su cuerpo de la manera que lo hacía, con el pedazo de cuerpo que poseía. Era una locura.

Terminé de quitarle el pantalón, se lo saqué por los tobillos dejándola solo con esa braguita que me encendía por momentos cada vez que dirigía mi mirada hacia esa zona.

Fui subiendo por sus piernas intercalando besos en una y en otra hasta que llegué a la altura de su vagina. Pasé los labios sobre esa tela.

Le cogí las piernas por el interior de los muslos haciendo que apoyara las planta de los pies sobre el borde del colchón. Se las abrí por las rodillas y centré mi mirada en ese punto de su cuerpo que todavía seguía cubierto.

—Me da vergüenza que me mires así —me habló, pero su mirada la tenía fija en el bulto que se notaba a través de la tela de mi pijama.

—Acostúmbrate, porque te pienso mira muy a menudo —bajé la cabeza y pasé la lengua a por encima de su ropa interior y como imaginaba, estaba totalmente húmeda—. No puedes pretender que no admire tu cuerpo, cuando es el cuerpo más espectacular que he visto en mi vida— seguía sin creérselo y sin aceptar muy bien los piropos.

Le pasé la lengua desde la parte más baja de su vagina hasta llegar al comienzo de su pubis. El gemido que se le escapó fue música para mis oídos.

Metí un dedo por el lateral de su breguita, la hice a un lado para tener mejor acceso a sus labios vaginales, esos que brillaban por la excitación de su cuerpo.

Introduje la punta de la lengua entre sus pliegues recogiendo con ella todos los jugos que se le estaban escapando, saboreándola por completo, impregnándome de su sabor.

Almudena dio un salto sobre la cama al sentir ese contacto tan directo. La tuve que sujetar por los glúteos para mantenerla en el sitio, ya que sus caderas no paraban de ondular buscando más contacto con mi boca.

—Sabes a pura gloria —ronroneé sobre su vagina.

—No digas eso, por Dios —intentó cerrar las piernas con mi cabeza en medio de ellas. Se lo impedí colocando mis manos sobre sus rodillas.

—Es la verdad, no te he mentido hasta ahora y jamás lo haré —me pasé la lengua por los labios mirándola directamente.

Se tapó la cara con las manos para que no la viera o no verme ella a mí, no se lo iba a permitir, quería que se quedara todo grabado en sus retinas igual que quedarían en las mías.

Recté por su cuerpo llenándolo de besos en la subida hacia su cara. Puse cada una de mis manos sobre sus brazos y tiré de ellos para separar sus manos de su rostro.

—Preciosa, cuando estemos los dos así, disfrutando el uno del otro, ni se tapa la cara ni se apaga la luz —le di un beso en la punta de la nariz, otro más en cada uno de sus ojos y por último uno sobre esos labios carnosos que tenía en forma de corazón.

Me levanté de la cama y le dije que se recostara en el centro de ella. Fui a unos de los cajones de mi mesita de noche, saqué un preservativo y me puse a los pies de la cama.

Sin apartar la mirada de ella me fui bajando el pantalón junto con la ropa interior. En cuanto me vio desnudo por completo abrió los ojos todo lo que podía, al mismo tiempo sus mejillas se pusieron más rojas de lo que ya estaban.

Rasgué el plástico del preservativo. Empecé a desenrollarlo por toda la longitud de mi pene. Almudena estaba pendiente de todos mis movimientos, no se iba perdiendo ningún detalle.

Me puse de rodillas sobre sobre el colchón, le cogí la braguita por los lateras para quitársela de una vez y dejarla completamente desnuda.

Volví a llevar mi boca a su zona íntima, esta vez la acompañé con mis dedos, primero con uno y después con otro. Me resulto extraño.

Había estado con muchas mujeres y ninguna de ellas era tan estrecha como Almudena. Noté como con mi invasión se contrajo alrededor de los dedos. Atrapé su clítoris con los labios, pasé la lengua sobre él varias veces hasta que noté de se fue relajando y mis dedos podían penetrarla mejor.

La humedad se hizo más presente y con ese humedad llegó su primer orgasmo. Se dejó llevar con un grito que parecía que se iba a rasgar la garganta.

—Martín —dijo mi nombre con un suspiro.

Mi autocontrol se fue a la mierda cuando escuché como pronunciaba mi nombre medio ida por el placer que le había proporcionado.

Me coloqué entre sus piernas posicionando la punta de mi glande en su entrada y poco a poco me fui introduciendo en su interior.

Estaba demasiado estrecha, esto no era normal ni para una persona que mantuviera pocas relaciones, esto era normal para una mujer que no había estado nunca con un hombre.

Me detuve a medio camino, levanté la mirada para fijarme bien en el rostro de ella y me di cuenta de que una lágrima le está corriendo por el rabillo del ojo. Su boca estaba fruncida en una mueca de dolor.

—Preciosa, ¿por qué no me lo habías dicho? —le sequé la lágrima con mis labios.

Menos mal que estaba yendo despacio, porque podía haberle hecho mucho daño.

—Me daba vergüenza decirlo y supuse lo que ha pasado, que te darías cuenta llegado el momento.

—No sé qué decir, no me esperaba esto para nada —no entendía como con su edad no había estado nunca con un hombre—. Intentaré ir despacio, pero no puedo evitar que te duela.

—No te preocupes, estoy bien —dijo, abrazándome por el cuello y pegando su boca a la mía y haciendo renacer el fuego entre los dos.

Empecé a mover las caderas lentamente, salía un poco de su interior y entraba un centímetro más, lo estuve haciendo así durante un rato hasta que noté que ella se fue relajando.

Finalmente la penetré por completo, como recompensa me llevé un mordisco en el hombro y las uñas clavadas a la altura de mis hombros.

Le fui dando besos por toda la cara y meciéndome en su interior hasta que el dolor pasó por completo y fue sustituido por placer.

Estar dentro de ella, sentir como me apretaba, me estaba consumiendo por completo. Empecé a acelerar un poco cuando noté que su cuerpo y el mío necesitaban más.

—Martín, no pares… me gusta —la única manera que tenía para detenerme era una vez muerto.

—Joder, preciosa, no sabes lo bien que me siento dentro de ti.

Aumenté la intensidad de las penetraciones sin detenerme hasta que sentí como se contrajo totalmente aprisionando mi pene dentro de ella. jadeé cuando sentí esa placentera presión en mi miembro.

Y me dejé ir también dejado caer mi cabeza en su cuello e intentando que llegara un poco de aire a mis pulmones.

No tardé mucho en salir de su interior, no porque quisiera hacerlo, sino porque imaginaba que tenía que estar un poco dolorida.

Me levanté de la cama para ir al baño, donde me quité el preservativo, lo tiré a la papelera, me limpié, después cogí una toalla que la humedecí un poco.

Regresé a la habitación para limpiarla, creo que le dio más vergüenza que hiciera eso, que desnudarse delante de mí.

Capítulo 18



Almudena

Fue maravilloso, cuidó de mí en todo momento, me hizo sentir que era especial, sé que intentó hacerme el menor daño posible. Me trató con tanto cuidado y cariño, que hubo algunos instantes en los que las ganas de llorar me invadían porque por primera vez en mi vida sentí que le importaba a alguien.

Tenía la cabeza apoyada sobre su pecho mientras él iba pasando los dedos entre los mechones de mi pelo. Estaba en silencio, no sé si es porque estaba molesto de que no se lo hubiese dicho o porque finalmente había descubierto que yo no era suficiente para él.

Esperaba de corazón que no fuera ninguna de las dos, porque si era la primera, de verdad que no se lo dije porque me daba mucha vergüenza hablar de este tema, y con la segunda duda, espera que no fuera el caso, porque me moriría de pena.

Lo tenía que reconocer, me había enamorado de él sin poderlo evitar, quizás lo hice por la falta de cariño que había sufrido toda mi vida. Al recibir lo poco o mucho que Martín me estaba dando caí rendida ante él.

No me arrepentía del paso que había dado, no lo hacía esta noche estando desnuda entre sus brazos y no lo iba a hacer nunca, porque lo había hecho con el corazón y cuando alguien hace lo sea llevado por los sentimientos nunca se debe arrepentir, aunque después no sea lo esperado y tu camino sea otro diferente al de la otra persona.

—Estas demasiado callado, ¿hice algo que te hizo sentir mal? —me atreví a preguntarle.

—Tú nunca puedes hacer que algo me haga sentir mal —hizo que levantara la cabeza de su pecho para que lo mirara— ¿Por qué no has estado nunca con un hombre? No te tomes a mal mi pregunta, sé que me puedes decir que no es cosa mía, es que me ha llamado la atención —no dejo de pasar los dedos por mi rostro, fue delineando cada uno de mis rasgos.

—No tengo una respuesta en concreto. Quizás ha influido muchas cosas, aunque la que más me ha paralizado siempre te puedes imaginar cual ha sido —no me sentía muy cómoda hablando de este tema.

—No, no me lo puedo imaginar, porque eres perfecta tal y como eres —me miró con el cejo fruncido—. No sé quién te ha metido todas esas tonterías sobre tu cuerpo en la cabeza. Me cuesta trabajo entender con lo inteligente que eres, que no te des cuenta de que todo está en tu mente y no tiene nada que ver con la realidad.

—Mi padre murió cuando era muy pequeña, no tengo recuerdos como tales de él, solo por las fotos que he visto en mi casa —recosté la cabeza sobre su pecho y con la mirada puesta en un punto fijo de la habitación empecé a contarle mi vida, había llegado el momento de que lo supiera todo—. Desde entonces me quedé sola con mi madre, ella no tiene familia y la de mi padre, dejó de hablarle cuando decidió casarse con ella, por lo que no conozco a nadie por parte de él.

—No tienes que contármelo si no quieres —me dio un beso en la cabeza.

—Quiero hacerlo —me salió un suspiro desde lo más profundo de mi alma—. Como te iba diciendo, siempre he estado sola con mi madre. Yo no he sido una niña delgada nunca, vamos que nunca he tenido las medidas que la sociedad demanda y mi madre siempre se ha dejado llevar por el qué dirán, sobre todo, por sus amigas, esas pijas que van de un evento a otro criticando a todo el que se le ponga por delante —me limpié una lágrima que se me escapó—. Toda la vida he recibido críticas e insultos de mi madre por mi cuerpo, sus palabras favoritas eran: *gorda, no vales para nada, nadie te va a querer nunca con el cuerpo que tienes, le das asco a los hombres* —respiré profundamente para darme un poco de valor y poder seguir, no me atrevía ni a mirarlo a la cara—. Esos son los que más recuerdo, pero había muchos más y era todos los días, sino hubiera por Rocío, creo que no lo hubiera podido aguantar.

—Para, no quiero que te sigas haciendo daño recordando todos esos momentos —me abrazó fuerte contra su pecho, como si intentara protegerme.

—Me hundió tanto la autoestima, que estuve mucho tiempo sin ser capaz de mirarme a un espejo. Con la ayuda de Rocío y dejando pasar mucho tiempo fui empezando a creer un poco más en mí y no verme tan mal, pero no lo suficiente como para ponerme delante de hombre desnuda. Tampoco es que vaya tenido muchas oportunidades, he salido muy poco y cuando lo he hecho no he mirado nadie con esas intenciones, ¿para qué lo iba a hacer? Si no les iba a gustar, no me iba a crear falsas esperanzas.

—Pues te equivocabas, porque te puedo asegurar que por donde pasas hacen que se giren las cabezas para verte y no por lo que piensas, te miran porque tienes un cuerpo de escándalo —hizo que

levantara la cabeza para mirarme a los ojos—. Tienes que creer en ti, mírame, has hecho que caiga rendido a tus pies, me gustas mucho, me atraes, para mí eres la mujer más atractiva que he conocido —no podía creer que este hombre que podía tener a cualquier mujer junto a él me estuviera diciendo todas esas palabras. Dios mío, y si solo estaba diciendo esas palabras por decirlas y después resultaba que eran mentiras, iba a acabar conmigo por completo —. Te has convertido en una persona muy importante para mí —estas palabras estaban calando muy profundo en mi corazón—. Desde que te conocí siento que quiero pasar el resto de mi vida junto a ti, puede que sea precipitado, pero es lo que me haces sentir —me apoyé sobre mis manos para incorporarme un poco y besarlo, siempre era él el que me besaba y esta vez quería que supiera que esas palabras habían significado mucho para mí.

—Mi padre fue un hombre como mucho dinero —me miró con la ceja arqueada, no pude evitar sonreír al ver su expresión—. Sí, aunque te parezca mentira porque te he pedido asilo, es la verdad. Cuando murió dejó la casa a nombre de mi madre y mía. A ella le dejó mucho dinero, tanto, que solo hay que ver es estilo de vida que lleva. Y si me vas a preguntar porque estoy buscando trabajo desesperadamente, es muy fácil. Como ya te puedes imaginar, mi madre nunca me ha querido, más bien todo lo contrario, me odia, aunque suene difícil de creer, ella me odia como no te puedes ni imaginar. Siempre me ha tratado mal y casi nunca me compraba cosas, no hablo de caprichos, hablo de cosas básicas.

—Cielo, ¿tu padre no te dejó nada a ti? —Tenía los ojos muy brillosos.

—A eso iba. Mi padre me dejó una suma de dinero bastante considerable, pero puso una cláusula. Ese dinero no lo puedo tocar hasta que cumpla veinticinco años y todavía me faltan algunos meses para cumplirlos, pero ya no podía seguir viviendo en la misma

casa que ella, aunque esa casa sea la mitad mía y no tenga por qué irme de allí —le pasé el dedo por una lágrima de se escapó por el rabillo de uno de los ojos. Si era verdad que sentía algo por mí, todo lo que le estaba contando le tendría que estar doliendo—. El día antes de ir a tu oficina quedé con Rocío, ella quería contarme lo del trato contigo. Cuando iba a salir ella me dijo que no podía hacerlo, que si lo hacía cuando volviera no iba a poder entrar —puse un momento mi frente sobre su pecho antes de seguir—. Ahí fue cuando le contesté por primera vez en mi vida, le dije que la casa era tan mía como suya y que si quería que me fuera tendría que darme la mitad de su valor y me fui, no le permití que me volviera a insultar, pero cuando llegué después de hablar con Rocío, había destrozado toda mi ropa, zapatos, los productos de aseo, las colonias… Me dejó con lo puesto. El resto ya lo sabes porque desde entonces estoy en tu casa.

—Ahora entiendo muchos de los comentarios de Rocío con respecto a tu madre y también entiendo que no confíes en ti misma como deberías de hacer. No puedo imaginar la infancia que has vivido junto a esa mujer —me dio la vuelta haciendo que mi espalda quedara sobre el colchón y él encima de mí, entre mis piernas—. Te prometo que a partir de ahora solo vas a conocer cosas buenas, a personas que te van a querer de verdad —su pene se rozó con mi vagina, sin darme cuenta se me escapó un jadeo, lo que provocó que se volviera a mover sacándome otro más—. Será mejor que me quite de encima o no voy a poder controlarme —intentó quitarse, pero lo retuve con las piernas rodeándole la cintura y con los brazos le rodeé por el cuello.

—No te quites, me gusta sentirte así.

—Cielo, sino me quito voy a terminar haciéndote el amor de nuevo y tienes que estar un poco dolorida —dijo, dándome pequeños besos por el cuello y por debajo de la oreja.

—Nada que no pueda aguantar, quiero que me vuelvas a hacer el amor —pasé las manos por su espalda con una suave caricia.

—Eres perfecta, no cambies nunca y si lo haces que sea para creer en ti —murmuró, adentrándose en mi interior, haciéndome jadear con esa nueva invasión—. Joder, no dudes ni por un momento lo maravillosa que eres —dijo, moviéndose con mayor intensidad.

Si me gustó la primera vez que me hizo el amor, de la manera en la que lo estaba haciendo esta vez me estaba volviéndome loca.

Cuando estaba alcanzando el máximo placer se detuvo de pronto. Sin salir de mi interior nos dio la vuelta haciendo que yo quedara a horcajadas sobre él.

—Quiero ver como te mueves encima de mí, quiero disfrutar de las vistas que tengo de tu cuerpo.

—Dios, así te siento más profundo —me mordí el labio inferior cerrando los ojos y dejándome llevar por las sensaciones que estaba sintiendo.

—Preciosa, no dejes de moverte —intentó controlar un jadeo, fue imposible, le salió profundo.

Esta vez fui yo la que le hice el amor, no dejé que el miedo a que me viera en esa postura me impidiera desfrutar ni hacerlo disfrutar a él.

No sé como hubiera sido estar con otros hombres, pero lo que tenía claro que después de estar con Martín, para mí no habría otro como él.

Porque darte placer lo podía hacer cualquier persona, pero hacerte sentir tan especial solo lo podía hacer la persona a la que le entregabas el corazón y el mío se lo había entregado a él por completo.

Capítulo 19



Martín

Desde que Almudena me había contado todo aquello estaba que la rabia me comía por dentro. Por mucho que intentara comprender porque una madre le podía hacer eso a un hijo, no lo comprendía.

Se supone que tus padres tienen que velar por ti, cuidarte, protegerte y amarte por encima hasta de ellos mismo. Sin embargo, mi chica tuvo todo lo contrario, ella no ha conocido nada de eso, nunca se ha sentido querida, nunca la han protegido, todo lo contrario, la han hundido tanto que no sé como ha podido soportarlo.

Pero que no se preocupara esa mujer, yo me encargaría de hacerle pagar todas las barbaridades que se había dedicado a hacerle a su hija, porque estaba seguro de que Almudena, se había callado muchas cosas y lo había hecho para no hacérmelo pasar mal.

Me dolía en el alma que una persona tan pura y buena, hubiera pasado por ese infierno, pero ya estaba yo aquí, en su vida, para hacerla sentir como se merecía.

Entre mi familia y yo le íbamos a demostrar lo que era un verdadera familia, porque lo que había entre Almudena y yo, dejó de

ser una falsa, por lo menos de mi parte, en el mismo momento que pisó mi casa y se convirtió en mi todo.

No me daba miedo ni mucho menos vergüenza admitir que me había enamorado de esa mujer como no lo había hecho en mi vida. Puede que muchas veces hubiera sentido deseos o quizás un poco de cariño por alguna mujer con la que había estado, pero lo que ella despertaba en mi interior, eso no lo había hecho nadie.

Había decidió adelantar nuestro viaje dos días, quería llegar antes para que fuera conociendo a mi familia.

Todavía no se lo había dicho a mis padres y estaba seguro que cuando lo hiciera decidirían ir el mismo día.

—Cielo, ¿lo tienes todo listo? —nos íbamos mañana, sí, sé que ya estaba tardando el llamar a mis padres, pero sabía que en el momento en el que los llamara y se enteraran de que Almudena estaba viviendo aquí conmigo, iban a querer venir a conocerla.

—Me queda algunas cosas, pero eso lo dejo para el último momento —llegó hasta donde estaba yo—. He quedado esta tarde con Rocío para tomarnos un café, ¿te apetece venir con nosotras? —aunque me lo preguntara de corazón, no iba a ir, ella necesitaba pasar tiempo con su amiga.

Y la verdad, no creo que hablaran igual estando yo presente que sin estarlo.

—No, ve tú, así aprovecho y voy a casa de mis padres, los veo y les digo que nos vamos mañana —me venía mucho mejor así, por lo menos de ese modo evitaba que mis padres vinieran a mi casa.

No porque no quisiera que mis padres la conocieran, tenía muchas ganas de que eso sucediera, sabía que la iban a acoger con los brazos abiertos y que todo el amor que no le había dado su madre se lo darían mis padres.

Si quería esperar un poco más, era por ella, para que estuviera mejor preparada, aunque ella era consciente que terminaría por conocerlos, así le daba dos días más.

Una de las cosas que más me estaba gustando estar con ella en casa, era que desde que habíamos hecho el amor las otras noches, se había pasado a mi habitación, desde entonces dormía con ella acurrucada a mi cuerpo.

A ver, vamos a aclarar esto un poco más, no es que solo me gustara solo que durmiese conmigo, me gustaba todo con ella. Desde que estaba en casa, todo era distinto. Mi vida había tomado otro sentido, ya no me pasaba las horas alrededor de unos planos ni me tiraba el día entero encerrado en la oficina de la empresa.

Estaba deseando que llegara el mediodía para salir y venir a casa, pasar la tarde y la noche con ella y con Nala, esta era otra que ya no podía vivir sin Almudena, había cogido un apego hacia ella demasiado grande.

—Como quieras —se acercó para darme un beso— no creo que llegue muy tarde —me dijo, con sus brazos alrededor del cuello.

—Si quieres te dejo allí y también te puedo recoger —la pegué a mi cuerpo tirando de sus caderas—, o podemos pasar de todo el mundo y quedarnos en casa —no me faltaban ganas para hacer eso, pero no lo haría porque ella necesitaba también momentos con su amiga, esa que había estado a su lado durante años.

—Suena muy tentador, pero también lo es pasar tiempo con mi amiga —me dio un beso en el cuello, Se estaba volviendo más atrevida conmigo y eso me volvía loco—. Quiero saber como va todo por su casa y, sobre todo, como está su madre.

Hoy después de comer me encerré en el despacho de casa y le hice a Rocío un traspaso, se lo puse como una retribución de nómina para que no protestara, de otra manera no lo iba a aceptar.

Almudena me había dicho que lo primero que iba a hacer cuando recibiera el dinero de la herencia de su padre, era a ayudar a su amiga y a sus padres, quería que vivieran cómodamente.

Además, lo dijo muy convencida y estaba totalmente seguro de que así lo haría. No había mucho que decir sobre el buen corazón que tenía, sus actos hablaban por si solos.

—Ufff, no sabes como me duele que prefieras a mi secretaria antes que a mí —lo dije de broma y ella lo sabía.

—Lo siento mucho, pero ella siempre estará por encima de quien sea.

—Si piensas así es porque no me he esmerado lo suficiente para hacerte caer a mis pies —era un decir, ella no tenía que estar a los pies de nadie en la vida—. Me tendré que esforzar más —le di un mordisco juguetón en el cuello.

—Martín, si empiezas, al final sí que es verdad que no vamos a ir a ningún lado —ronroneó echando la cabeza hacia el lado para que tuviera mejor acceso a su cuello. Había descubierto que era un punto débil para ella y que le encantaba que la besara y le diera pequeños bocados.

Tenía razón, como siguiera así no íbamos a salir de la casa. Me separé de ella con resignación, porque no me apetecía hacerlo, pero lo tenía que hacer.

—Cielo, no sé de donde ha sacado Nala lo que trae en la boca, pero es algo tuyo y que me encanta —dije aguantando la risa cuando vi a mi perra aparecer con la braga roja de encaje en su boca.

—¡Nala! —hizo un intento de reñirle, pero la perra pasó de ella por completo— La tenía encima de la cama doblaba para guardarla —fue a quitársela, pero la perra salió corriendo sin soltar la prenda—. Nala, dame eso, ahora toca lavarlas de nuevo, eso si no las rompe antes.

—Nala, ven ahora mismo —me obedeció al momento. No podía dejar que las rompiera, me encantó cuando se las vi puesta, me había quedado un recuerdo demasiado bueno y quería vérsela puesta más veces—. Eso no se hace —me hizo la gracia que tenía cuando vino hasta mí sin dejar de mover la cola, como si hubiera hecho alguna proeza—, eres demasiado traviesa —a mí me pasaba lo mismo que a Almudena con Nala, era incapaz de reñirle en condiciones. Era consciente de que la tenía demasiada consentida—. Toda tuya —le dije a Almudena, cuando se la quité de la boca.

—Están para tirarlas —estiró la braga para enseñarla, le había hecho un gran agujero en la parte del culo—. No importa, ya me comparé otras, también he aprendido la lección. No dejar ropa limpia doblaba encima de la cama —las tiró al cubo de la basura—. Pues listo, aquí no ha pasado nada.

—Te compraré más, precisamente esas me gustaban mucho —le puse el collar a Nala, la iba a llevar conmigo a casa de mis padres.

—A ti te gustan todas las que me has visto hasta ahora —eso no lo podía negar.

—Todo lo que toque tu cuerpo es perfecto —pasé por su lado para ir hacia la salida, de paso le di un beso— ¿Nos vamos?

—Cojo mi bolso y nos vamos.

Dejé a Almudena en la cafetería donde había quedado con Rocío, tras dejarla allí me fui directo a casa de mis padres.

De camino hacía allí había tomado una decisión. Le iba a contar la verdad, toda la verdad de como había llegado hasta conocer a la mujer que tenía viviendo conmigo.

Ellos no me habían criado para ser un mentiroso, mucho menos para hacer daño a nadie y ellos no se merecían que les mintiera. Si, aun así, mi padre no quería poner la empresa a mi nombre que no lo hiciera, la decisión era suya.

Me jodía mucho, no lo iba a negar, porque había trabajado muchos años en ella, pero si había podido llevarla más alto de lo que estaba cuando cogí el control de ella, podía empezar desde cero y crear la mía, aunque me costara, sabía que lo podía conseguir.

—Hijo, no sabía que ibas a venir hoy — dijo mi madre, cuando me vio entrar al salón, que era donde estaba sentada viendo un programa de televisión.

—Quería venir, tengo que hablar contigo y con papá —me senté frente a ella y dejé a Nala suelta— ¿Dónde está? —le pregunté por mi padre.

—A salido un momento a comprar café, no creo que tarde. Hasta que no venga no te puedo ofrecer uno.

—No te preocupes, no tengo mucha prisa. He dejado a Almudena con su amiga en una cafetería, hasta que tenga que ir a recogerla —mi madre mie miró con una sonrisa, aunque sabía que por su cabeza le pasaban muchas preguntas.

—Nala, para que me vas a romper la bolsa —se escuchó a mi padre en la entrada, estaba seguro de que la perra había ido a recibirlo con demasiado entusiasmo, como solía hacer con casi todo el mundo—. Si te quedas quieta, te doy una chuche —acababa de decir la palabra mágica para que se estuviera quieta.

Capítulo 20



Martín

—¿Así que todo lo que me dijiste en el despacho fue mentira? —preguntó mi padre, después de haberles contado todo.

—Me pusiste entre la espada y la pared. Sabes lo que siempre me he esforzado por llegar donde he llagado.

—¿Y tengo qué suponer que ahora me estás diciendo la verdad? —volvió a preguntar, mi madre estaba callada a su lado, pero sabía que pronto empezaría ella.

—No soy un niño y no sé a qué vino todo eso de buenas a primeras. ¿Desde cuándo es importante tener pareja para demostrar lo que soy capaz de hacer laboralmente? —Los miré esperando la respuesta—. De verdad que cuando me comunicaste tu decisión, pensé que habías perdido la cabeza o que estabas borracho —le hizo gracia lo que le dije porque hizo el amago de una sonrisa, una que controló.

—Entonces, ¿ahora si sois pareja de verdad? —preguntó mi madre.

—Sí, y no os voy a mentir, estoy enamorado de ella —no se lo iba a ocultar, mucho menos cuando en mi casa estábamos acostumbrados a admitir nuestros sentimientos—. Al final te voy a tener que dar las gracias —le dije a mi padre—, si no llega a ser porque me pusiste en ese aprieto, seguramente no la hubiera conocido.

—Al final a funcionado —le dijo mi madre a mi padre, cogiendo su mano y con una sonrisa de lado a lado—. Ves, te dije que teníamos que hacer algo para que dejara la comodidad que había adquirido y que no se centrara tanto en el trabajo.

—¿Así que fuiste tú la que lo ideo todo? —No estaba enfadado con ellos, no lo podía estar, porque gracias a ellos tenía a mi lado la mujer que siempre quise tener.

—Hijo, no te iba a quitar la empresa, nunca había funcionado tan bien como desde que te hiciste cargo, pero tampoco podía permitir que te enfocaras solo en ella, los años pasan y sabíamos que cuando te fueses a dar cuenta, habrías perdido unos bonitos años al lado de una persona, sin saber lo que es el verdadero amor —contestó mi padre.

—Tengo ganas de conocerla —dijo mi madre.

Cuando les conté más o menos como había sido la vida de Almudena, los dos parecían consternados y eso que no les había contado todo, tampoco me parecía oportuno hacerlo.

Eso era la vida de Almudena, a mí me lo había contado en confianza y porque necesitaba desahogarse, pero yo no era nadie para contarlo. Si algún día ella lo quería hacer, yo iba a estar a su lado dándole apoyo, pero hasta entonces ellos sabían lo que tenían que saber.

—Es tímida y no olvides que no está muy acostumbrada a ser el centro de atención, así que no te vayas a pasar, dale su espacio.

—No te preocupes, que yo sé como tengo que tratarla, pero nada me va a impedir darle cariño —con eso ya contaba y no solo por su parte. Mi familia entera lo haría.

—Si todavía no la conoces, ¿te imaginas que después de conocerla te cae mal?

—Imposible, sé muy bien la clase de hombre que he criado, por lo tanto, sé que no podrías estar con una mujer que tuviera un mal corazón. Mucho menos con lo que nos has dicho de ella —no les iba a caer mal, eso lo tenía super claro.

—Sé que no te va a caer mal, ni vosotros a ella tampoco.

—¿Entonces es definitivo que os vais mañana? —me preguntó mi padre cuando me estaba poniendo el chaquetón para irme.

—Sí, pero no le digáis nada a los tíos, quiero aprovechar para enseñarle un poco el pueblo a solas.

—No te preocupes, no les vamos a decir nada —respondió mi madre.

—Yo no creo que te tengamos que decir nada, te van a ver en cuanto lleguéis —dijo mi padre, conteniéndose la risa— ¿Has traído todo lo de Nala? —me preguntó, mi perra se la iba a llevar ellos.

No me gustaba que fuese en la bodega de un avión y como mis padres iban en coche, mejor se las llevaba ellos.

—Si, lo he dejado todo en la cocina. Nos olvidéis que la tenéis que llevar con el arnés especial para el coche y sujetarla con el cinturón.

—Hijo, si te hemos criado a ti y te hemos llevado de viaje, creo que podremos hacerlo con esta loquilla.

—No digo lo contrario, solo os doy los apuntes para que no se os olvide —le di un abrazo a mi padre y otro a mi madre—. Nala —la llamé para darle unos arrumacos antes de irme—, pórtate bien y no seas traviesa —le dejé un beso encima de su cabeza.

—No vemos en tres días, buen viaje —se despidió mi madre.

Llegué a la cafetería donde estaban las dos, la primera en verme fue Rocío y por la mirada que me dirigió supe que ya había visto el dinero en su cuenta bancaria.

—Buenas tardes, chicas, ¿soy bienvenido, o me tengo que ir a otra mesa? —aunque les pregunté eso, cogí un silla y me senté al lado de Almudena—. Hola, preciosa, ¿Cómo ha ido la tarde? —le pregunté bajito antes de darle un beso rápido.

—Nos van a ver —dijo después de ese beso.

—¿Te da vergüenza que te vean conmigo? —le pregunté, aunque sabía que no era por mí.

—Sabes que no, pero ¿no te incomoda que te vean conmigo?

—Creo que sabes la respuesta y si no quieres que me enfade contigo por primera vez, más vale que quites esos pensamientos, porque te puedo asegurar que siento de todo a tu lado, menos vergüenza —le di otro beso para que le quedara claro, además de entrelazar nuestras manos encima de la mesa.

—Espero que cuando sea la boda, sea yo la madrina —dijo mi secretaria, con el codo sobre la mesa y con la barbilla apoyada en la mano, estaba mirándonos en plan descarada—. Es la primera vez que hago de celestina, pero viendo el resultado, creo que me voy a dedicar a ello, ¿os imagináis que esa sea mi verdadera vocación?

—Cuando sigas por ti, entonces creo que podrás dedicarte a ello —le contesté.

—Jefe, no entiendo muy bien a que viene eso —se hacía la tonta, pero a mí no me la daba, ese tira y afloja con Samuel se debía a que había cierta atracción y ninguno era capaz de dar el paso—. Y, cambiando de tema— no, de tonta no tenía ni un pelo—. Ha llegado a mi cuenta cierta cantidad de dinero que no me pertenece, ¿sabes algo de eso? ¿O se han equivocado?

—No, no hay equivocación, es una nueva retribución que he puesto en nómina. Ya sabes, por esto de se acercan la Navidades, me gusta que a mis buenos trabajadores se les premie por el buen desarrollo del trabajo que hacen.

—Doy por hecho que habrá más premiados —alzó la cejas.

—No, lo siento, pero el resto de la plantilla no me facilita el trabajo como lo haces tú.

—Jefe…

—Martín —la rectifiqué.

—Martín, te lo agradezco de corazón, pero no hacía falta que me ingresaras ese dinero.

—Rocío, si te lo ha querido dar es por algo —dijo Almudena—. Sé que eres muy reacia a que te ayuden, pero muchas veces aceptar esa ayuda no te hace ser peor persona —estiró su otra mano para coger la de su amiga—. Ese dinero os viene bien y no puedes rechazarlo por orgullo.

—Vale, lo voy a aceptar, porque sé que los a los niños les hace mucha ilusión unas cosas para los Reyes y, sobre todo, para los medicamentos de mi madre —por eso mismo se lo di, sabía que ella no lo iba a utilizar para sí misma, pero por lo menos que tuviera un poco de ayuda para su familia.

—¿Por qué no te vienes unos días con nosotros? —le pregunté— Podrías venir con Samuel, si no os matáis de camino. Te aseguro que te lo vas a pasar bien, además, así estas con Almudena.

—Tú lo que quieres es librarte de tu amigo, porque de otra forma no entiendo como se te ocurre que vaya con él —se pasó la mano por la cara como si el solo hecho de pensar en mi amigo le pusiera de mala leche.

—Rocío, no conozco todavía al amigo de Martín, pero tan malo no puede ser si es su amigo y mano derecha.

—Gracias cielo, por el voto de confianza —le dije a mi chica, acompañando esas palabras con un guiño de ojo.

—No es malo, es peor, yo creo que en otra vida tuve que ser muy mala para que en esta el mismo Diablo haya venido a amargar mi pobre existencia —me tuve que reír con su respuesta.

—Creo que Samuel opina lo mismo de ti —negué riendo—. Al final te voy a poner de secretaria de él para que liméis las asperezas —abrió los ojos de par en par cuando me escuchó.

—No serias capaz de hacerme algo así…

—Claro que sí, quien sabe, a lo mejor el roce hace el cariño y terminái s siendo inseparables.

—No quiero convertirme en asesina tan joven, eso lo dejo para cuando tenga ochenta años y no me metan en la cárcel, y mucho menos me apetece morir. Me queda mucha vida por delante —esta faceta de ella no la conocía, sabía que podía ser divertida y sarcástica, bueno esto último si lo conocía, porque era como le hablaba la mayor parte del tiempo a Samuel.

—Yo tengo que ver con mis propios ojos como te llevas con ese hombre —le dijo Almudena—. Por favor, lo tienes que hacer por mí, me gustaría que vinieras unos días, que podamos estar juntas en estas fechas, sabes que todos estos años ha sido imposible con mi madre y ya que este año ella no me va a hacer la vida imposible por quedar contigo —me dio mucha pena oír como decía eso, le di un apretón para que sintiera que ya no iba a volver a pasar por eso y que me tenía junto a ella.

—Está bien, iré por ti —le dijo a su amiga, y automáticamente me miró a mí—, pero dile a tu amigo que se mantenga alejado de mí.

—No te preocupes, se lo diré —le tendría que decir a Samuel que dejara de buscarle la lengua, por lo menos esos días.

Capítulo 21



Almudena

—Aquí hace mucho más frio que allí —me puse la bufanda que llevaba enganchada al asa del bolso.

—Es normal, es un clima más húmedo, aquí llueve mucho, para ellos este clima es normal, pero para nosotros que venimos del sur, donde lo raro es que llueva y tenemos mucho sol, sí nos cala un poco más este frío —me rodeó por lo hombros para darme un poco de calor.

—No estoy muy de acuerdo contigo, si allí ya lo paso mal de lo friolera que soy, aquí lo voy a pasar envuelta en más capas que una cebolla —y mientras más ropa me pusiera encima, más gorda iba a parecer. Ese pensamiento me lo guardé para mí.

—Vamos a por el coche y de camino paramos en un supermercado para comprar algo de comida —con un brazo me llevaba rodeada por los hombros y con el otro iba tirando de la maleta.

Todavía me parecía mentira que este hombre se hubiera fijado en mí, ya no era tenerlo solo a mi lado como amigo, que lo era y mucho. Con Martin me había llegado a abrir totalmente, se lo había

contado todo, incluso cosas que no había llegado a contarle a mi mejor amiga.

A él le dejé ver todos mis miedos e inseguridades, con él dejé mi corazón y mi alma expuestos y en sus manos, porque sabía que iba a tenerlo junto a mí.

Me gustaba estar con él, me sentía protegida, me hablaba con cariño, me miraba y me veía de verdad y me estaba dando todo el cariño que nunca me habían dado.

Todo eso sin contar que era la persona que más me estaba ayudando a subir mi autoestima, porque desde que estaba viviendo con él, no era ni la sombra de lo que fui.

Y sabía que todas las cosas que me decía, como me miraba y como me acariciaba cuando hacíamos el amor, nada de eso podía ser mentira. Su mirada hablaba por si sola.

No sé si Martín sería el hombre de mi vida, pues nada en esta vida se podía asegurar, pero si solo pensaba en el hoy y el ahora, si estaba totalmente segura de que si lo era. Mi corazón le pertenecía a él por completo y tampoco podía negar que ahora mismo mi único sueño era compartir mi vida junto a él.

Supongo el resto nos lo diría el paso del tiempo, por ahora iba a vivir enfocada en el presente.

Y ese presente ahora mismo era vivir las mejores Navidades de mi vida, estaba totalmente segura de que lo iban a ser y con eso era feliz y de sobra.

—Hacemos la compra, lo colocamos todo y damos una vuelta por el pueblo —iba conduciendo con una mano sobre mi pierna, solo la

quitaba para cambiar de marchas—, verás lo bonito que es.

—Estoy segura de ello, tiene que ser bonito vivir la Navidad aquí.

—Lo es, al ser un pueblo con muy pocos habitantes, no conocemos casi todos, lo que me lleva a decirte, que lo más seguro es que nos encontremos con parte de mi familia —lo miré y me encantó ver la sonrisa tan bonita que tenía en sus labios.

—Si nos encontramos con ellos, me los presentas, no pasa nada, de todos modos, los voy a conocer en dos días —quizás así era hasta mejor.

No es lo mismo conocer uno o dos un día, que conocerlos a todos a la misma vez.

—Pues hazte a la idea, porque es lo más seguro que pase y si no es así, en el momento en el que vean movimiento en casa, sabrán que ha llegado alguien o quizás piensen que han entrado a robar —dijo carcajeándose— y si piensan que puede ser un ladrón, prepárate porque van a venir muy preparados.

—Martín, no juegues con eso. A ver si me voy a levantar en mitad de la noche para ir al baño y me voy a encontrar con alguien de frente y que venga con un palo en la mano —estaría bueno que eso pasara de verdad.

—Mujer si pasa eso, antes de que te den en la cabeza grita —el muchacho estaba gracioso por lo que parecía.

—¿De qué me vale gritar si después me dan? Deja de hacerte el gracioso.

—Cielo, no va a pasar nada, en cuanto vean que hay un coche en la puerta, sabrán que soy yo y, aunque no fuera el caso no entraría nadie, lo máximo que harían sería llamar a la policía —lo pintaba mejor por momentos.

—¿No sería más sensato que les digas que hemos venido? Lo digo para que nos ahorremos trabajo —y porque no me apetecía que en mitad de noche la policía se liara a golpes con la puerta.

—Como quieras, pero desde ya te digo que en el momento en el que les diga que he llegado se meterán en la casa y no nos dejaran solos —sabía que le apetecía pasar esos días a solas conmigo.

—Siempre nos quedará la noche para estar a solas —le puse una mano en la pierna y empecé a moverla de arriba abajo, como si no me diera cuenta de lo que estaba haciendo.

—Cielo, sé lo que estás haciendo y te prometo que como sigas así, no me voy a poder bajar del coche para ir al supermercado.

—Lo podemos hacer después —subí la mano un poco más, me quedé a muy pocos centímetros de su ingle—, tengo frío en las manos —me mordí el labio inferior. Moví la mano un poco más, al final la metí entre sus piernas.

—Preciosa, no me provoques que sabes que soy de mecha corta cuando se trata de ti —él también comenzó con el juego, puso su mano en el mismo lugar que yo había puesto la mía, entrelazó sus dedos con los míos, con la palma de su mano encima del dorso de la mía— ¿Sabes el refrán que dice, quien juega con fuego acaba quemándose? Pues tú estás a punto de arder —tiró de nuestras manos un poco hacia arriba, justo sobre su ya notoria erección—. Ya me tienes así, con un solo roce me pones como no te imaginas.

Si que me lo imaginaba, porque desde que nos habíamos acostado la primera vez, cada vez que podía me hacía ver las estrellas, vamos que era literal, porque este hombre lograba ponerme los ojos del revés.

—¿Cómo te aguantaste hasta que al final nos acostamos?

—Con muchas duchas de agua fría, si no pillé una pulmonía muy poco faltó —dijo resoplando, como si acordarse fuera un suplicio.

—Que bien que solo necesitaras el agua fría, aunque conociendo como eres, me asombra que solo necesitaras eso —tenía ganas de pincharle un poco.

—No conocía esta faceta tuya —apretó nuestras manos sobre su pene, al hacerlo se le escapó un pequeño resoplido—. Cuando lleguemos no vamos a sacar ni las maletas, que les den, primero estas tú y tus necesidades.

—Dirás las tuyas —reí sin poderlo evitar. Intenté quitar mi mano de su sexo, pero no me dejó hacerlo.

—Ni se te ocurra, no decías que tenías frío, pues te aseguro que no vas a encontrar otro sitio más caliente que ese —volvió a dar otro apretón moviendo las manos por su bragueta.

—Martín, estas conduciendo y no quiero que suframos un accidente ahora que se lo que se disfruta con el sexo.

—Lo que disfrutas con el sexo que yo te doy.

—Uy, eso ha sonado muy posesivo —sé que podía ser de todo menos posesivo.

—No cielo, ha sonado a realidad —puso una sonrisa de medio lado.

Este hombre era atractivo y daba igual el gesto o expresión que hiciera con su rostro.

Al final logré quitar la mano de su miembro, era lo mejor, íbamos en el coche y no era plan jugar por el camino.

Poco tiempo después entramos en el pueblo y, aunque era de día, no se podía negar que era precioso. Se veía pequeño, pero muy acogedor, con calles pintorescas y llenas de vida.

Había mucha actividad en la calle, se veía a las personas pasear, otras sentadas en las terrazas de las cafeterías con mantas sobre sus piernas y con estufas de esas que se utilizan para las terrazas.

Me iba quedando enamorada de todo lo que iba viendo. Todo era perfecto, lleno de adornos.

Por lo que me había contado Martín, Allariz era un pueblo en el que la decoración de la Navidad se basaba en la sostenibilidad. Sus decoraciones eran artesanales, las hacían reciclando cosas.

—Qué bonito sé ve todo —la sonrisa no se me borró de los labios mientras íbamos atravesando el centro del pueblo.

—Si es bonito, más bonitas son las personas que viven aquí —no los conocía, pero no iba a poner en duda sus palabras—. Mierda, que poco nos ha durado la sorpresa —lo miré sin entender—. Mi tío nos acaba de ver —miré donde él se quedó mirando y vi a un hombre de mediana edad levantando la mano y saludando—. Nena, nos tenemos que bajar y saludarlo.

—Cariño —me quedé paralizada cuando esa palabra salió por mi boca. Era la primera vez que lo llamaba por ese apelativo.

—¿Cómo me has llamado? —me preguntó serio, pensé que le había molestado.

—Lo siento, se me ha escapado sin darme cuenta —dije un poco avergonzada.

—No lo sientas, me ha encantado que lo hagas —me cogió por un lado de las mejillas para que lo mirara—. Me gustaría que siempre que quisieras me llamaras así —acercó sus labios a los míos para darme un beso corto, pero que me supo a gloría, a hogar y a todo lo bueno que me podía dar este hombre—. Voy a aparcar y vamos donde está mi tío. Es el hermano mayor de mi madre, esta soltero y se llama Eloi. Tenía que haber supuesto que a esta hora estaría por aquí tomándose su café.

—Cariño, no pasa nada, lo tenía que conocer, además, para mí es mejor conocer a tu familia poco a poco.

Aparcó el coche en un sitio que encontró cerca de la cafetería donde habíamos visto a su tío. Al bajar del coche me cogió de la mano dándome un pequeño apretón para que me tranquilizara.

Sabía que había notado que me había puesto un poco nerviosa.

—Tranquila, no tiene costumbre de comerse a jovencitas hasta después de medianoche.

—¿Sabes lo mal que ha sonado eso? —Subí las cejas varias veces para que me entendiera.

—No te preocupes, todavía se comerá algo por ahí, pero te aseguro que a ti no te va a comer.

—Martín, no me hagas imaginar a tu tío de esa forma, que no voy a ser capaz de mirarlo a la cara —el capullo se reía a carcajadas—. Pues entonces no te digo su manera de ligar, más de una vez nos llevó a mi primo Alejo y a mí con él y si te digo la verdad, ligaba más que nosotros.

—Martin, hijo —lo abrazó fuerte cuando llegamos donde estaba él —, tu madre no me ha dicho que ibas a venir antes y eso que anoche hablé con ella.

—Tío, es que le dije que no os avisara, quería daros una sorpresa.

—Ya veo, y no solo por tu llegada antes de tiempo, sino por lo bien acompañado que vienes —Eloi me miró de arriba abajo, vamos que no se cortó ni un pelo, no fue una mirada lasciva ni nada por el estilo, parecía como de interés.

—No te puedo decir que no tienes razón en eso —me volvió a coger de la mano para que me acercara un paso más—. Ella es Almudena, ni novia —el corazón se me encogió al escuchar la palabra novia, era la primera vez que me nombraba como tal.

—Ven aquí niña, que no muerdo hasta medianoche —ahora entendía de donde venía la broma de antes—. Sobrino, mejor gusto no has podido tener. Encantado, cielo. Mi nombre es Eloi, aunque imagino que mi sobrino te lo habrá dicho —me cogió por los hombros y sin esperarlo me abrazó, lo hizo fuerte y con ganas.

Pensé que me iba a resultar más incómodo ese abrazo, pero la verdad, es que me resultó cálido, como cuando alguien te abraza con cariño y porque le apetece hacerlo.

—Encantada, Eloi —le devolví ese abrazo un poco emocionada, no lloré, pero sí que me llegó al corazón.

—Que sorpresa, no sabía que ibas a venir acompañado. Tus padres no nos han dicho nada —nos ofreció que nos sentáramos a tomar algo con él.

—Es que se lo he dicho hace poco, así que se puede decir que eres el primero de la familia en conocerla.

—Cuanto honor, esto se merece un vermut como mínimo para celebrarlo —pues no tenía la costumbre de beber, pero no le iba a decir que no, un día era un día—. Sobrina, no me pongas esa cara, que a partir de hoy eres mi sobrina —Martín me dio un apretón en la pierna por debajo de la mesa, él sabía lo que significaba para mí sentir algún día lo que era tener una familia—. A mí, puedes llamarme tío también, como el cafre este. Y dime, ¿cómo lo conociste? —Iba a intentar ser lo más sincera posible.

—Mi mejor amiga es su secretaría, un día fui a verla a la salida de su trabajo, ella iba saliendo junto a él, y ahí fue cuando nos vimos la primera vez —le conté esa pequeña mentira, Dios, esperaba que si algún día se enteraban no me lo tuvieran en cuenta.

—Desde que la vi no paré de insistirle a mi secretaria que me diera su número de teléfono, a partir de ahí nos fuimos conociendo hasta llegar donde estamos ahora mismo —le siguió contando su sobrino.

—Y exactamente… ¿dónde estáis ahora mismo? —le preguntó.

—Estamos viviendo juntos desde hace tres semanas —contestó.

Se notaba que Eloi no preguntaba por cotilleo, lo hacía por interés. Era normal, considerando que era el único sobrino que tenía por parte de esa hermana y el que más lejos tenía.

Estábamos tan a gusto allí, que al final nos quedamos toda la mañana y como también ponían buena comida, aprovechamos y nos quedamos a comer.

Capítulo 22



Martín

Almudena no estaba acostumbrada a beber, así que ya os podéis imaginar como estaba cuando terminamos de comer con tres vermut que se tomó antes y durante la comida.

Mira que ella era de hablar poco, pues habló con mi tío hasta por los codos, vamos que se conocieron bien.

Era la primera vez que la veía siendo ella misma fuera de casa y con un desconocido, porque para ella, mi tío era un completo desconocido. No había duda de que se cayeron bien y que hubo mucha química entre ellos y me gustó.

No estaba borracha, pero sí que un poco mareada, me costó la misma vida que se estuviera quieta, porque no veáis como metía la mano por debajo de la mesa para tocarme, que conste que no me quejaba de que lo hiciera, pero no era el mejor momento ni lugar.

En cuanto llegáramos a casa iba a dejar que me tocara todo lo que quisiera y más.

—Tío, nos vamos a ir ya —me levanté de la mesa intentado tapar todo lo que pude mi erección con la chaqueta— todavía no hemos

llegado a casa, y tenemos que soltar las maletas e ir a comprar algo de comida —Almudena se levantó también, con esa sonrisilla que no se le quitaba del rostro.

—Yo creo que viendo como esta mi sobrina poco vais a ir a comprar —dijo riendo, como es normal tonto no era— pasadlo bien, vosotros que podéis y no os preocupéis, después voy yo a compraros algo y antes de la hora de cena os lo llevo —el descarado de mi tío nos guiñó el ojo. Lo ignoré, saqué la cartera para pagar—. Estáis invitados. Cielo, no le des mucha caña a mi sobrino que nos tiene que durar muchos años.

—No te preocupes, seguro que termina conmigo, antes que yo con él —me gustaba la versión de Almudena con una copa de más. Para ser sincero, me gustaba cualquier cosa que viniera de ella

—Me gusta esta mujer para ti —me dijo, y automáticamente se volvió a ella—. Si alguna vez te cansas de él, aquí me tienes.

—No te la juegues, que lo mismo lo dejo y me vengo a vivir contigo. Lo poco que he visto de este pueblo me ha enamorado —le contestó ella, siguiendo con la broma que había empezado él.

—Mejor nos vamos ya, que al final estoy viendo que me vas a cambiar por una versión mucha más vieja —no lo vi venir, pero cuando me quise dar cuenta el bruto de mi tío me había cogido de la oreja—. Suelta, que me la vas a arrancar.

—Eso para veas lo viejo que soy —uf, menos mal que me soltó.

Fue entrar por la puerta de casa y casi no me dio tiempo a cerrarla, cuando Almudena de abalanzó sobre mí. Se notaba que no estaba acostumbrada a beber.

Por otro lado, no sabría decir si el efecto que le causaba la bebida me gustaba o me daba miedo, porque si alguna vez bebía un poco de más delante de otras personas y le hacía el mismo efecto, a ver quién era capaz de calmarla un poco.

En cambio, si lo hacía estando los dos solos, por mí se podía beber todos los días tres vermut, que yo estaría encantado.

—Cielo, que bien te ha sentado esa bebida —dije con la voz ronca cuando empezó a besarme el cuello desesperadamente.

—No sé qué cojones me pasa, lo único que quiero es que me hagas el amor hasta que caigamos desmayados —ole el vermut, pensé.

No me podía quejar, desde la primera vez que nos habíamos acostado, no había día en el que no la hiciera mía, pero ella siempre se mostraba un poco cortada, suponía que todavía necesitaba un poco más de tiempo.

Pero esta fogosidad era totalmente nueva. Dios, haz que nunca me falte el dinero para comprar litros y litros de esa bebida que para ella había sido tan afrodisíaca. Bendito sea Dios, como se había puesto.

—Nena, no me estoy queja… do —se me corto la palabra cuando sentí la boca de ella alrededor de mi pene—. Olvida lo que te iba a decir y sigue —puse una mano sobre su cabeza.

No habíamos pasado ni de la entrada, pero vamos, que ni intención tenía de moverme.

Mira que no era creyente, pues esa noche recé, me acordé de Dios, de María y hasta de Jesús. Esa noche mi chica era puro fuego.

—Nena, para —dije con la mandíbula apretaba—. Almudena, para te lo digo enserio —levantó sus pestañas para mírame a través de ellas.

—¿No te gusta? —joder, como para no gustarme.

—No me gusta lo que estás haciendo, me encanta, pero no quiero terminar así —le puse dos dedos debajo de su barbilla para que levantara el rostro—. Estoy completamente desnudo y tú tienes mucha ropa encima.

—No me has desnudado —pasó la lengua desde los testículos hasta la punta de glande.

— Hostia, nena, te juro que no aguanto.

—Mejor, así mientras te repones me dedicas el doble de tiempo — se lo metió en la boca para seguir masturbándome con ella, de vez en cuando también utilizaba la mano.

No la dejé seguir, no porque no me gustara lo que me estaba haciendo, habría que estar loco para que no lo hiciera. La detuve porque no quería terminar en su boca.

La ayudé a ponerse de pie, en cuanto lo hizo, nos giré y puse su espalda pegada a la pared, con la manos la cogí por la mejilla y arremetí contra sus labios, con fuerza, con ganas y con las ansias que me comían por saborearla por completo.

No sé que tenían sus labios que estaba totalmente enganchado a sus besos, nunca era suficiente, daba igual los besos que le diera siempre quería más. Me gustaban todo tipo de besos, lentos,

suaves, pausados, húmedos, salvajes o explosivos… cualquiera de ellos me llegaba al corazón.

Tardé poco en desnudarla y eso que tenía unas cuantas capas de ropa.

—Te necesito, no sé lo que me pasa hoy, pero estoy que no puedo más —me dijo cuando dejé sus labios para ir a por uno de sus puntos débiles.

En cuanto le toqué la zona del cuello con pequeños besos y pasando la lengua, perdió el poco control que le quedaba.

Fui bajando por su cuerpo besando cada rincón de él, llegué a su entrepierna.

—Si ves que no aguantas el equilibro, agárrate a mis hombros —le di un beso en la cara interna del muslo cuando le levanté esa pierna para ponerla encima de mi hombro.

De rodillas y en esta posición mejores vistas no podía tener. Había que ser muy gilipollas para decirle que su cuerpo no valía nada, porque era una auténtica diosa.

Cada vez estaba más convencido de que su madre la machacó tanto porque le tenía muchos celos, no lo digo porque estuviera enamorado de ella, que lo estaba, de eso no cabía duda. Lo decía porque era verdad, levantaba miradas, ella no se daba cuenta porque no se iba fijando en esas cosas, pero era raro el hombre que no la repasara con la mirada y eso que vestía de manera discreta, que, si lo hiciera un poco más atrevida, sería la bomba.

Metí la cabeza entre sus piernas y comencé a pasar mis labios y lengua entre sus pliegues, esos donde se le podía ver como sus

jugos asomaban entre ellos.

La saboreé, la disfruté y la hice disfrutar como una loca. Disfrutaba mucho más proporcionándole placer a ella y viéndola así, que el propio placer que yo podía recibir. Bueno, venga, no nos pasemos, no voy a ser hipócrita, porque el placer junto a ella era un nivel muy distinto al que había vivido hasta ahora.

Era difícil de explicar y que lo comprendáis si no lo habéis experimentando nunca.

Cuando estabas junto a la persona de la que estabas enamorado todo ese placer se multiplicaba por mil, no solo era el placer físico, era la unión de lo carnal con lo sentimental, todo se sentía con mayor intensidad y hacerla disfrutar a ella, para mí era como llegar yo al éxtasis.

Con dos dedos dentro de su vagina y con la lengua pasándola lentamente por encima de su clítoris, Almudena llegó a un orgasmo fuerte, tanto, que si no llego a sujetarla por la caderas hubiera caído de rodillas.

—Madre mía, cariño, me has dejado temblando —dijo pasando las manos por mi pelo mientras yo seguía lamiendo su vagina recogiendo los últimos restos de su orgasmo.

Cuando ese mismo día me dijo por primera vez cariño, sentí en ese mismo momento como mi pecho se oprimía, para mí significó tanto esa palabra que me quedé por unos momentos si saber como reaccionar.

Porque no era solo la palabra, era de lo que venía acompañada, de amor, de sueños, de querer a una persona tanto que necesitabas demostrárselo utilizando otro nombre que no fuese el suyo, porque

sabias que por el suyo lo podía llamar cualquier persona, pero por el que decías llamarlo, solo era de los implicados en esa relación.

—Cielo, no puedo más, así que esta vez no vamos a llegar a la cama —le dije, después de besarla cuando me levanté—. Rodéame la cintura con las piernas —lo hizo, entrelazó sus tobillos detrás de mi cadera, cuando la levanté del trasero.

Metí una mano entre nuestros cuerpos, cogí mi pene erecto y busqué la entrada a su vagina.

Me fui introduciendo poco a poco, dejando que su calor me fuera envolviendo por completo, en cuanto estuve por completo en su interior, eché la cabeza hacia atrás disfrutando de este momento con los ojos cerrados.

Estar en su interior era otro mundo. Por mí se podía terminar el mundo entero, que mientras yo estuviese dentro de ella, me daba igual todo.

Comencé a mover las caderas despacio, sin prisas, disfrutando de la forma en la que tenía de apretarme, dejando que el calor que me trasmitía me recorriera el cuerpo.

—Cariño… ah… un poco más deprisa —a ella le gustaba todas las maneras en las que le hacía el amor, pero cuando era un poco más intenso, ahí es cuando se volvía loca por completo.

—Todo a su tiempo —le mordí el lóbulo de la oreja y después le dejé un beso.

—No creo que aguantemos mucho tiempo en este postura —sabía muy bien porque lo decía. Le iba a demostrar lo equivocada que estaba.

—Créeme, cielo, tenemos todo el tiempo del mundo —salí despacio, solo dejé dentro la punta de mi glande, cuando vi que iba a protestar me introduje de un solo empujón fuerte, llegando a lo más profundo. Su interior tuvo un espasmo que me apretó de una manera exquisita—. Joder, que bueno —dije, jadeando.

Empecé a aumentar la velocidad en cuanto nuestros cuerpos así lo pedían, me volví más salvaje, más intenso, le estaba haciendo el amor con fuerza, quería que siempre recordara lo que sentía cuando me tenía dentro, sintiendo cada centímetro y vena de mi pene.

No tardó mucho en correrse, yo tuve que morderme el labio con todas mis fuerzas para no hacerlo junto a ella, quería que se prologara un poco más.

Hice que se bajara, le di la vuela y la puse mirando a la pared. Con un pie hice que separara sus piernas, tiré de sus caderas para sacarlas hacia fuera y de una sola penetración me volví a introducir en su interior.

Gritó en cuanto lo hice, sabía que en esta postura le llegaba mucho más profundo.

Una mano la llevé a su vagina, mientras la penetraba le iba tocando el clítoris y con la otra mano la cogí de la nuca para hacer que me mirara y llegar a sus labios, necesitaba besarla con urgencias.

Con nuestras lenguas entrelazadas, tocando ese botón lleno de nervios que la hacía poner los ojos el blando y con las penetraciones rápidas, fuertes y profundas, llagamos los dos a la vez a la cina del placer.

Dejé caer mi frente en su espalda mientras los últimos coletazos del orgasmo iban abandonando mi cuerpo y mis pulmones se volvían a llenar de aire.

—Todavía no —me dijo, cuando empecé a salir de su interior—, deja que te sienta un poco más.

Parecía que mi chica hoy no se cansaba ni tenía suficiente.

—No te preocupes que hoy me vas a sentir mucho más —así cayera sobre la cama desmayado, hasta que ella no estuviera completamente saciada no la iba a dejar.

Me retiré de ella, la giré y la volví a coger a pulso. Nos conduje a mi habitación y de ahí directos al baño, los dos necesitábamos una ducha y como en esta casa siempre dejaba las cosas de aseo, no necesitaba sacar nada de las maletas.

Yo siempre dejaba algo de ropa, así que me pondría algo de lo que ya tenía aquí y saldría por las dos maletas.

Capítulo 23



Almudena

Menos mal que con la ducha se me había ido el aturdimiento que me había causado al tomarme los tres vermut. No es que me hubiese mareado y mucho menos emborrachado, pero sí que había cogido un puntillo y qué puntillo.

Hasta yo misma me asombraba de mi comportamiento, que no había sido malo, más bien había sido demasiado bueno, por lo menos para mí y para Martín, en definitiva, no nos podíamos quejar ninguno del resultado.

Me estaba terminando de vestir, cuando empecé a escuchar a varias personas hablar en la parte baja de la casa, aunque esto no se podía considerar una casa, era demasiado grande, con muchas habitaciones, todas eran amplias y cada una con su baño incluido.

Las zonas comunes, esas eran una pasada de lo amplias que eran, lo entendía, esta casa fue diseñada por el padre de Martín, con el fin de que toda la familia se pudiera reunir aquí sin que parecieran sardinas en latas.

Lo más grande de todo era la cocina y el salón, en la primera podía haber diez personas a la vez y con ninguna de ellas te

tropezarías, la segunda lo era mucho más.

Tenía una mesa a un lado del salón, era grande, para que se pudieran sentar muchos comensales, en el otro extremo estaban los sofás, había tres grandes y dos sillones, todos estaban colocados en torno a la chimenea, con una mesa baja, pero grande en el centro.

La decoración de toda la casa era cálida, hogareña, de esas como las que se veían en las películas y te hacían desear vivir en una de ellas. Para que os hagáis una idea, era romántica, creo que esa palabra era la que la podría definirla mejor.

Terminé de vestirme para bajar y saludar a los que habían llegado, que estaba segura de que eran el resto de la familia de Martín, a falta de sus padres y Nala. Como echaba de menos a esa perra, me había vuelto inseparable de ella.

Me puse un vestido beige tirando un poco a oscuro, era de punto, de mangas largas con el escote barco. Me llegaba por encima de las rodillas. Era la primera vez en mi vida de adulta que me ponía un vestido, por no decir que encima era ceñido al cuerpo.

No sé qué era lo que me estaba haciendo Martín, pero desde que lo había conocido estaba cogiendo poco a poco confianza en mí misma, este mismo vestido antes de conocerlo a él no me lo habría puesto ni loca, sin embargo, ahora me miraba al espejo y me gustaba el resultado. Es verdad que me seguía sacando muchas faltas, pero por lo menos me decía a mí misma que mi cuerpo era el que era y quien me quisiera lo tenía que hacer con mis virtudes y mis defectos.

Me puse unos bonites con un poco de tacón, pero de ese tacón que era perfeto para el día a día, era de color marrón chocolate. El pelo me lo dejé suelto, lo tenía largo y mientras más largo lo tenía

más se me iban formando unas ondulaciones naturales, me gustaba mucho como lo tenía ahora.

Recuerdo que cuando era niña mi madre siempre me obligaba a llevarlo corto y por mucho que le pidiera que me lo quería dejar crecer como lo tenían las mayorías de las niñas, no me lo permitía, hasta que me hice mayor de edad y a partir de ahí no dejé que me lo cortara más.

No me maquillé, no iba a salir, así que era una tontería hacerlo, solo me puse un poco de mi perfume favorito y estaba lista para bajar.

Sé que era una tontería, pero estaba un poco nerviosa al pensar en como me vería ante los ojos de Martín.

Con cada paso que daba más se iban escuchando a esas personas, la voces provenían de la cocina, eso estaba claro.

Me asomé a la puerta con un poco de cautela o miedo, daba igual como lo quisierais llamar, el caso es que estaba aterrada y no porque me fueran hacer nada, sino porque no sabía como iban a reaccionar cuando me vieran.

El primero en verme fue un hombre de más o menos la edad de Martín, no lo sabía con exactitud, pero no parecía mucho mayor que él.

Por el parecido tan grande que tenían, ese hombre no podía ser otro que el primo de él.

—Hostia —dijo al verme.

Al decir eso todos los que estaban en la cocina, que, por cierto, no eran pocos, dirigieron la mirada a ese hombre, y al ver que él estaba mirado a la entrada giraron las cabezas y ahí fue cuando me vieron.

Mi mirada fue a parar a la de Martín, no quería decir que no me interesaran los demás, no era el caso, pero sí que la que más me importaba era la de él.

Mi chico estaba apoyado con los codos sobre la isla central que había en la cocina, por lo que parecía estaba hablando con su tía.

En cuando nuestros ojos conectaron se incorporó y empezó a caminar hacia donde estaba sin apartar los ojos de mi cuerpo, me estaba devorando con la mirada y esa mirada significaba mucho para mí.

Llegó hasta mí, y sin importarle que estuviera toda su familia presente, me cogió de la cintura con sus dos manos obligándome a dar un paso hacia él, apoyó su frente sobre la mía y dejó un beso suave sobre mis labios.

—Me he vuelto a enamorar de nuevo —le sonreí en agradecimiento por esas palabras—. Cielo, no Te imaginas lo preciosa que estás.

—El más chico de todos y el que más suerte ha tenido —escuché que había dicho su primo—. Dime que tu chica tiene una hermana gemela porque ahora mismo lo dejo todo y voy a por ella —un calor sofocante me subió a las mejillas.

—Como ella te puedo asegurar que no hay ninguna, lo siento mucho por ti —le siguió el juego—. Cielo, ese cara dura que ves ahí es mi primo Alejo. Familia, ella es Almudena, mi novia —se volvió hacia el resto de la familia.

Todo los ojos estaban puestos fijos en mí, creo que en mi vida me había sentido más abrumada que en ese momento, porque no me digáis que no da un poco de corte conocer a la familia de tu chico casi al completo y de una sola vez.

El primero que se acercó a saludarme fue Alejo, me dio dos besos.

—Bienvenida a la familia —dijo, de forma agradable.

—Muchas gracias, encantada de conocerte —le devolví la sonrisa que me había dirigido momentos antes.

—El resto son, el tío Eloy que ya lo conoces, ella es mi tía Macarena, la hermana mediana —conforme me los iba presentando los iba saludando con dos besos— mi tío Xenxo, es su marido. Ella es mi prima Ainoa, el que está a su lado es su marido Brais y esta cosita tan bonita es mi niño, porque se lo pienso robar, él es Iago —cogió al niño que por su estatura calculaba que no tendría más de un año. Me lo acerco cuando terminé de darles besos a todos—. Lo puedes coger si quieres, es un niño muy sociable —no hizo falta que me lo dijera dos veces, a mí que me encantaban los niños y el pequeño estiró los bracitos para que lo cogiera.

Solía ser raro que un niño tan pequeño cogiera confianza con una desconocida, al menos tanto como para querer que lo cogiera en brazos.

Iago era precioso, se parecía a su padre, pero sin duda alguna, los rasgos que más se podían percibir en él eran los de las familia de Martín, porque todos ellos se parecían mucho, es verdad que cada uno su forma, teniendo en cuenta que cada uno era de su padre y de su madre.

—Que guapo eres —le dije cuando Martín me lo dio.

—Sobrina, si hoy cuando te vi estas preciosa, ahora ni te cuento —me dijo Eloi, haciendo que me volviera a subir los colores a la cara —. Todavía estas a tiempo de dejar a mi sobrino y venirte a vivir conmigo.

—Hermano, deja a la niña quieta que eres muy viejo para ella —le dijo su hermana.

—Para el tío es joven, pero para mí, no —habló Alejo.

—Lo siento, pero yo ya tengo a mi chico y no lo cambio por nadie —le contesté. Fue la primera vez que le contesté de manera tan resuelta a alguien que acababa de conocer.

—Ya la has oído —Martín me echó el brazo sobre el hombro, vamos que era como si estuviera marcando territorio—. No hagas el tonto que no va a cambiar a lo autentico por la copia barata.

—Con lo guapa que eres, que lástima que tengas el gusto tan malo —dijo el otro a la contestación de su primo.

—Hijo, a ti te digo también lo mismo, deja a la niña en paz.

—Mamá, no le digas niña, porque de eso tiene poco, solo hay mirarla —le protestó a la madre—. Jesús con la niña… —se fue resoplando.

Sabía que estaba bromeando, Alejo no me miraría de otra forma que no fuese como lo que era, la pareja de su primo. Además, por lo que sabía, ellos dos se llevaban muy bien, solo estaba intentando pinchar a su primo.

—Vente con nosotras y deja a los brutos darse golpes de pecho para ver quién es el más fuerte —me llamó Ainoa.

Me fui donde estaba ella y su madre, estaban preparando una lasaña para la cena y era bastante grande, todo hay que decirlo, pero vamos, era lo normal con la cantidad de personas que había aquí.

—Cuéntanos un poco de ti, para conocerte un poco mejor —sabía que este momento iba a llegar, era lógico que la familia de Martín quisiera saber un poco de mi vida.

—Pues la verdad es que no hay mucho que contar, he tenido una vida muy aburrida —mientras iba hablando el pequeño se dedicada a pasar las manos por todo mi rostro, era como si estuviera investigando algo, me hacía gracia, y es que con esos deditos tan pequeñitos me iba haciendo cosquillas allí por donde tocaba—. Mi padre murió cuando yo era demasiado pequeña, así que no me acuerdo casi nada de él. He salido muy poco porque me he dedicado a mis estudios, y cuando terminé con ellos no busqué trabajo porque mi madre me ha estado necesitando un tiempo a su lado —no me iba a poner a dar explicaciones aquí, no es porque tuviera que ocultar nada de mi vida, sino, porque no era el mejor momento.

Estábamos todos reunidos para pasarlo bien, no tenía sentido contar mi historia porque al hacerlo el estado de ánimo de todos los presentes estaba segura de que iban a cambiar y tampoco quería darle pena a nadie, por lo menos no esta noche, no hoy que me sentía un poco más fuerte de lo que me había sentido en mi vida.

—¿Qué es lo que has estudiado? —se interesó Macarena.

—Economía y Finanzas —Martín se había enterado hacía poco de mis estudios, me había dicho que cuando quisiera podía trabajar en su empresa, pero por ahora no me lo planteaba.

No quería que mezcláramos lo personal con lo profesional, estaba buscando en otras empresas, pero no encontraba nada, la mayoría pedían experiencia y de esa carecía por completo.

—Chicos, a poner la mesa —mandó la madre de Ainoa—. En esta casa solemos hacerlo así —me iba explicando—, unos hacen la comida y los otros ponen la mesa, unas veces cocinamos las mujeres, otras lo hacen ellos y otras nos mezclamos, aquí no hay tarea asignada en específico para nadie —siguió explicando.

—Me temo que, a mí, sí que van a tener que asignarme una tarea en específico, porque la cocina no es lo mío —senté al niño sobre la isla quedándome delante de él y con las manos sobre su cinturita para que no se cayera—. Me defiendo, pero no se hacer mucho.

—No te preocupes que yo te enseño —me dijo Martín, que de buenas a primeras se había puesto detrás de mí, apoyando su barbilla en mi hombro.

Me dio un beso en la mejilla y se puso a hacerle carantoñas al niño.

—Estoy segura de que tendría un buen maestro —le devolví el beso aspirando fuerte el olor que desprendía su cuello.

Me volvía loca el olor de este hombre, utilizaba un perfume que era perfecto para él, era un olor de esos que te gustaría mantener la nariz pegada a su cuello durante horas y nunca te cansarías de oler.

—Pareja mirad hacia aquí —no llamó Xenxo. Al mirar vi que tenía una cámara de fotos, de esas que son como las que tienen los profesionales—. No os mováis, estáis perfectos. Nos sacó la foto —. Mirad que bonita ha quedado —se acercó a nosotros para mostrarnos la imagen.

En ella salíamos, Martín a mi espalda rodeando mi cintura con un brazo, la barbilla sobre mi hombro derecho y la otra mano acariciando el rostro de Iago.

El niño aparecía mirándonos a los dos, como si estuviera atento a cada uno de nuestros movimientos. Y yo salía con las manos puestas sobre la cintura del niño, mientras miraba a Martín con una sonrisa.

—¡Qué foto más bonita! —dije maravillada con esa imagen.

—La verdad es que ha quedado preciosa —comentó Macarena cuando se acercó para verla—. Parecéis una familia —cuando dijo eso me dio un vuelco el corazón, porque no había en el mundo cosa que me hiciera más ilusión que formar una familia al lado de este hombre.

Capítulo 24



Martín

Almudena congenió muy bien con mi familia, pero eso ya lo sabía antes de que se los presentara. Sabía que mi familia la iba a acoger con los brazos abiertos y que ella se iba a sentir por fin en medio de una familia.

Fue bonito ver como se relacionaba con unos y con otros, como reía con las cosas de mi tío o de mi primo. Y sí, sé que mi primo se quedó prendado de ella. No se lo tuve en cuenta porque sabía que siempre me iba a respetar y que jamás iba a intentar nada.

Era normal que la hubiese mirado se esa forma la primera vez que la vio, hasta yo me había quedado sin habla al verla aparecer con ese vestido y con ese cara tan bonita que tenía, ella no necesitaba maquillaje para resaltar su belleza, era perfecta tal y como era.

Si hasta el pequeño de la casa se quedó prendado de ella. Esa noche todo fue perfecto, tanto para mí, como para ella.

Esa misma noche cuando nos quedamos solos y nos metimos debajo de las sábanas le hice el amor con pasión, mimo, ternura y mucho amor. Demostrándole todo lo que sentía por ella a través de mis besos y caricias.

Desde que habíamos empezado de verdad y no con la farsa, me había acostumbrado a dormir con la cabeza de ella sobre mi pecho y con mi brazo rodeando su cintura.

Esa se había vuelto mi postura favorita para dormir y si no la tenía así me costaba conciliar el sueño, que sí, que a lo largo de la noche nos movíamos y cambiábamos de postura, pero para quedarme dormido tenía que ser así y por lo que parecía a ella le encantaba.

Lo primero que hicimos cuando nos levantamos a la mañana siguiente después de ducharnos, fue desayunar con pan recién horneado que nos habíamos encontrado sobre la encimera de la cocina.

Eso había sido cosa de mi tío Eloi, estaba complemente seguro. Aunque mi tío bromeaba mucho con Almudena, me había dado cuenta de la forma en la que la miraba, no penséis mal, por Dios, porque la mirada que él le dirigía era de protección, no sé, como cuando un padre mira a su hija.

A Eloi le había calado Almudena el corazón, lo noté y lo podría notar cualquiera. Y me hacía feliz que así hubiera sido porque sabía que ella siempre iba a poder contar con él.

Después de ese desayuno fuimos al encuentro de mis tíos, decidimos que íbamos a hacer la compra antes de que vinieran mis padres, así cuando ellos llegaran al día siguiente nos dedicaríamos a decorar la casa.

—Ahí están, no tienen paciencia ni para que desayunemos — estaba con Almudena, uno sentado frente al otro en la mesa de la cocina. Le acababa de dar el último bocado a la tostada que me había preparado con aceite y jamón serrano.

—Te he escuchado —dijo Eloi, entrando a la cocina—. Encima que te traído el pan recién hecho —se sentó al lado de Almudena, no sin antes darle un beso—. De hecho, venía a desayunar con vosotros, creía que os ibais a levantar más tarde.

—¿No has desayunado todavía? —le preguntó mi chica.

—No, pero no pasa nada —ella no le hizo caso y se levantó de la mesa para prepararle su tostada— Hija, no hace falta que te levantes, gracias a Dios, tengo dos manos que puedo seguir moviendo —levanté la mirada encontrándome con las manos temblorosas de Almudena, miré su rostro y me di cuenta de que estaba intentando contener las lágrimas.

Me levanté de la silla, no estaba seguro de que era lo que podía pasarle, pero si me hacía una ligera idea.

—Cielo, deja eso que te vas a cortar —puse mis manos sobre la suya, la que estaba cogiendo el cuchillo para cortar el pan— ¿Ha sido poque mi tío te ha dicho hija? —asintió—. Si quieres le digo que no te lo diga más —sabía que Eloi nos estaba observando y escuchando.

—No, por favor —dijo—, es solo que me emocionado porque nadie me lo había dicho nunca. Me ha gustado mucho —me dio tanta pena oír esas palabras, que esa pena se convirtió en rabia en un solo segundo.

—Pues te vas a cansar de oírlo, porque aquí está tu tío para decírtelo todos los días —no hizo falta que él se levantara de la silla, porque fue ella la fue hasta él para abrazarlo.

—Espero que no creas que soy una llorona, siento mucho haberme puesto así.

—Puedes llorar todo lo que te dé la gana, llorar, gritar, o lo que te plazca, todo menos llorar, eso solo se permite si es de alegría —le puso un mechón de pelo detrás de la oreja— Mi sobrino no me ha contado nada de tu vida y tampoco quiero que lo hagas tú, pero intuyo que no ha sido fácil para ti, soy un poco brujo y puedo ver a través de los ojos y los tuyos tienen mucho que decir —ella fue a hablar, pero no la dejó—. No, no quiero que me cuentes nada, no hasta que terminen las celebraciones, vas a disfrutar estas semanas y vas a olvidarte de todo lo demás —no me podía haber criado en una mejor familia.

Después de ese momento que me llegó al corazón, esperamos a que mi tío desayunara para salir al encuentro de los demás.

Fuimos en dos coches, porque si teníamos que ir los cinco y después meter la compra no íbamos a caber.

Como mi tía y mi madre eran tan meticulosas y lo tenían que llevar todo al dedillo y super detallado, no solíamos tardar mucho en hacerla.

Tenía pensado dar un paseo por el pueblo después del almuerzo, ya que el día anterior no lo hicimos y quería enseñarle varios puntos del pueblo que sabía que le iba a gustar mucho.

—Martín, vosotros vais por esos pasillos y vais cogiendo lo de esta lisa —me entregó un papel con una gran lista de cosas apuntadas.

—Tía, ¿sabes que solo vamos a comer la familia y no un regimiento? —le pregunté, con la ceja levantada.

—Niño, somos ahora mismo ocho y eso que no estoy contando a mi nieto, mañana pasaremos a ser diez y dentro unos días cuando vengan vuestros amigos seremos doce —le dio unos golpecitos con

la punta del dedo índice al papel que me había entregado—. Así que, tú echa todo lo que hay ahí apuntado y a callar.

—Que paciencia más grande tienes —le dije a mi tío Xenxo— Venga, nos vemos en una de las cajas cuando terminemos, mandona, que eres muy mandona —le dije bromeando.

—Sobrino no me provoques y que todavía te puedo dar una colleja —desde luego era capaz de eso y mucho más.

—Mejor nos vamos, nena, por lo que veo por aquí corre peligro mi integridad física —tiré de la mano de Almudena como si empezara a huir.

No metimos entre unos pasillos sin dejar reír.

—Anda, dame la lista que así terminaremos antes, yo te digo y tu echas —me quitó el papel de entre las manos.

—Si te dijera lo que echaría yo, ibas a salir huyendo —le dije con doble sentido.

—Martín, que estamos en un supermercado —negó riendo.

—Yo no he dicho nada malo, solo he sido sincero —empecé a empujar el carro por los pasillos que iba entrando mi chica.

Si llegarais a entender un mínimo lo que me estaba costado ir detrás de Almudena, os juro me estaba costando la misma vida. A ver, no es que fuera un salido que quiere estar todo el día en bolas entre las piernas de mi chica.

Os juro que no es el caso, no nos vamos a engañar, sí que soy fogoso, pero sé cuándo tengo que serlo.

En cambio, hoy me estaba costando hasta sudores. Iba caminando delante de mí, con unos pantalones de cintura alta en negros y ceñidos a sus caderas. Y que caderas. Ufff, mejor dejaba de mirar hacía allí. ¿Veis? Es que no podía mirar o mi mente empezaba a desvariar.

Bueno, que el caso era que llevaba esos pantalones pegados al cuerpo, con un jersey en blanco roto y botas en color camel, era del estilo de esas que se ven super calentitas y con pelito por dentro.

El pelo lo llevaba hoy en una cola alta bien estirada. Yo no sé si ella misma se estaba dando cuenta del cambio que iba dando poco a poco, pero ya no era misma mujer que conocí, no era, pero ni la sombra.

Cada día estaba más orgulloso de ella, con lo progresos que estaba dando. Es que jodía ver como alguien tan bueno y joven estaba tan apagado en la vida.

Me juré que iba a hacer que brillara y por Dios que lo iba a conseguir.

No era tonto y sabía que me iba a costar mucho, porque la mejoría que se le podía ver hoy, mañana podía dar dos pasos atrás y que volviera sus dudas e inseguridades, pero no iba a estar sola.

En cada uno de esos momentos iba a estar a su lado, ya fuera en los buenos o en los malos, todos esos momentos los iba a pasar junto a mí.

Sé que a lo mejor era una locura hacer lo que tenía pensado, pero ¿que era la vida si no nos dejamos llevar por la locura? A veces es la chispa que necesitamos para vivir, un poco de locura y quien sabe si

iba a ser la mayor y más bonita locura que iba a cometer a lo largo de mi vida.

Solo esperaba que no me saliera el tiro por la culata y que todo se fuera al traste.

Me quedaba por dar algunos retoques y lo mejor o peor, según se viera, contarle mis planes a mi familia y sin que Almudena se diera cuenta. Lo que me quedaba por hacer iba a necesitar la ayuda de mi familia y ellos me la iban a dar sin dudarlo un segundo, de eso estaba completamente seguro.

Capítulo 25



Almudena

Estaba tan a gusto metida dentro de la cama, que no me apetecía ni abrir los ojos. Por lo visto hoy me había levantado con ganas de que Martin me mimara y estar todo el día a solas con él metidos en la cama.

No seáis mal pensados, que mis deseos no iban por ahí, lo único que quería era estar abrazada a él. Venga, vale, no os voy a mentir. Si a lo largo del día mi chico me hacía ver las estrellas y el firmamento entero una vez, no le iba a decir que no.

No tenía experiencia con otros hombres, pero estaba segura que si la hubiese tenido ninguna se parecería a lo que estaba viviendo junto él. nada más que por el hecho de todo lo que me hacía sentir.

—Arriba dormilona —me dijo Martín, dejando un reguero de besos por mi rostro y cuello—, mis padres están a punto de llegar y no querrás que te conozcan metida en la cama —me reí, le había crecido un poco la barba y me estaba haciendo cosquillas por donde me iba dando besos.

—Me encanta como te queda la barba de dos o tres días, pero me hace cosquillas —le pasé los dedos por su pelo. Eso era otra cosa

que me gustaba hacerle, me podía pasar horas tocándoselo. Lo tenía tan sedoso que era un auténtico placer.

—¿Así que te hace cosquillas? —me preguntó con una sonrisa maliciosa.

—Ni se te ocurra, que sé cuáles son tus intenciones —me encogí cuando me cogió la camisita con la que había dormido, la levantó lo justo para dejar al descubierto mi barriga y parte de las costillas—. Te lo digo en serio, es por la mañana y me estoy haciendo mucho pis, sino quieres que me mee en la cama, no lo vayas a hacer.

—Tranquila, no te voy a hacer nada —no lo creía—, solo quiero darte un beso donde algún día se van a formar nuestros hijos —si yo me había levantado tonta, él se había levantado peor. Me dio un cuantos besos por todo el abdomen, se fue desviando disimuladamente llegando justo donde tenía las costillas.

—Para, para, por favor —le dije, muerta de risa—. Martín, que me voy a mear, te lo juro —intenté cruzar las piernas, llevé mis manos sobre mi sexo para intentar aguantar más el pis, pero el capullo no paraba de hacerme cosquillas en las costillas con su barba rasposa y con los dientes—. Dios, no aguanto, como me mee en la cama por tu culpa no te hablo más —no sé ni como era capaz de hablar entre las carcajadas.

—No puedes amenazarme con dejarme de hablar —menos mal que dejó de hacerme cosquillas.

—Quita —lo empujé con las dos manos sobre su pecho y salí corriendo para el baño, al final se me escapó un poco de ese pipi—. Ahora me voy a tener que duchar por tu culpa —le dije en voz alta después de haber utilizado el baño.

Me quité la camiseta y las bragas, abrí el grifo de la ducha y en cuanto empezó a salir el agua caliente, me metí debajo dejando que comenzara a caer desde mi cabeza.

—¿No me digas que la final te has meado? —Lo miré con un ojo cerrado y el otro medio abierto para que no me entrara espuma en los ojos—. Creo que la farmacia abre sobre las ocho de mañana.

—¿Te hace falta algo de ahí? —Joder, ya me había entrado espuma en el ojo, me lo aclaré rápido y cuando volví a abrir los ojos vi que Martín se estaba quintando los pantalones de pijama junto con la ropa interior y venía directo a la ducha.

—Por lo visto te hace falta unos pañales —la madre que lo parió.

—¿No pretenderás meterte aquí después de lo que acabas de decir? —como si no le hubiera hablado, porque me ignoró por completo.

—No puedes pretender ducharte delante de mí y que me quede de brazos cruzados.

—No vamos a hacer nada, tus padres están a punto de llegar —lo señalé con el dedo.

—Solo me voy a duchar, te prometo que ni te voy a rozar —eso no se lo creía ni él.

No me rozó, hizo mucho más que eso, porque hasta que no me llevó al orgasmos dos veces, no paró.

Me puse un pantalón vaquero de pierna ancha, en la parte de arriba un jersey de cuello alto en amarillo pastel y una deportivas blancas, estas eran más de vestir.

El pelo me lo dejé suelto, pero en un lado de la cabeza me puse un pasador, era muy bonito, tenía unas perlitas muy pequeñas y estas estaban puestas de tal manera que parecían unas diminutas flores. Me eché un poco de espuma en el pelo para ondulármelo un poco más.

Ya estaba lista, normal, sin nada más, porque después de darles muchas vueltas durante la noche, me convencí de que sus padres me tenían que conocer tal y como era.

Tampoco es que hoy fuésemos a salir y si lo hacíamos, mi vestimenta se vería bien.

—Buenos días —dije al entrar en la cocina, donde ya estaba Eloi sentado en unas de las sillas mientras hablaba con su sobrino.

—Hija, esta tierra te sienta demasiado bien, cada día estas más guapa —ese hombre era un zalamero, siempre estaba dedicándome piropos, eso sí, todos ellos con mucho respeto y se notaba que lo hacía de corazón.

—Gracias —le di un beso en la mejilla, antes de ir por mí café.

—Eso, a él le das un beso y a mí me dejas mirando —le saqué la lengua haciéndole una burla de broma.

—Tú a callar, que seguro que te has llevado los tuyos esta mañana —le contestó su tío.

—Eso no importa, para mí todos son pocos —le contestó— ¿Preparada para conocer a tus suegros? —me preguntó sonriendo.

Como sabía lo nerviosa que me ponía esta situación, me hacía muchas bromas y se reía de mí, no lo hacía con mala intención.

—Como me gustaría que estuvieras en la misma situación que estoy yo —eso iba a ser imposible.

—Que Dios me libre de tener que conocer a esa mujer —no me dolió nada que dijera eso, sabía lo que era esa mujer y si él no quería conocerla mucho menos quería yo que lo hiciera y lo que era más importante, es que no quería volver a verla en mi vida.

—No te preocupes, no vas a tener que conocerla nunca, porque no pienso volver a verla —había hablado mucho de este tema con él.

Finalmente me decidí darle un poder al abogado de Martín que había pasado a ser el mío también, Ángel era el que se estaba encargando de llevar a cabo la venta de la casa, de mi casa, bueno, mía y de mi madre y también el que me estaba llevando a cabo todo lo relacionado con la herencia de mi padre.

Antes pensaba en dejarle la casa a ella, yo no la quería, pero con el paso del tiempo cambié de opinión, ella me había estado haciendo la vida imposible de todas la formar inimaginables.

Se había negado a firmar y que pudiera coger el dinero antes para irme de allí, pues ahora sí que iba a obligarla a que me diera lo que por ley me pertenecía.

No me consideraba mala persona, pero también iba a dejar de ser una tonta que se dejaba pisotear una y otra vez por ella.

Todo esto me llevaba a pensar, que en cuanto le llegara la notificación de la venta de la casa, iba a buscarme para amenazarme

e insultarme. Que lo hiciera, aquí la esperaba, a partir de ahora no iba a dejar que me avasallara.

—Tú no necesitas a esa mujer para nada, con nosotros lo vas a tener todo —me dijo Eloi serio—, pero como esa bruja alguna vez se cruce en mi camino, se va a acordar muy bien de mí.

—No creo que se dé el caso, pero si alguna vez pasa lo mejor es no escucharla y pasar de ella —no le había contado nada de mi infierno con esa mujer, si era sin saber nada, solo con imaginárselo, no quería ni imaginar como se pondría a saberlo todo—. Mejor dejamos de hablar de esa mujer que no merece la pena. ¿Cuáles son los planes de hoy? Digo aparte de conocer a mis suegros.

—Después de comer vamos a decorar la casa entera, ya verás —me contestó Eloi—, mis hermanas se vuelven locas en estas fechas, decoran la casa como esas que salen en las películas —me estaba imaginando la casa con toda es decoración, estaba segura de que iba a quedar mucho más bonita que las de las películas—. Por cierto, en cuanto lleguen todos tenemos que ir al garaje y traer todas la cajas.

—Entre todos sabes que lo traemos todo de una sola vez —Martín se levantó y se puso a recoger toda la mesa con las cosas del desayuno.

Iba subiendo la escalera para ir al baño de mi habitación. Quería coger la ropa del cesto y poner una lavadora. Me detuve a mitad de las dichas escaleras cuando escuché unas uñas por el suelo de parqué, me volví y ahí llegó mi loquilla.

Como la había echado de menos, y eso que solo hacía dos días que no la veía. Sabía que Nala no era mía, era de Martín, pero vamos, que me daba igual, ya la había adoptado como mía y que no se atreviera a decir lo contrario.

A la vista quedó que ella me prefería a mí, antes que, a Martín, pues pasó por su lado sin detenerse a saludarlo, vino directamente a mí.

Menos mal que me senté en un escalón de la escalera, de no haberlo hecho me habría tirado por ellas.

—Ay, ni niña, cuanto te he echado de menos —no paró de mover la cola y darme lametones en la cara.

—Esto es increíble, la mimo y cuido desde que era un cachorro y así me lo paga —aunque dijo esas palabras, las dijo sonriendo.

Los padres de Martín aparecieron por la puerta. Me levanté y bajé los escalones hasta llegar al lado de mi chico. Él me cogió por la cintura, era su forma de tranquilizarme.

—Hijo, que bien te veo, sobre todo la mujer que tienes a tu lado —le dijo su padre— Almudena, ¿verdad? —asentí— Yo soy tu suegro, Jesús.

—Encantada, Jesús.

—Chiquilla, no hace falta que seas tan formal, anda ven aquí y saluda a tu suegro como tiene que ser —abrió los brazos y no sé por qué, pero me apeteció darle ese abrazo—. No sabes cuanto me alegro que hayas hecho que mi hijo siente la cabeza.

Me sentí muy bien entre los brazos de ese hombre, desde que había conocido, o, mejor dicho, estaba conociendo a esta familia, sentía que ya no estaba sola, ahora tenía una familia con la que sentirme querida, arropada y protegida.

—Bienvenida a la familia, cariño —me dijo la madre de Martín, cuando me abrazó—. Ahora tienes una familia que siempre va a cuidar de ti —me susurro para que nadie nos pudiera escuchar—. Te voy a cuidar como si fueras mi hija —no lo pude aguantar, por mucho que lo intenté, no pude.

Rompí a llorar en brazos de esa mujer, la abracé con fuerza, porque en ella vi que tendría la madre que nunca había tenido. No miraba a nadie, tenía la cabeza apoyada sobre su hombro, los temblores por el llanto me sacudían el cuerpo entero.

—No, déjala, tiene que sacar fuera todo su dolor y pena, porque a partir de hoy aquí me va a tener para luchar por ella con uñas y dientes si hace falta —supongo que su hijo venía a por mí, pero ella se lo impidió—, Cariño, llora todo lo que necesites, muchas veces llorar con el alma nos ayuda a sanar antes —me iba pasando una mano por el pelo y la otra por la espalda—. Mi niña, todo va a ir bien, te lo prometo.

Estas son las palabras que me tendría que haber dicho mi madre muchas veces en la vida y las que nunca fue capaz de decir.

—Gracias Candela, muchas gracias —dije sin dejar de llorar y sin levantar mi cabeza de su hombro.

Me daba vergüenza que el resto de los que había presentes me hubieran visto en ese estado, pero es que me conmovieron tanto sus palabras, me llegaron tan profundas al corazón, que me fue imposible no llorar.

Conseguí calmarme pasado unos minutos. Tomé una bocanada de aire y levanté la cabeza, al mirar a Martín lo vi con lágrimas en sus ojos, igual que su tío y su padre.

Me dijo moviendo la boca, pero sin sonido, “te amo”. Esas dos palabras se iban a convertir en mi mundo entero, porque la persona que las había dicho lo era.

Capítulo 26



Martín

La escena que vimos de Almudena con mi madre nos llegó al corazón, no creo que nadie de los que había presentes hubieran vivido algo así.

Ese llanto tan desgarrador, me dolió más que si me hubiesen apuñalado para sacarme el corazón y estrujarlo.

Pero mi madre tenía razón, sacar fuera ese dolor le iba a venir bien. Quise abrazarla y apretarla contra mi pecho, pero mi madre me lo impidió, porque lo que ella necesitaba en ese preciso instante era el cariño de una madre. El abrazo, el consuelo, los besos y las palabras de amor que su madre le tenía que haber dado y que se las negó.

Mi madre le daría eso y mucho más, de eso estaba seguro.

Era curioso el ser humano, no todo el mundo abre sus brazos a un desconocido y le tienden la mano. De mi familia no me asombraba para nada lo que estaba viendo, sabía como eran todos, pero tampoco penséis que con todo el mundo eran igual.

Si me paraba a pensarlo, aparte de que ella era mi pareja y que a mis padres les había contado parte de su vida. Sé que en cuanto vieron la mirada de mi chica, se dieron cuenta de que en el corazón de ella no cabía ni una chispa de maldad, su alma era pura.

Fue como si una nueva Almudena hubiera nacido, aunque creo que lo que mejor le podía describir, más bien fue que había renacido como el Ave Fénix.

Y a partir de hoy esa iba a ser mi nueva chica, seguía siendo la misma, pero mucho mejor, porque había dejado atrás todo lo malo y ahora solo le esperaban cosas buenas.

Dejando atrás todos esos pensamientos y ese momento tan intenso que habíamos vivido, el resto del día fue un no parar, donde hubo un poco de todo.

Empezamos por la preparación del almuerzo. Desde ese día mis primos y el marido de mi prima estaban en vacaciones, todos los años nos cogíamos las vacaciones para pasarlas juntos, mis primos no querían trabajar en esas fechas y que nos viéramos solo cuando ellos salían del trabajo por la tarde, así que por eso se las cogían.

Pues eso, nos metimos todos en la cocina, menos mal que era grande, porque si no, habríamos parecido sardinas en lata.

Eso sí, las encargadas de decirnos lo que teníamos que hacer era mi madre y mi tía, que no veas lo bien que se le daba a las dos eso de dar órdenes. Pensé en modo irónico.

—Alejo y Brais, van a limpiar y cocer los mejillones —dijo mi madre— Eloi y Xenxo se van a encargar del postre, a ellos esa receta se les da muy bien —no hacía falta que nos dijeran cual iban a hacer, todos los años las hacían más de un día y no era otra que la Tarta Larpeira. La verdad, es que no sabía como lo hacían esos dos,

pero les salía de vicio— Martín, Almudena y Ainoa, se van a encargar de lavar y trocear toda la verdura para el rodaballo —Samuel del relleno de la empanada y mi hermana y yo, de la masa y las demás cosas.

Hala, ya nos había dado la orden, así que todo el mundo pasó por el fregadero para lavarnos las manos.

—Que bien lo organizan todo —me comentó Almudena.

—Pues todavía no has visto nada, esto es el principio —le di un beso rápido en los labios—. Mamá, creo que este año se os a olvidado algo.

—Eso te crees tú, a nosotras no se nos olvida nada —de un cajón sacó una bolsa, la abrió y fue repartiendo uno a uno lo que contenía — hay dos más guardados para cuando lleguen Rocío y Samuel.

—¿Os poneis todos los mismo delatares? —me preguntó Almudena.

—Preciosa, aquí estas dos no dejan nada al azar —le contestó Alejo.

—Te estoy vigilando, así que te quiero alejado de mi novia —le dije de broma.

—Te salvas porque la has visto antes que yo, si me hubiera conocido antes a mí, habría caído rendida a mis pies.

—O lo habrías hecho tú —le contestó ella.

—Yo caí en el mismo momento en que te vi —se dio cuenta de que iba a replicar algo—, pero, como prima, para mí no eres más

que mi prima —Ainoa no podía reírse más.

—Yo que tú me callaba y no pinchaba más a Martín, la próxima vez creo que te puede dejar sin dientes —le dijo entre risas.

—No vayáis a empezar ya —nos dijo mi tío Xenxo—, todos los años es lo mismo —le habló a Almudena—. Este año es por ti, el año pasado fue por el trabajo, el anterior por Nala… Vamos que les encanta competir —negó riendo.

—No protestéis tanto que, gracias a nosotros, le damos vidilla a estos días.

—Esto se merece un brindis de orujo de café —mi tío Eloi sacó una botella de la nevera y unos vasos de chupitos—. Este año es un año especial, porque a nuestras vidas a llegado un nuevo miembro —fue llenando los vasos de todos—. Gracias por hacer crecer esta familia —se dirigió a ella—, por terminar bien el año y porque que empiece mejor —alzó el vasa—. Salud.

—Salud —contestamos todos al unísono.

Iago estaba dormido, así que mi prima pudo ayudarnos con lo que mi madre le había dicho, estaba claro que en el momento en el que se despertara, manos no le iban a faltar que lo quisiera coger en brazos.

Y todos estaban a la espera de que el niño se despertara, principalmente porque se morían por cogerlo y lo segundo porque estaban deseando poner música. Sí, como lo estáis oyendo, también era tradición que en esta casa se pusieran villancicos, pero no los típicos, o por lo menos no los típicos en esta tierra, porque mi familia ponía villancicos flancos o rocieros.

—Yo creo que el niño a dormido bastante —dijo mi madre, que era la que más ganas tenía de cogerlo en brazos.

—Tita, es pequeño y necesita dormir —le dijo mi prima.

—Eso es una tontería, mi niño lo que necesita es que lo coja su tía en brazos —pues no había más que hablar, porque salió de la cocina y un minuto después regresó con el niño en brazos—. Que lastimita de mi niño, nadie quiere que esté con nosotros —le iba diciendo al niño.

—Ya se puede poner la música —dijo Brais. No sé a quién que le gustaba más ese tipo de villancicos, sí a él, o a los que veníamos de Andalucía.

El primero que sonó fue el *Burrito Sabanero* de *Raya Real*, ese fue el pistoletazo de salida para empezar oficialmente las Navidades en mi familia.

—Me encanta tu familia —dijo Almudena, recostando su cabeza en mi brazo.

—Ahora no es solo mi familia, es la tuya también —dejé un beso sobre su frente.

—Tú, ven aquí ahora mismo —escuché a mi padre gritar y miramos hacia donde estaba mirando él—. Lleva en la boca un salchichón ibérico que le hemos traído a tus tíos —se pasó la mano por la cara con desesperación—. Esta perra va a terminar conmigo.

—Nala, ven aquí —aunque el salchichón ya no se lo pudiera comer mis tíos, tampoco podía dejar que lo hiciera ella— ¡Nala!

—No te va a hacer caso, esa acaba de coger su regalo de Navidad anticipado —dijo mi primo muerto de risa.

—Calla y ayuda a cogerla —la perra se había ido para el salón y se había escondido detrás de uno de los sofás.

—¿Y qué quieres que haga?

—No seas tonto, tú ve por un lado y yo por el otro —le dije a mi primo.

Como era de esperar, la perra era más lista que él, mira que era grande, pues no sé como se las arregló para pasar entre sus piernas, la condenada corría que parecía que le habían metido un petardo en el culo.

—Nala, aquí ahora mismo —la boca me llegó al pecho cuando Almudena la llamó y fue a su encuentro.

—Esto es increíble —dije resoplando—. Nena, ya podías haberla llamado antes.

—Si lo hubiera hecho, no os habríamos visto correr detrás de ella y os aseguro que ha sido de lo más divertido.

—Y tanto, que dos hombres grandes y fuertes no puedan que una labradora, es muy gracioso —dijo Brais.

—Si nos hubieras ayudado a lo mejor habría ido mejor —le contestó Alejo.

—A Almudena no le ha hecho falta nadie para que le haga caso —nos echó en cara Eloi.

Salí con la excusa de ir un momento a la puerta y vigilar a Nala, mientras la dejaba corretear un poco por la calle, me llevé el teléfono para llamar a mi abogado y preguntarle si tenía preparado todo lo que le había pedido.

No me defraudó con su respuesta, sabía lo en serio que se tomaba su trabajo, ahora me quedaba hablar con mi madre sin que Almudena nos escuchara. La tenía que decir todo lo que quería hacer para que ella se lo fuese contando a toda la familia, porque para esta sorpresa necesitaba la ayuda de todos.

Volví a entrar un rato después, me quedé un momento apoyado en el quicio de la puerta observando a todos.

Unos estaban con unas cosas, otros con otras, pero todos estaban felices, sonriendo, hablando entre ellos. Mi chica estaba en ese momento hablando con mi tía, mi prima y mi madre, mientras tenía a niño de mi prima en brazos.

Se le daba bien los niños y se notaba que les gustaba mucho. Al niño también le gustaba mucho estar con ella, cada vez que la veía le echaba los brazos para que lo cogiera.

Mi madre parecía que tenía un radar para darse cuenta de que las estaba mirando. Levantó su mirada, nuestros ojos se encontraron y los dos nos pudimos leer la mirada el uno en el otro.

Le guiñé un ojo, ella me devolvió el guiño con una sonrisa en los labios. Mi madre había sido mi pilar siempre, tenía tanta confianza en ella, que nunca hubo secretos entre nosotros, tan solo ese que al principio parecía que iba a ser una Navidad por contrato, se terminó volviendo en la mejor y más real Navidad que había tenido en mi vida.

Al final les tenía que estar agradecido a mis padres y a Rocío, porque si no hubiese sido por ellos tres, ahora mismo no me sentiría tan pleno como lo hacía.

Gracias a ellos había encontrado a una mujer maravillosa, la cual desde un primer momento había despertado en mi interior estos sentimientos tan grades que ahora era imposible vivir sin ellos.

Mi corazón había encontrado dueña y estaba totalmente convencido que le iba a pertenecer el resto de mi vida, hasta que soltara la última bocanada de aire.

—Se le da bien los niños, ¿verdad? —di un pequeño salto al escuchar a mi padre, tan embobado estaba mirando a Almudena, que no me di cuenta de que había llegado a mi lado.

—Sí, se le da muy bien —admití sin dejar de mirarla.

—Pues a ver si para las Navidades de años que viene la veo con mi nieto entre sus brazos —me dio una palmada en la espalda.

Nunca había pensado en tener hijos, a ver, sí que lo había pensado, pero nunca fue un pensamiento a corto plazo. Sin embargo, ahora mismo era una de las cosas que más deseaba, ver a Almudena embaraza, estar durante todo el proceso junto a ella, viendo como poco a poco su vientre iba creciendo con nuestro hijo en su interior.

—Sueñas con formar tu propia familia, ¿verdad? —me preguntó mi padre.

—No he dejado de pensar en otra cosa que no sea eso desde que la he conocido —le respondí con sinceridad.

—Sé como te sientes, porque yo sentí eso mismo cuando conocí a tu madre —la miró con amor y adoración—. Si es la persona indicada tu corazón la reconoce al momento, no importa el tiempo que haya transcurrido desde que os habéis conocido, lo que importa es que sientes que tu alma y corazón ya no te pertenecen a ti, ahora le pertenece a otra persona —todo lo que mi padre me estaba diciendo era lo que sentía por Almudena—. Me gusta verte así, siempre he sabido que tu madre y yo te hemos dado una buena educación. No me puedo sentir más orgulloso al ver el hombre en el que te has convertido.

—No sería como soy si no llega a ser por vosotros, las gracias os la tengo que dar yo —le puse una mano en el hombro y le di un pequeño apretón.

Capítulo 27



Almudena

—Bombón, no sabes cuanto te he echado de menos —gritó Rocío bajándose del coche.

Estaba en la puerta esperando a que llegaran cinco minutos, estaba ansiosa por verla.

—Por fin, que ganas tenía de que vinieras —nos abrazamos fuerte.

Ahora sí que me sentí que lo tenía todo, con ella a mi lado y mi nueva familia, por mí que se detuviera el tiempo o el mundo, porque ya lo tenía todo.

—¿Cómo se han quedado todos por allí? —A su familia también la quería mucho y la salud de su madre era muy importante para mí.

—Bien, desde el último tratamiento por ahora va un poco mejor con los dolores, vamos que con eso ya tenemos más que de sobra —no hacía falta que dijera nada, sabía que Rocío era capaz de dar la mitad de su vida, sino entera porque su madre no tuviera que pasar por esos dolores.

—Me alegro mucho —miré al hombre que se estaba bajando del coche, aunque en casa de Martín había visto fotos, no lo conocía en persona.

—Bienvenida, Rocío —dijo Martín detrás de mi espalda.

—Gracias, Jefe —fue a darme los besos, él la detuvo diciéndole de nuevo que no lo volviera a llamar jefe, y en vez de darle dos simples besos, le dio un cálido abrazo.

—Tú debes ser Almudena —me dijo Samuel cuando llegó a mi altura.

—Y tú, Samuel —le contesté con una sonrisa—. Encantada de conocerte por fin.

—Te aseguro que yo estoy mucho más encantado.

—Aparta las manos de mi chica ahora mismo.

—Que territorial te has vuelto —le siguió la broma.

—¿Qué tal os ha ido el viaje? —les preguntó.

—Habría ido mucho mejor si la protestona esta hubiera ido en la bodega del avión —mi amiga no se dio cuento, yo sí vi como le guiñaba el ojo a su amigo.

Martín me había contado que él pensaba que los dos estaban enamorados, bueno enamorados no, más bien que había algo entre ellos, algo que no podía controlar ninguno de los dos.

Según él o su teoría, se llevaban así de mal porque tanto Samuel, como Rocío, no eran capaces de admitir en voz alta que se gustaban

y que se atraían mucho.

A mí, mi amiga no me había dicho nada, pero claro, si ella misma se negaba a darse una oportunidad con él, no me iba a admitir nada.

Y por la mirada que le echó cuando dijo eso, no estaba muy segura de que la teoría de Martín fuese cierta, por lo menos con respecto a ella.

De los sentimientos del otro implicado no podía decir nada porque no lo conocía, pero mi amiga, o estaba metida mucho en su papel de no soportarlo o es que no lo podía ni ver de verdad.

Ya hablaría con ella en algún momento en el que nos quedáramos a solas.

Les presenté a toda la familia a mi amiga, el amigo de Martín los conocía a todos más que de sobra.

Hubo algo cuando le presenté a Alejo, no sabría decir que era, pero algo hubo en la mirada de ella. Era posible que me lo hubiese imaginado, no lo voy a negar, aunque, yo seguía pensando que en la mirada de mi amiga vi algo.

—Vamos, te voy a enseñar cuál es tu habitación —tiré de su mano —. Vas a flipar de lo grande que es y solo para ti.

—Si me haces un hueco te lo agradezco, así me quedo aquí y no tengo que estar yendo y viniendo todos los días —dijo Alejo desde la planta baja, nosotras íbamos por mitad de las escaleras.

—Cuñado, que vives dos calles más allá.

—Ahí tienes lo que he dicho, tengo que estar de aquí para allá, vamos un auténtico coñazo, pero si esta preciosura me hace un hueco yo me quedo encantado.

—No le hagas caso, Alejo es así —le dije en voz baja.

Llegamos a su habitación, la ayudé a colocar su ropa. Rocío al final iba a pasar las Navidades completas con nosotros, al principio se negó porque no quería dejar a su familia. Fue su padre el que la convenció para que lo hiciera.

Su familia mejor que nadie sabía todo lo que ella hacía por ellos, era normal que quisieran que se tomara un respiro.

—Ven, vamos a hablar un poco, porque hay dos cosas con las que estoy un poco desconcertada —me senté a los pies de la cama, ella lo hizo a mi lado.

—Me puedo imaginar por donde quieres ir, pero antes de hablar de mí, cuéntame como te sientes aquí con esta familia, como te tratan. Ya sabes, lo quiero saber todo.

—Si ya lo sabes todo, te lo he ido diciendo por teléfono. Por primera en vez en mi vida siento que tengo una familia, una de verdad. Son todos maravillosos, pero cuando la madre de Martín me abrazó por primera vez, sentí que esa mujer era mucho más que la madre del hombre que quiero —suspiré al recodar ese abrazo que tanta falta me había hecho en la vida—. Siento que lo tengo todo en la vida, soy feliz, por primera vez en vida soy feliz en todo momento.

—Te lo merecías, no sabes cuanto me alegra oír estas palabras —pegué mi cabeza a su brazo, cerré los ojos unos segundos y disfruté en silencio de esta felicidad tan plena que sentía.

—Ahora dime que es lo que pasa con Samuel y que es lo que he visto en tu mirada cuando te hemos presentado a Alejo.

—Empiezo porque lo acabo de conocer. A ver, no voy a decir que no sea guapo y tal vez lo he mirado así, porque lo es y mucho —me miró abriendo los ojos de forma exagerada— Él y Martín son casi dos gotas de agua, la vedad, me he quedado asombrada con su parecido, pero no es lo que te puedas imaginar. No te voy a negar que si lo hubiera conocido hace tiempo habría caído rendida a sus pies, pero mi corazón tiene dueño por mucho que me joda.

—Es Samuel, ¿verdad? —asintió— ¿Por qué nunca me has dicho nada? Somos amigas, no tendrías que callarte las cosas conmigo.

—Almu, ¿Cómo te iba a contar que estaba enamorada de un hombre que no me miraba seguido más de dos segundos con el infierno que estabas pasando? Si hubiera estado en tus manos ayudarme, pues te lo hubiera dicho, pero es que no podías ni puedes hacer nada.

—Lo entiendo, pero las amigas estamos para compartir las cargas y que todo sea más llevadero. Sabes que siempre voy a estar a tu lado y no, no te podía ayudar, pero si te podía escuchar.

—¿Cuántas veces te has callado putadas que te ha hecho tu madre? No hace falta que me contestes —vamos que éramos iguales, nos callábamos las cosas por no cargar a la otra, porque según nosotras, la otra ya tenía bastante con lo suyo—. Pongo las manos en el fuego y estoy segura de que no me quemaría que tú te has callado más cosas que yo.

—Lo reconozco y ahora que lo pienso, no lo tenía que haber hecho —le reconocí—. Ahora lo que importa es que no lo vamos a hacer más —le cogí la mano fuerte, se la levanté un poco y le di un beso en ella —¿Por qué si estas enamorada de él, le hablas así?

—No sé, quizás sea por despecho o por rabia, no tengo ni idea, solo sé que si el me provoca no me puedo quedar callada, le contesto siempre —resopló, llena de frustración.

—¿No has pensado que a él le puede pasar lo mismo? Quizás Samuel siente algo por ti y si ve que tú nunca has mostrado interés por él, también se siente frustrado.

—Nunca me ha mirado más allá de que fuera para burlarse de mí —no me gustaba verla con esa mirada tan triste.

—Yo creo que te estas equivocando y no sé por qué, pero tengo la seguridad que estas Navidades y con Alejo revoloteando por aquí Samuel va a dar el paso —estaba segura de que iba a pasar eso—. En cuanto vea que hay un hombre que puede quitarle a su chica tomará cartas en el asunto —me levanté y tiré de sus manos para que ella lo hiciera también—. Pero por ahora nos vamos a olvidarnos de eso y vamos a disfrutar con toda la familia, ya verás las que lían. Con esta familia sí que se vive la Navidad en estado puro.

Al bajar ya estaban todos en la cocina, no se podía negar que era el lugar elegido por todos ellos para estar reunidos. Esa zona de la casa era un constante ir y venir de personas.

Trece personas íbamos a celebrar la Nochebuena, si contaba a la traviesa de Nala seriamos catorce.

Por lo que podía ver ya estaban liados cada uno con su tareas, hoy era el doble de trabajo al mediodía, porque teníamos que preparar el almuerzo y dejar gran parte de la cena de esta noche hecha.

No es que fuera a ser mucho lío, ya que había muchas personas y entre todos lo haríamos en un abrir y cerrar de ojos.

Esta noche íbamos a cenar un cochinillo al horno de leña, sí, porque hasta horno de leña tenían en la parte de atrás de la casa, junto con una gran barbacoa, que era lo que también comeríamos en el almuerzo.

Candela decía que a mediodía era mejor comer un picoteo, ya que por la noche se comería más contundente.

Así que los chicos estaban en la cocina preparando las carnes que pondrían en la parrilla, mientras ellas preparaban unas verduras para hacerlas también en la barbacoa.

—Mira mamá, con las ganas que tienes de que siente la cabeza, pues por la puerta acaba de entrar tu futura nuera —puse los ojos en blanco al oír a Alejo, por el camino que iba lo estaba viendo seguir los pasos de su tío Eloi.

—No creo que sea la mujer que buscas —habló Samuel—. Te aseguro que a la media hora estarías volviéndote loco —me mordí el interior de la mejilla para no reír porque con ese comentario se le había visto el plumero.

—Pues yo no opino como tú —le dije—, creo que el hombre que consiga a Rocío se va a llevar a la mujer perfecta —llegué junto a Martín.

—La mujer perfecta ya la tengo yo y no pienso dejar que nadie me la quite —me dio un beso en el cuello, fue algo rápido, pero lo sentí como cuando me los daba en la intimidad de nuestra habitación.

—Tía, me juego el cuello a que antes de un año eres abuela, estos dos no hay quien los mantengan separados —mi suegra nos miró con los ojos entrecerrados, creí que nos iba a echar la bronca.

—Eso espero, quiero un nieto y que sea prontito —eso sonó a amenaza.

—Lo estoy intentado, de verdad que estoy poniendo todo el empeño posible en ello —lo miré muerta de vergüenza—. Nena se te ha subido los colores —capullo, pensé.

—Mientras que no se te suba a ti otra cosa, vamos bien —le dijo Brais, causando la risa en todos los hombres.

—No tenéis remedio, sois todos iguales —le dijo su mujer dándole una palmada en la nalga.

—Claro, somos nosotros solos, por eso tienes un hijo, porque te lo ha traído la cigüeña —le contestó su hermano.

Miré a mi amiga y le guiñé un ojo como diciéndole que aquí no se iba a aburrir. Ella miraba a unos y a otros sin parar de sonreír. Pero al que más miraba, aunque intentaba disimularlo era a Samuel, no lo podía evitar, cada vez que él hablaba se le iban los ojos detrás de él.

Samuel no se quedaba atrás, más de una vez pasó por detrás de ella para provocar un pequeño roce con ella. Vaya dos estaban hechos, estaban locos el uno por el otro y no era capaces de dar un paso hacia delante.

—Creo que tendríamos que darle a esto dos un pequeño empujó —le susurré a Martín—, a lo mejor con la ayuda de tu primo podemos hacer que Samuel de un paso hacia delante.

—No creo que haga falta la ayuda de mi primo, solo tienes que ver como se están mirando hoy —me dio un beso en la punta de la nariz —. Te aseguro que no son las misma miradas que se han estado

echando todo este tiempo atrás —no podía decir lo contrario, no cuando él los conocía mejor que yo, quiero decir, como se comportaban el uno con el otro—. Creo que ya ha pasado algo entre ellos durante el viaje —me hablaba bajito para que no nos escuchara nadie.

—Rocío no me ha dicho que haya pasado nada.

—A mí Samuel tampoco, pero estoy seguro de que algo entre ellos ha cambiado.

Un rato después nos quedamos la mujeres en la cocina, todos los hombre se fueron a la parte de atrás de la casa para ir encendiendo el horno y la barbacoa.

Uno para que se fuese calentando poco a poco para hacer el cochinillo y la otra para ir poniendo la carne para el almuerzo.

Capítulo 28



Martín

—Tío, no sé porque no le dices nada a esa mujer, se nota que te gusta, nada más había que ver la reacción que has tenido cuando le he echado los piropos —le dijo mi primo, mientras encendíamos la barbacoa.

—No te he mirado como tú dices —estaba claro que iba a seguir negándolo.

—¿Entonces te da igual que Alejo se la ligue para pasar la Navidades? —Metí un poco los dedos en la llaga.

—No creo que Rocío se merezca a alguien solo para unos polvos y después si te he visto no me acuerdo, eso por no decir que ella no es de este tipo de mujer —se defendió apretando los dientes.

—¿Quieres decir que no es el tipo de mujer que disfrutaría con unos buenos orgasmos? —lo pinchó mi primo. Esto se estaba poniendo interesante.

—No piense en ella de esa manera si no quieres que te parta la cara —me aguanté la sonrisa como pude.

—¿Por qué no puedo hacerlo? Está buenísima y lo que es más importante, está soltera. Vamos, que si ella quiere yo estoy encantado de ofrecerme voluntario para hacerla gritar esta noche —joder con mi primo, si no se llevaba un puñetazo poco le faltaba.

—Alejo —dijo su nombre como advirtiéndolo—, deja de joder.

—No es mi culpa que no tengas cojones para admitir las cosas —se encogió de hombro como si pasara de todo, cuando lo que estaba haciendo era para que Samuel se atreviera a dar el paso—. En cuanto salga le voy tal beso, que me va a recordar toda la vida —le hice una señal con los ojos a mi primo para decirle que no apretara tanto las tuercas.

—Es que como me vaya hacia ella y le dé un beso, con todo lo chiquitilla que es, es capaz de ponerme la cara del revés —en mi vida había visto a samuel con tanto miedo, no era miedo físico como lo que había dicho, más era del tipo de miedo a arriesgar su corazón.

—Pues o lo haces tú, o lo hago yo, y creo que te queda poco más de cinco segundos para que decidas —miró hacia la puerta de la cocina que daba a esta zona de la casa—. Las chicas vienen por ahí —al ver que no hacía nada, soltó lo que tenía en las manos comenzando a dar un paso hacia ellas—. Cuatro —iba diciendo bajito —. Tres, dos… —no le dio tiempo a llegar al cero— ¿Ves? Muchas veces es necesario un pequeño empujón.

—Capullo, tú no lo has empujado, tú directamente lo has lanzado al vacío. Verás como se pegue la hostia del siglo —le dije, sin apartar los ojos de mi amigo.

Digo yo que, ya que lo iba a hacer delante de todos nosotros, no iba a ser el único gilipollas que iba a apartar la mirada.

Los primeros pasos que dio se le veía firme y decidido, los últimos los dio más lentos. Llegó hasta ella y se plantó delante impidiendo que siguiera caminando y con dos cojones la cogió por la mejillas dándole un beso.

No, no fue un simple beso de rozar los labios, la besó con todas la ganas que llevaba conteniéndose desde hacía tiempo.

Vamos, que nos quedamos con la boca abierta, unos más que otros, pero casi todos tuvimos la misma reacción.

Ella no se apartó, todo lo contrario, puso sus manos sobre la cintura de él devolviéndole el beso y por lo que podía ver desde donde estaba, le estaba poniendo las mismas ganas y pasión que mi amigo.

Si es que era lo que yo decía, para matarlos, todo este tiempo desperdiciado. Igual que yo, que desde que vi a Almudena me di cuenta que era la indicada para mí y no desaproveche ni un solo momento hasta llegar donde estábamos ahora.

Y hablando de mi relación, no os podéis hacer una idea de las ganas que tenía de que llegara esta noche.

Esa sería la primera parte de lo que tenía planeado, para la segunda parte faltaban unos días.

Puse al tanto de todo a mi madre, y ella fue poniendo al resto de la familia. No tenía la esperanza de que saliera bien, sabía que lo iba a hacer, de eso estaba completamente seguro.

Pero deseaba que llegara el momento ya.

—Míralos —dijo mi primo a mi lado sonriendo como si todo hubiera sido gracias a él.

—Lo que veo es que ninguno de los dos se aguantaban las ganas que se tenían —pasé por su lado para llegar a mi chica—. Al final se han decidido, ¿ves como tenía razón? —le dije, cogiéndola de la cintura para pegarla a mi cuerpo.

—Chiquillo, que le vas a adsorber hasta el alma, deja a la pobre mujer que respire por lo menos —Eloi no se podía quedar callado y dejarlos, no, él tenía que decir algo—. Esto se merece otro brindis —anda que no le gustaban los chupitos de orujo de café.

Nos fue entregando un vaso a cada uno y llenándolo con esa bebida que al tomarla te calentaba el cuerpo entero.

—Uno para ti, otro para ti —así fue con todos—, otro más para ti —se detuvo cuando lo miramos todos y notó que le iban a reñir—. Ah no, para ti no que eres demasiado pequeño todavía —le dijo a Iago haciéndole una carantoña para hacerlo reír. Por la nueva pareja que se ha formado, espero que seáis muy felices hoy y siempre — levantó el vaso incitándonos a que los demás lo hiciéramos — ¡Saúde para todo! —dijo salud en gallego.

—¡Saúde! —gritamos al unísono.

Creo que en la comida nos pusimos todos o casi todos más alegres de la cuenta y lo mejor que pudimos hacer fue echarnos una siesta y descansar para esta noche.

Almudena no quiso arreglarse en mi presencia, dijo que no quería que la viera hasta que estuviera completamente lista. Así que se fue a la habitación de Rocío y allí se arreglarían las dos.

Me duche rápido, quería bajar antes de que lo hiciera ella.

—¿Estas nervioso? —me preguntó mi madre, que ya estaba en el salón dando los últimos retoques a la gran mesa.

—No estoy nervioso, estoy ansioso, sé que me va a decir que sí. De eso estoy seguro, porque sé muy bien todo lo que me quiere.

—Pero ¿crees que se querrá casar tan pronto como lo tienes pensado? —Me puse a ayudarla colocando los cubiertos.

—Estoy seguro de ello —no es que tuviese el ego demasiado alto, simplemente sabía cuánto me amaba y el deseo que tenía de formar una familia conmigo.

—Me gusta, hacéis una pareja perfecta, da igual que os llevéis diez años.

—Casi once —la interrumpí.

—Hijo, da lo mismo unos meses más o menos —hizo un gesto con la mano para quitarle importancia—, lo que importa de todo esto es lo bien que se os ve juntos, no hace falta ser muy listo para darse cuenta de las miradas que os echáis. Solo espero que seáis tan felices como lo somos tu padre y yo.

—Sé que lo vamos a ser —fui hacia ella, quería abrazarla y darle un beso.

Mi madre era una parte muy importante de mi vida, no solo por la crianza que me había dado, que era fundamental, era por su forma de ser, por su buen corazón, por esa forma que tenía de tratar a todo el mundo con tanto cariño, es que simplemente tenía un corazón puro.

—Vaya, ya está aquí uno de los protagonistas de la noche —dijo Alejo cuando llegó duchado y vestido—. Primo, como te diga que no, me quedo con ella.

—A mi nuera la dejas tranquila si no quieres que te corte las orejas y lo que no son la orejas —lo amenazó mi madre.

—Joder, tita, eres única para hacer temblar a un hombre —se puso las manos cubriendo sus partes—. Con las orejas puedes hacer lo que quieras, pero con lo otro no se juega —hizo como si su cuerpo entero se pusiera a temblar.

—Déjate de tonterías —le dije al loco ese—. ¿Lo tenéis todo claro? Sabéis que tenéis que ser rápidos, yo no la puedo entretener mucho fuera. Aprovecharé la excusa de sacar un poco la perra por última vez en la noche y haré que ella me acompañe.

—Cariño, está todo listo, con diez minutos que nos des para cambiarnos de ropa tenemos suficiente.

El resto de la familia fue bajando y las últimas en hacerlo, fueron Ainoa, Rocío y Almudena.

Me quise morir de la impresión en cuanto la vi bajar esas escaleras. Llevaba puesto un vestido de encaje, le quedaba justo por encima de las rodillas.

Era de mangas largas y la tela de las mangas era de ese encaje. La parte de arriba era ceñida a su cuerpo con un escote pronunciado en V, a partir de la cintura caía en vuelo. Ese color vino tinto le sentada de muerte.

Parecía que estaba viendo una autentica diosa. Joder, que suerte había tenido de haberme cruzado con ella.

—Cielo, estas preciosa, no sabes la suerte que tengo de que me hayas elegido para estar contigo —no la besé en la boca para no quitarle el labial, pero si le di un en la mejilla y otro en la frente.

—La suerte la he tenido yo, si no hubiese sido por ti no estaría viviendo el sueño de mi vida y tampoco me hubiera atrevido a vestirme con esta ropa —me abrazó por la cintura.

—Una foto en familia —dijo Xenxo, con la cámara preparada en el trípode—. Todos delante de árbol de Navidad.

Nos hicimos esa foto con todos juntos y después nos hicimos unas cuantas más por separado.

Hubo una que me gustó de igual manera que la que nos hizo cuando estábamos en la cocina con Iago.

En esta salíamos los dos delante de árbol con una copa de vino en las manos, mirándonos cara a cara. En ese momento nos estábamos mirando con tanto amor que no hacía falta decir nada, esa imagen hablaba por si sola.

—Te amo, te amo tanto que duele imaginar una vida que no sea junto a ti —le dije, mirándola a los ojos.

Almudena, puso la palma de su mano sobre mi corazón, cogió la mía la puso sobre el suyo.

—Los dos laten a mismo compas, porque yo te amo de la misma forma en la que tú lo haces, mi verdadera vida comenzó el día en el que me acogiste sin conocerme, me abriste las puertas de tu casa y

las de tu corazón —por mucho ruido que estuviera haciendo nuestra familia, para los dos es como si estuviésemos metidos en una burbuja, porque en ese momento solo existíamos nosotros solos—. La vida sin ti ya no sería vida.

Esa cena fue la más importante y bonita que había vivido en mi vida, no lo tenía que ni que pensar, como esa ninguna y todavía nos quedaba el momento más bonito y emotivo.

No hay nada más bonito que pasar una noche como esa rodeados de la familia, esa que siempre ha estado a tu lado sin importar nada, no importa que no se sea familia de sangre, porque la familia la haces tú.

En mi caso tenía la suerte de que sí eran de mi sangre, más los que había ido conociendo a lo largo de mis años, pero en el caso de mi chica, esta era su familia también, no por nacimiento, pero si por amor y devoción.

Mirar a cada uno de los presentes, verlos hablar entre ellos, unos con unas conversaciones más serías, otros con bromas, con brindis de un lado y del otro, pero todos felices y sonrientes. Era una de las imágenes más bonitas que podía dejar guardadas en mi mente y corazón.

Capítulo 29



Almudena

Era la primera cena de Nochebuena que vivía de esta manera, rodeada de personas que en muy poco tiempo se habían convertido en la familia que siempre había soñado.

La cena no pudo ser más divertida con las anécdotas que fue contando Eloi de su juventud o de las novias que había tenido. Pero con la que casi escupo el vino que acababa de beber fue cuando contó que una noche salió por Orense y estando en un bar le gustó mucho una mujer.

Vamos a aclarar algo, según dijo Eloi, estaba pasado un poquito de copas.

—Pues eso, que de lejos esa mujer me gustó mucho —se estaba aguantado la risa—. Yo no le dije nada, pero como la miraba fijamente y ella a mí, nos sonreímos y la mujer echó valor y comenzó a caminar hacia mí —dejó de hablar durante unos segundos, era como si lo estuviera recordando en ese momento—. Os prometo que mientras más cerca estaba a mí, más guapa me parecía —en ese punto de la historia todos los que estábamos cenando no nos perdíamos detalle de lo que iba hablando—. No os miento, era guapísima, nos presentamos, la invité a una copa y

estuvimos hablando durante dos horas —nos fue mirando uno a uno —. Me atreví un poco y le puse la mano sobre su muslo, ella se dejó, yo diría que ella quería mucho más acercamiento, pero yo soy muy respetuoso, aunque no lo parezca —me parecía increíble, se puso rojo, ¡Eloi se puso rojo! Ver para creer— Pues eso, que en mitad de esa conversación salió el tema de las parejas, yo le dije que nunca había estado casado y cuando le tocó hablarme de su vida —hizo otra pausa, yo creo que le estaba encantando que estuviéramos todos pendientes a él—, no os lo vais a creer, pero esa mujer me dijo que había estado casada cinco veces y que todos sus maridos habían muerto de pronto —las carcajadas que soltamos todos no era normales, sobre todo porque creo que nos imaginábamos cuál iba a ser el final de la historia—. El caso es que cuando escuché eso, me asusté como no lo había estado en mi vida. ¿Os imagináis que la hubiera conocido un poco más y hubiese acabado siendo el sexto marido muerto? —nos preguntó al final—. Le dije que tenía que ir al baño y me faltaron piernas para salir corriendo de aquel bar y hasta hoy, vamos que después de tanto tiempo estoy seguro que ha enterrado a cuatro maridos más.

Fue la cosa más surrealista que había escuchado en mi vida, más no nos pudimos reír, si hasta el niño se reía y eso que no entendió nada de lo que contó.

—Dios, Eloi me duele hasta la barriga de tanto reír, desde luego que lo que no te pase a ti no le pasa a nadie —le dijo mi suegro.

—Hermano, esto no nos lo has contado nunca —hablo su hermana Macarena.

Esa fue la sintonía de la cena más o menos, mientras que unos contaban historias graciosas, otros se reían al escucharlas.

Cuando la cena se terminó lo recogimos todo y preparamos una mesa con bebidas, vamos que improvisamos una barra libre. Estaba

por servirme una bebida sin alcohol, no estaba acostumbrada a beber y con dos copas de vino que había tomado, tuve más que suficiente. Pues eso, que estaba a punto de servirme esa copa, pero Martín me dijo que si quería acompañarlo a sacar por última vez a Nala.

—Nala, no te alejes —le dije en cuando salimos con los abrigos bien puestos, pues afuera hacía bastante frío.

—Ven —tiró de mi mano acercándome a él, me rodeó los hombros con su brazo— ¿Cómo te sientes? Quiero decir… ¿Qué si estás bien entre nosotros?

—Me siento feliz, completamente feliz, siento que no necesito más —estábamos dando un pequeño paseo.

Nala iba delante de nosotros tan feliz moviendo su cola de un lado para otro, éramos los únicos que se veían a estas horas por la calle, todo estaba en silencio y únicamente con la iluminación de las calles.

Hasta este simple paseo nocturno detrás de nuestra perra me parecía una de las cosas más romántica y bonita que había hecho en mi vida.

—Creo que es hora de volver —dijo al cuarto de hora más o menos—, hace demasiado frío y como tardemos más de la cuenta nos vamos a encontrar con todo borrachos.

—No creo que en tan poco tiempo hayan podido beber mucho, pero tienes razón con el frío, me estoy quedando como un pajarito —dije, al sentir como me recorría otro escalofrío.

Me pareció muy raro que no se escuchara a nadie hablando, estaba todo demasiado silencioso.

—No nos irán a gastar una broma, ¿verdad? —con lo asustona que era ya me estaba viendo, pegando gritos.

—No creo, estarán haciendo un juego o algo por el estilo —me ayudó a quitarme el abrigo y lo colgó en el perchero de la entrada.

Entrelazó nuestras manos y con ellas unidas entramos al salón. Me detuve en ese momento incapaz de dar un paso más al ver lo que tenía ante mis ojos.

Toda la familia, pero toda, incluido el pequeño Iago estaban vestidos de Papá Noel y ellas de Mamá Noel, pero eso no era lo que más me impactó, lo que lo hizo fueron los carteles rojos que tenían cada uno de ellos con una palabras en negro.

El de los padres de Martín ponía: "Eres nuestra hija" el de los tíos: "Eres nuestra sobrina" y así con cada miembro de la familia.

Las lágrimas corrían por mis mejillas como si hubieran abierto las compuertas de un pantano. Era la cosa más bonita que habían hecho por mí en la vida.

Me estaban abriendo las puertas de sus corazones, cada uno de ellos me estaba aceptando como parte de ellos, me estaban haciendo parte de su familia y ahora también mi familia.

Corrí hacía todos ellos para abrazarlos y devolverles un poco de ese amor que me estaban dando.

No sé en qué momento, ni quien fue el que puso una canción, pero por todo el salón comenzó a sonar la voz de *Reik* con la canción, *De rodillas*.

Me giré para ver quien la había puesto, era una canción que para mí significaba mucho.

Al girarme me encontré a Martín con una rodilla sobre el suelo y una caja con un anillo dentro. El anillo era una esfera llenas de brillantitos y en el centro de ella predominaba uno un poco más grande.

Me puse una mano en el pecho, como si con ese acto intentara hacer ralentizar los latidos de corazón que se me habían disparado.

Justo en el estribillo de la canción. Cuando estaba cantando esa parte tan bonita, me dijo unas palabras…

—Has aceptado ser la hija, sobrina y prima de cada uno de ellos —le costaba hablar por lo emocionado que estaba—. Ahora solo falta que me aceptes como tu marido, tu amigo, tu confidente, esa persona que siempre va a estar en cada uno de los pasos que des, porque no pienso soltar tu mano nunca —me arrodillé para estar a la misma altura que él—. Siempre he pensado que lo tenía todo, que no me hacía falta nada más en la vida, no sabía lo equivocado que estaba hasta que te conocí —pasé las puntas de mis dedos por una lágrima que se le había escapado—. Eres tú la que me has enseñado lo que es el amor de verdad, la verdadera felicidad, el amarte más que a mi propia vida, porque para mí eres mi luz, mi alegría y mi felicidad —sacó el anillo de la caja—. Por eso y porque quiero envejecer junto a mí, te pregunto si quieres casarte conmigo y que formemos nuestra propia familia.

—Sí quiero, contigo lo quiero todo, hoy, mañana y siempre. Me lo has dado todo, tu amor, la alegría, las ganas de vivir y una auténtica familia —me puso el anillo, dejo un beso sobre él cuando me lo puso — Te amo, aunque esa palabra se queda corta para todo lo que siento por ti —me cogió por la mejillas sellando este paso tan

importante que íbamos a dar con un beso, volcando en el todo lo que sentíamos el uno por el otro.

—Te amo, cielo —nos pusimos en pie—. Menos mal que has dicho que sí, porque la boda es el día uno —lo miré con los ojos de par en par—. Lo siento, no puedo esperar más y como todas las personas que queremos y son importantes para nosotros están aquí, ¿para qué vamos a esperar? —se le dibujó la sonrisa más bonita que le había visto en mi vida.

—No, no vamos a esperar, si fuera por mí, me podría casar hasta esta misma noche —le llené la cara de besos—. Me da igual no tener vestido de novia, me da igual casarme con unos pantalones vaqueros, me da igual todo, lo único que quiero es hacerlo.

—Felicidades, cariño mío —la madre de Martín me abrazó demostrándome con ese abrazo el amor de madre que estaba dispuesta a darme.

—Gracias, Candela, por todo, porque desde que te he conocido he sentido lo que es una madre por primera vez, gracias por acogerme y recibirme de esta manera, no voy a tener vida suficiente para demostrarte todo lo que siento por ti, porque, aunque hace poco que has entrado en mi vida, para mí es como si llevaras en ella desde siempre.

—Es imposible no quererte, eres una mujer increíble por fuera, pero de dentro eres aún mejor —nos abrazamos fuerte, como los abrazos que me tenía que haber dado mi madre y que nunca me dio.

Me prometí que a partir de esta noche no iba a volver a pensar en esa mujer, para mí iba a quedar en el pasado.

Esa noche rompí las cadenas que hasta ahora me habían estado asfixiando a lo largo de mi vida, porque ahora sí que iba a empezar a vivir, pero vivir de verdad.

Todos me fueron felicitando y dedicando palabras bonitas, cuando terminaron con las felicitaciones fue cuando empezó la celebración.

Pusimos música, bailamos, reímos y hasta cantamos, unos los hicieron mejor que otros, pero lo importante fue que nos divertimos hasta que nuestros cuerpos no pudieron más.

—Llego la hora de nuestra propia celebración —me cogió en brazos para llevarme a nuestra habitación.

En cuanto cerramos la puerta, se puso a mi espalda, pasó los dedos muy despacio por todo el contorno de ella bajando a su paso la cremallera del vestido y con cada porción de mi piel que iba dejando al desnudo iba dejando besos.

Capítulo 30



Martín

Al bajar la cremallera del vestido, metí los dedos en la parte de su hombro, fui bajando las manos a lo largo de sus brazos hasta que las mangas estuvieron fuera de ellos.

El vestido quedó enrollado en su cintura, seguía a su espalda, le eché el pelo hacia un lado empezando a besar su cuello, ella me respondió moviéndose la hacía un lado para que tuviera mejor acceso a esa parte.

—Te amo —le dije, justo antes de pasar la lengua desde la oreja hasta el hombro.

Le desabroché el sujetador, cogí cada tirante e hice lo mismo que con el vestido, lo bajé por su brazo y lo dejé caer al suelo dejando sus pechos al descubierto.

Seguía a su espalda, recorriendo su cuello con los labios, las manos las llevé a sus pechos, se los amasé mientras con los dedos pulgares le iba haciendo círculos sobre los pezones hasta ponérselos erectos.

En cuanto estuvieron como quería se los pellizqué con suavidad.

Almudena iba soltando jadeos cada vez más seguidos y altos.

—Nena, que la casa está llena de personas y te van a oír —murmuré, pegado a su cuello.

Era tan receptiva que me volvía loco, con poco que la tocara o la estimulara se deshacía entre mis brazos.

—No lo puedo evitar, me gusta tanto como me tocas —ronroneó echando un poco su trasero hacía atrás para hacer fricción con mi erección.

—Joder, cielo, no tienes ni idea de como me enciendes en un segundo —metí las manos por su cintura con las palmas pegadas a su piel, las fui bajando, arrastrando el vestido y sus braguitas a lo largo de sus piernas hasta caer hecho un remolino a sus pies.

La cogí en brazos para que sacara los pies de esa ropa.

En cuanto sus pies tocaron el suelo se giró entre mis brazos quedando los dos de frente.

—Ahora me toca desnudarte a mí —fue desabrochando botón por botón, dejando mi pecho al descubierto.

Metió las manos entre los hombros, tal y como yo había hecho con su vestido, fue arrastrando la camisa por mis brazos, con el paso de sus manos por ellos.

Me desabrochó el cinturón, para mi gusto lo hizo con demasiada lentitud, cuando lo tuvo abierto en dos, pasó al botón del pantalón, bajó la cremallera de él.

Metió la mano entre mi piel y el bóxer, atrapando mi miembro erecto entre sus suaves dedos.

—Por Dios, cielo, me llevas a la locura —eché la cabeza hacía atrás soltando un suspiro.

—Tengo intención de que esa locura esta noche sea mucho mayor.

Sus besos los fue repartiendo por todo mi cuerpo, me recorrió cada centímetro de mi piel.

Cada toque, beso o caricia que recibía por sus labios y manos, era una descarga de placer que iba directa a mi entrepierna. Me dolía de lo duro que tenía el miembro, hasta el mínimo roce con mi ropa me molestaba.

Con ella siempre era igual, nunca me cansaba y cada experiencia sexual era mejor que la anterior, haciendo que cada una de ellas fuera inolvidable.

Pero esta noche no podía aguantar como lo había hecho otras tantas veces a que me diera placer con la boca, esta noche me tenía como una moto desde que la vi bajar las escaleras de casa con ese vestido.

En cuanto la vi no pude apartar los ojos de ella, iba derrochando sensualidad en estado puro.

La noche había sido mucho mejor de lo que me esperaba, mucho más bonita y no se podía decir que no había sido emotiva, porque llorar, lloramos todos los presentes.

No fue por como se vistieron todos, aunque tengo que decir que el capullo de mi primo y de Samuel, se querían vestir del El Grinch,

vamos que se habían comprado los disfraces, menos mal que mi madre y mi tío, no les permitieron que se los pusiera.

Aunque estaba seguro de que al día siguiente se lo iban a poner, todo lo que podía pasar es que Iago se llevara un buen susto, pero con ese niño nunca se sabía porque miedo le tenía a pocas cosas.

—Hoy no, cielo, hoy no tengo fuerzas para aguantar —le dije cuando fue a arrodillarse ante mí.

La cogí en brazos para tenderla en medio de cama. Me terminé de quitar la ropa lo más rápido posible.

La besé desde los pies hasta la ingle, pasé a la otra pierna e hice lo mismo, fueron besos lentos, húmedos y con mucha pasión.

Pasé la lengua por la cara interna de sus muslos, primero y después el otro, la ingle y por último los pliegues de su sexo, en cuanto mi lengua hizo contacto con esa zona de su cuerpo, arqueó la espalda por completo.

Disfrutaba viendo cada una de sus reacciones, era tan expresiva con su rostro y con su cuerpo, que era imposible saber cuándo le gustaba más una cosa que otra.

—Vida, yo tampoco aguanto más hoy, te deseo demasiado —jadeó.

Le abrí los pliegues con dos dedos, pasé la lengua desde la entrada de la vagina recogiendo la humedad que iba desprendiendo, llegué al clítoris, lo rodeé, lamí y chupé. Termino atrapándolo entre mis labios sin dejar de pasar la lengua por encima de él.

Los movimientos de los labios y la lengua los acompañé introduciéndole dos dedos, los curve un poco hacía arriba, poco a poco los fui metiendo y sacando de su interior, le estimulé ese punto de su sexo que cuando era tocado le hacía llegar al orgasmo en segundos.

—Así, así… Dios, no pares —no parecía la misma persona de la primera vez que lo hicimos.

Esa vez era tímida, con miedo a enseñar su cuerpo por todo lo que le habían metido en la cabeza. En cambio, ahora era desinhibida, decía cuanto le gustaba, le encantaba provocarme, me buscaba cuando le apetecía tener sexo, porque no hay que tenerlo solo cuando nos apetezca, en muchos momentos ellas pueden quererlo y lo bueno que debe de tener una pareja es la confianza para que ella te lo diga sin sentir vergüenza.

Y así era mi chica ahora, me había costado mucho trabajo que se empezara a querer tal y como era, porque simplemente era perfecta y de esa forma es como se tenía que ver.

No hacía falta que me dijera que no parara, no pensé hacerlo, no hasta que ella explotara con mi rostro enterrado en esa parte de su cuerpo. Y lo hizo, apenas unos segundos después.

Al llegar al máximo de su placer, su espalda de curvó por completo, levantó la pelvis, puso su mano sobre mi cabeza y apretó mi rostro contra su vagina hasta que poco a poco se fue relajando cuando los últimos coletazos del orgasmo fueron abandonando su cuerpo.

Subí por su cuerpo besando cada parte de él. Llegué a sus labios, los besé con mimo, dejando en ese beso todo el amor que sentía por ella. Entrelazamos los dedos y me introduje en su interior con

lentitud, saboreando el momento, dejando que su calor me fuese envolviendo por completo.

Cerré los ojos disfrutando de la sensación que me estaba recorriendo el cuerpo. Entraba y salía de su cuerpo lento, sabiendo que poco a poco iría aumentando el ritmo.

—Te amo —me dijo sin apartar sus ojos de los míos.

Y ese te amo, en ese momento me supo al paraíso, me llegó profundo y directo al corazón.

—Yo también te amo, cielo —la besé lento, recorriendo su labio inferior con la punta de mi lengua, tirando con los dientes de él.

Hicimos el amor con lentitud, saboreando de todas la sensaciones que nos iban embargando, disfrutando de las caricias y roces que nos fuimos dando, llegando a la cúspide del placer los dos juntos, a la misma vez, esperando el uno por el otro.

Me acosté a su lado, la atraje a mi cuerpo rodeando su cintura, envolviéndola entre mis brazos, acompasando mi respiración con la suya y con la sensación de que era completamente feliz me fui quedando dormido.

No sé las horas que habíamos dormido, para mí que fueron muy pocas, porque me costó la misma vida abrir los ojos cuando tocaron en la puerta a la mañana siguiente.

—Ho, ho, ho, Papá Noel a llegado y ha dicho que los últimos que bajen se quedan si regalo —era la voz del tío Eloi.

Madre mía, este hombre tenía más energía que todos los que estábamos en la casa juntos.

—Cielo, despierta —le pasé los mechones del pelo detrás de su oreja—, nos esperan para abrir los regalos.

—Mmm, no, mi regalo ya lo tengo aquí y no me quiero levantar para no tener que compartirlo con nadie —se notaba que se había despertado mimosa.

—No te preocupes que a mí no vas a tener que compartirme —le di un beso en la frente, otro en cada una de sus mejillas y, por último, uno en los labios—. Venga, arriba, que abajo nos está esperando una taza de chocolate bien calentito.

Mi familia tenía la costumbre que el día de Navidad todo nos reuníamos delante de la chimenea con una taza de chocolate caliente y un trozo de bizcocho recién hecho.

Y ahí, era cuando empezábamos a abrir los regalos.

—Tengo mucho sueño —protestó como una niña pequeña.

—Venga, después de comer nos echamos un rato —me levanté y como estaba en modo perezosa, la levanté en brazos y la llevé directa a la ducha para asearnos.

No era plan bajar oliendo a sexo, un sexo increíble todo hay que decirlo, pero no estaría muy bien por nuestra parte.

Con esa ducha conseguimos espabilarnos, que buena falta nos hacía.

Me puse unos vaqueros y un jersey de cuello alto negro, el día pintaba que iba a ser muy fresco. Ella se puso otros vaqueros y en parte de arriba un jersey en color beige oscuro, era suelto y con el

cuello que le caía por un hombro, la parte delantera del jersey se la metió dentro del pantalón y lo demás lo dejo caer.

—¡Feliz Navidad! —dije al entrar en la cocina donde cada uno estaba cogiendo su taza y su plato con un trozo del bizcocho.

—Feliz Navidad —nos respondieron todos a la vez.

—Faltan dos, ¿dónde están? —preguntó mi tía.

—Alejo vino antes a buscar a Samuel, no sé donde han podido ir —le contestó Rocío.

—No me quiero imaginar lo que estarán tramando —dijo Xenxo, negando con la cabeza.

—Pues yo creo que sé lo que van a hacer —les dije.

Que no era nada malo, pero me daba a mí que como anoche se quedaron con las ganas de disfrazarse del personaje verde que odia las Navidades, lo iban a hacer hoy.

No me equivoqué, por la puerta aparecieron esos dos locos disfrazados, llevaban un saco de tela rojo, hacían como si se fueran a llevar todos los regalos con ellos, pero lo mejor vino cuando Nala los vio y se lanzó a perseguirlos por todo el salón.

Iba intentando mordisquearle los pies, ellos se asustaron, pero yo sabía que lo que ella quería era jugar con ellos.

Después de un rato conseguí tranquilizar a Nala, en realidad lo logró Almudena.

Por fin pudimos empezar a darnos los regalos, vamos que eran más o menos los que todo el mundo termina regalando, un perfume, ropa, algo de joya etc.

Para nosotros era más importante vivir estos momentos todos reunidos que las cosa materiales, aunque sí que teníamos mucho en cuenta el gusto de cada uno para comprar los regalos.

Senté a Almudena para entregarle uno de los regalos que le había comprado, era una pulsera de oro blanco, la mitad de ella era de eslabones chicos y la otra mitad era rígida llena de brillantes, por la parte interior mande a que la grabaran con dos palabras "Siempre tuyo" porque mi corazón siempre sería suyo.

Capítulo 31



Almudena

De anoche me guardaba mucho recuerdos, bonitos y otros graciosos.

Terminar el año y comenzarlo rodeado de las personas que eran importantes, era de las mejores cosas que podías guardar en tus recuerdos.

Fue la primera vez en mi vida que me comí las doce uvas rodeada de tantas personas, a decir verdad, fue la primera vez que me las comía, en los años anteriores no lo hacía, porque los años que cené con mi madre, cenábamos temprano, por lo que ella se acostaba antes de las uvas y yo sola no las iba a comer.

Otros años, ella pasaba esa noche en un hotel fuera de casa, yo me quedaba sola en casa, así que ni en cenar me molestaba.

Se podía decir que estas eran la primeras Navidades que vivía y puedo decir que como estas no volvería a vivir ni una más.

Más que nada porque no me iban a volver a pedir matrimonio, ni yo tampoco quería, porque no pensaba soltar al amor de mi vida ni muerta y después el día de hoy, primer día de año y mi boda.

Todo había sido rápido, pero no por ello menos intenso y verdadero.

Por donde iba, la cena de Nochevieja fue casi igual que la de Nochebuena, con la diferencia que, a la hora de comer las uvas, unos casi se atragantaban, otros no pudieron comerlas porque las risas no les dejaban hacerlo.

Fue muy divertida y especial.

Al primero que felicité fue a Martín, como era normal, mi último y primer beso del año fue para él, no podía ser de otro modo.

Después de felicitarnos todos, a Eloi se le metió en la cabeza que teníamos que hacer el ritual de la Queimada, pero vamos que la tuvimos que hacer recitando el conjuro que se suponía que se hacía.

"Búhos, lechuzas, sapos y brujas;
Demonios, duendes y diablos;
espíritus de las vegas llenas de niebla,
cuervos, salamandras y hechiceras;
rabo erguido de gato negro
y todos los hechizos de las curanderas…"

Fue bonito hacer todo ese proceso, sé que antiguamente se hacía como un ritual para alejar a los malos espíritus, nosotros lo hicimos, por pasar una noche distinta, porque tuvo su punto ver como los tres hermanos recitaban esas palabras poniendo voces tenebrosas.

Dejando los recuerdos de anoche y volviendo a unos de los días que iba a ser de los más importantes de mi vida, digo uno de los días, porque estaba segura que viviría mucho más.

Todo lo había organizado Martín y no me había dejado ver nada, eso sí, me había dicho que iba a ser una boda sencilla y que solo estaríamos la familia, pero no estaba muy segura que eso fuera cierto.

Hasta el vestido me lo había comprado, bueno eso no, porque su madre no le permitió que lo viera, así que fue ella con su hermana las encargadas de comprarlo, solo esperaba que hubieran dado con mi taya, porque como no fuera así, ya me estaba viendo, casándome con un pantalón y un jersey, porque fuera bonito, no le temía, mi suegra y su hermana tenían muy buen gusto.

Todavía no me lo habían enseñado, lo estaban dejando como sorpresa de última hora.

Hasta que no estuviera peinada y maquillada no me lo iban a mostrar, lo que sí que me dieron fue la lencería blanca y una bata de seda en el mismo color para que me la pusiera mientras me preparaban.

Me peinaron y maquillado entre Ainoa y Rocío. La verdad es que lo hicieron muy bien, el maquillaje fue en tonos naturales, y el pelo me lo recogieron, pero en un moño más moderno y suelto, no me gustaba esos que iban demasiados estirados, entre los mechones de pelos que iban entrelazados, me pusieron pequeñas florecitas hechas con brillantitos.

—Ains, creo que voy a llorar —dijo Rocío, mirándome a través del espejo.

Yo estaba sentada en el banco del tocador y ella estaba de pie a mi espalda colocándome la última flor.

—Espero que esa lágrimas sean de alegría —dijo Ainoa colocándose a su lado.

—No te puedes ni imaginar de la gran felicidad que es —le respondió.

Puso una mano sobre mi hombro, coloqué la mía encima dándole un pequeño apretón, no nos hacía falta palabras para saber lo que significábamos la una para la otra.

—Gracias por haber estado siempre a mi lado, sin ti estoy segura de que no estaría aquí —aguanté las ganas de llorar lo mejor que pude, no quería estropear el maquillaje.

Martín me tenía que ver ese día más bonita que nunca, no por él, porque tenía bastante claro que para él siempre estaba increíble, pero yo si necesitaba ver en su mirada que le gustaba el resultado que estaba viendo en mí.

Tocaron en la puerta, al darle paso aparecieron Macarena y Candela, entre las dos traían un funda blanca, de esas que son para guardar los vestidos.

—Que bonitas estas, cariño —me dijo la que consideraba desde que la había conocido como mi madre.

—Muchas gracias, Candela —eran pocas las palabras que me salían en esos momentos.

Tenía tantos sentimientos dentro de mí, todos buenos, pero me sentía un poco conmocionada que las palabras se quedaban atascadas en la garganta.

Era imposible que atravesara el nudo de emociones que tenía instalado en ese lugar, por más que intentaba tragar con fuerza, no desaparecía.

—Llegó la hora de que veas tu vestido con el cual vas a dar el paso más importante de tu vida —me dijo Macarena—. Ya pertenecías a la familia, pero a partir de hoy lo harás legalmente —me guiñó un ojo.

Abrieron la funda mostrando en ella el vestido más bonito que había visto en mi vida, y si se veía así metido en ese plástico, puesto, se tendría que ver mucho más bonito.

Me ayudaron a ponérmelo, en cuando me abrocharon todos los botones me giré para verme en el espejo de cuerpo entero.

El vestido era corte princesa, la capa de abajo era un tela de raso, encima iba cubierto por un encaje fino, muy suave. Las mangas y la espalda eran solo de la tela de encaje, y el escote era en forma de corazón.

Tenía una caída perfecta y la parte de arriba se ceñía a mi cuerpo a la perfección.

Me parecía mentira la imagen que me estaba devolviendo el espejo, era la primera vez en mi vida que me veía bonita, más que bonita, me veía radiante.

A través de ese espejo vi como las cuatro estaban detrás de mí y todas con los ojos húmedos por la lágrimas que no podían contener.

—Si lloráis, me haréis llorar a mí también y no quiero hacerlo —susurré casi sin voz.

—Es que nunca he visto una novia tan bonita —dijo Rocío.

—Cuando te toque a ti, te aseguro que te verás mucho mejor que yo —por lo menos para mí sería la más bonita del mundo.

—Te falta algo —dijo mi suegra.

Abrió un caja de joyería y de ella sacó una gargantilla a juego con unos pendientes y una pulsera.

Era una cadenita fina, sencilla y en el centro llevaba colgada una pequeña perla blanca. La elegancia de esas tres piezas hablaba por si solas.

—No es nueva, es el mismo conjunto que mi madre me regaló el día de mi boda, lo tenía guardado para dárselo a mi nuera el día de su boda con mi hijo y no puedo ser más feliz al ver a la mujer que él ha elegido para pasar su vida junto a ella —ahora sí que no había un Dios que me hiciera controlar las lágrimas—. Eres la hija que no he tenido, solo quiero que tú mi hijo seáis siempre muy felices.

—Ains, Candela, no sabes lo que significan esas palabras para mí —nos abrazamos con todo el cariño que sentíamos la una por la otra —. Gracias, por ser tan buena conmigo y quererme desde el primer día.

Nos interrumpieron unos golpecitos en la puerta.

—Chicas, es hora de que os vayáis ya —dijo Eloi, asomando la cabeza—, el novio tiene que estar que se sube por las pared… —no terminó de decir la última palabra, me miró y se quedó con la boca abierta.

Os juro que fue literal.

—Hermano, reacciona que parece que te has quedado tonto —le dijo su hermana Macarena riendo.

—Tonto no, lo que me he quedado sin palabras, Almudena, mi sobrino se va a morir cuando te vea —vino hacía mí, me cogió de una mano y me hizo dar una vuelta entera sobre mis propios pies—. Eso si decido que te vea, porque soy capaz de secuestrarte. ¿Estás segura de que te quieres casar con él y no conmigo?

—A mi nuera la dejas tranquila —le dijo su hermana, dándole una colleja.

—Se va a escapar porque soy muy viejo para ella, de lo contrario, no se me escapaba —me guiñó el ojo. Él era así, siempre estaba con sus bromas—. Venga, fuera todas que me muero de ganas de ver la cara que va a poner mi sobrino.

—Dentro de unos minutos nos vemos —les dije antes de que se fueran.

Eloi fue a quien elegí para ir cogida de su brazo hasta llegar a los pies del altar, donde me estaría esperando Martín.

—No me puedo sentir más orgulloso de que me hayas elegido a mí. Perdiste a tu padre muy joven y yo nunca he tenido hijos, pero para mí ES como si fueras esa hija que nunca tuve —era la primera vez que lo escuchaba hablar tan serio—. Quiero que sepas que siempre podrás contar conmigo y me da igual que sigas con mi sobrino o no, porque a los hijos nunca se les abandonan y yo no lo pienso hacer contigo —me dio un beso en la frente, nos habíamos emocionado los dos.

—Ojalá hubiera tenido un padre como tú, te quiero mucho Eloi.

En cuanto me recompuse un poco de la emoción, salimos por la puerta hacía donde iba a ser la boda.

Por el camino fue Eloi el que me dijo donde se iba a celebrar y como estaba a unos minutos andando, no fuimos en coche, fuimos paseando por las calles de este pueblo tan maravilloso.

Lo vecinos iban saliendo de sus casas a nuestro paso, era raro que alguno no me fuese diciendo algún piropo. Os juro que pasé mucha vergüenza, no estaba acostumbrada a recibir tantos halagos y que todos te lo dijeran el mismo día, eso cortaba hasta a la persona más lanzada del mundo.

Llegamos al lugar donde se iba a celebrar la ceremonia y la posterior boda. El lugar era un restaurante rural, que antiguamente fue una fábrica y que sus nuevo propietarios lo habían convertido en restaurante.

El altar estaba colocado a un lado del jardín, había un pasillo formado entre las sillas y en medio una alfombra blanca. Al final de ese camino estaba esperando el hombre de mi vida, ese que desde esta distancia podía ver que estaba llorando a lágrima viva.

No le daba vergüenza que lo vieran, él era así, nunca le había importado demostrar su sentimientos delante de la persona que hubiera.

Al verlo en ese estado me emocioné igual que él.

—Aquí la tienes sobrino, cuídala siempre, porque no hay mejor mujer que te pueda acompañar en la vida —le dijo a su sobrino, cuando llegamos hasta él. Me dio un beso en la mejilla y a Martín un abrazo.

—Con mi vida la voy a cuidar hasta mi último aliento —le contestó. Le di la mano cuando me ofreció la suya—. Estás preciosa, cielo —me dio un beso en el dorso de la mano y otro en la frente—. Te amo.

—Te amo con toda mi alma —le contesté.

Ese día iba a quedar grabado en mi corazón, aunque perdiera la memoria, siempre lo iba a recordar hasta el último día de mi vida.

Todo, lo iba a recordar todo, desde que me levanté, pasando por la palabras que me había dicho todas estas personas: verlo llorar en el altar, el sí quiero, el posterior beso, la comida, los invitados, el baile y por último la noche de bodas.

Todo había sido especial y estaba segura de que a partir de hoy lo iba a serlo mucho más, todos y cada uno de los días de mi vida.

Epílogo



Ocho años después…

Martín

—Papi, papi —no sé qué hora de la madruga era cuando sentí una pequeñas manos zarandeándome—, papi, despierta.

—Vida, es tarde y vas a despertar a mamá —me levanté de la cama sin hacer ruido, aunque a Almudena ni una bomba la despertaba a esta hora de la noche— ¿Qué es lo que te pasa?

—Debajo de mi cama hay un monstruo —dijo con la voz temblorosa. Se abrazó a mi cuello pegando su naricilla a este.

—Estoy seguro de que debajo de tu cama no hay nada —intenté consolarla, pero estaba bastante asustada y creía saber la razón de ello.

—Eloi me ha dicho que ha visto como entraba ese monstruo y se metía debajo de mi cama —no penséis que era mi tío Eloi, no.

Eloi era mi hijo mayor, le pusimos ese nombre porque así lo quiso mi mujer, quiso que mi hijo se llamara como mi tío, porque para ella

se había convertido en alguien muy especial, ella lo consideraba como un padre y él a ella como si fuera su hija.

—Sabes que a tu hermano le gusta mucho gastarte bromas —le di un beso en la frente.

Mi niña era tan inocente que, su hermano se quedaba con ella cada vez que le daba la gana, mira que habíamos hablado con él para que no lo hiciera, pero a él le entraba por un oído y le salía por el otro.

Tenía dos hijos, Eloi como he nombrado antes y mi pequeña.

Mi hijo tenía siete años, como os podéis imaginar, era un trasto que por lo que parecía ser, su deporte favorito era pinchar a su hermana.

Daniela tenía cinco años y como he dicho hace un momento era muy inocente y con un corazón tan noble como el de su madre.

Esta niña era luz, pero mi hijo no lo era menos, a los dos los quería por igual y por los dos estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario. La diferencia que había era que cada uno tenía su forma de ser y su carácter, pero así éramos todo el mundo, cada uno de nosotros éramos especiales con nuestras distintas formas de ser.

¿Quién me iba a decir hace nueve años que mi vida iba a cambiar tanto? Yo no lo hubiera imaginado y mis padres mucho menos, pero tengo que decir que ese cambio había sido para mejor.

El día que Almudena entró por mi oficina, pensaba que íbamos a llegar al trato que Rocío le había comentado, pero cuando ella me dijo que no quería que le pagara, que solo necesitaba que la dejara

quedarse en mi casa y que le comprara algo de ropa, vi en su mirada algo que me atrapó y lo hizo para el resto de mi vida.

Porque en ese mismo momento le entregué el corazón, aun si yo saber que lo había hecho. Desde ese día no cambiaba ni uno solo de los que había vivido junto a ella y mira que nos casamos en poco tiempo, pero cuando el amor es de verdad y es verdadero no importa si conoces a esa persona de días, meses o años, porque estás seguro que es tu alma gemela.

Y yo lo supe, de la misma manera en la que ella también lo supo.

Y aquí estábamos hoy, en la casa donde ella encontró a su familia y donde clavé las rodillas en el suelo para pedirle que se casara conmigo.

Ocho años después, con la familia unida y mucho más grande. Listos para empezar las fiestas, estas fiestas que eran las preferidas y las que más le gustaba a mi mujer.

—Vamos a encender la luz y mirar debajo de la cama, ya verás como papi no te miente y debajo no hay nada —tenía su cabeza echada sobre mi hombro, su llanto iba disminuyendo, aunque por el estado en el que se encontraba estaba seguro de que iba a ser imposible que volviera a dormir ella sola, por lo menos esta noche.

—Eloi me ha dicho que, aunque miremos no lo vamos a ver porque tiene el poder de hacerse invisible, pero que se va a quedar toda la noche ahí —se llevó el dedo pulgar a la boca para chupárselo, tenía esa costumbre desde que era muy pequeña, lo hacía como si fuera su chupete.

—Eloi va a estar mañana castigado todo el día por mentiroso —tengo que admitir que mi hijo tenía una mente muy despierta,

porque mira que decirle a su hermana que el monstruo era invisible, desde luego que no le faltaba imaginación.

De camino a la habitación que tenía mi pequeña en esta casa, escuché otro llanto y una puerta abrirse.

—A tú hijo lo mato mañana —dijo mi amigo Samuel, saliendo de su habitación con su hija en brazos.

Clara era la única hija que tenían por ahora Samuel y Rocío, dijo la única por ahora, porque estaban esperando a su segunda hija, pero para que naciera todavía le quedaban unos meses.

—No me digas nada, también la ha asustado.

—Asustar es poco, no hay un Dios que la convenza de que lo que le ha dicho su primo es mentira.

Los niños se trataban como primos, y a los padres nos decían titos. Es que en realidad éramos una familia, daba igual si compartíamos la sangre o no, lo que contaba era lo que sentíamos en nuestros corazones.

Rocío y Samuel se casaron un año después que nosotros, lo hicieron en nuestra tierra. Su boda fue algo mayor que la mía, era normal, teniendo en cuenta que los dos tenían una familia bastante grande.

Los padre de ella comenzaron a vivir cómodamente, por lo menos económicamente. En el momento en el que mi mujer pudo hacerse cargo de su herencia les pagó lo que les quedaba de hipoteca y les dio un buen dinero para que pudieran vivir y que el padre de Rocío dejara de trabajar y así poder dedicarle más tiempo a su mujer e hijos.

Fue un acto muy bonito por parte de Almudena, eso decía mucho de como era la mujer que tenía a mi lado.

—Con su hermana ha hecho lo mismo y estoy seguro que lo ha hecho para tener el camino libre y meterse en la cama con su madre. Mañana hablaré con él.

—¿Qué te parece un chocolate caliente? Total, ya estamos desvelados —me dijo, comenzando a bajar las escaleras.

—Me parece perfecto y estoy seguro que a estas dos les parece más perfecto.

—¿Cuándo llega Alejo? —me preguntó.

—Pasado mañana. Su mujer no coge vacaciones hasta mañana y tienen que organizar unas cosas con los padres de ella antes de venir.

Alejo se casó hacía tres años, a los pocos meses de conocer a una alemana, tengo que decir que era guapísima, tan alta como él y yo, y tan rubia que parecía albina.

Ellos no habían tenido hijos. Helga por ahora estaba muy enfocada en su trabajo y él que no era muy niñero, pues por ahora pasaban de niños. Alejo se fue a vivir a la ciudad de ella, y la verdad, me asombraba bastante lo bien que se había adaptado.

—Creo que ese ha sido el más listo de los tres —sentó a su hija sobre la isla de la cocina—, mira como no se tiene que levantar de madrugaba porque su hijo esté llorando.

—Pues yo no me arrepiento de haber sido padre, es más, si fuera por mí tendría más —senté a mi hija en la isla al lado de su prima, mientras nosotros preparábamos la bebida.

—En la barriga de mi mami hay una hermanita para mí —dijo Clara.

—En la de la mía también —mi hija era muy buena y todo lo que quisiera, pero muchas veces entre las primas se picaban porque querían lo mismo.

—Eso es mentira, tu mamá no tiene la barriga gorda como la mía —miré a mi amigo y rompimos a reír los dos.

—Es verdad, me lo ha dicho ella, pero me dijo que tenía que ser un secreto porque ese iba a ser el regalo de Navidad para mi papá —me quedé clavado en el sitio, porque eso era imposible que se lo hubiera inventado mi hija.

—Daniela, cariño, ¿es verdad lo que has dicho? Sabes que a papi no se le puede mentir —llegué hasta ella para que me mirara a la cara.

—Te lo prometo papi, lo siento, era un secreto —parecía arrepentida que haberlo dicho.

—No pasa nada, cielo —le di un beso en la mejilla.

—Felicidades, mientras antes dices que te gustaría tener otro hijo, antes se cumple —me dio un abrazo—. Ya verás cuando se enteren todos, la fiesta que va a montar.

Estaba seguro de que tanto mis padres, como mis tíos, lo iban a celebrar por todo lo alto.

Mis padres eran los que se quedaban con nuestros hijos cuando por trabajo no podíamos hacerlo nosotros. Almudena empezó a trabajar junto a mí de contable y desde que había nacido Eloi solo trabajamos por las mañanas, por lo que nos encargábamos nosotros mismo de nuestros hijos, pero cuando por algún motivo teníamos que trabajar por las tardes, era mis padres los que se quedaban con ellos.

Como comprenderéis, la madre de Almudena no sabía ni los nietos que tenía, por lo menos no teníamos constancia de que ella lo supiera. Su hija rompió todo trato con su madre desde que se fue de su casa y hasta el día de hoy no se habían vuelto a ver, no sabía lo que era de esa mujer y tampoco me importaba lo más mínimo, por mí se podía ir al infierno.

Mis tres tíos seguían con sus vidas igual que siempre, en un pueblo tan pequeño como este, poco podía cambiar.

Y por último mi prima Ainoa, ella fue quizás la que peor lo pasó por un tiempo. Resulta que su exmarido nos tenía a todos muy engañados y estaba llevando una doble vida, pero doble de verdad, porque con la otra mujer con la que había engañado a mi prima tenía también un hijo y de la misma edad que Iago, que ahora tenía nueve años.

Como he dicho, al principio lo paso muy mal, pero poco a poco y con la ayuda de la familia comenzó a ser la que había sido siempre. Ahora llevaba poco tiempo que estaba conociendo a un hombre, a simple vista se veía buena persona, aunque lo que importaba de verdad era como la trataba a ella y a su hijo, supongo que todo lo demás se iría viendo con el paso del tiempo.

Nos tomamos los cuatro el chocolate, que todo hay que decirlo, fue mano de santo para las niñas, porque antes de llegar a sus

habitaciones ya iban dormidas en nuestros brazos.

La acosté y tapé bien, le di un beso y me fui para mi habitación y como predije, acostado en la cama estaba mi hijo, era tarde y me daba lástima sacarlo de ella, así que me puse detrás de mi chica, la abracé por la cintura pegándola a mi cuerpo todo lo que pude.

—Ha hecho una de las suyas el niño con su hermana, ¿verdad? —me preguntó bajito.

—Y la niña también lo ha hecho —me contuve la sonrisa—, me ha contado el pequeño secreto que tenías guardado —puse la palma de la mano sobre su vientre.

—Vaya, ya no te puedo dar la sorpresa —le giré la cara para que me mirara.

—Cielo, te amo. Me haces feliz todos los días, gracias por darme la familia que me has dado y la que estamos esperando —la besé con suavidad.

—Te amo. Tú también me haces feliz todos los días.

Estaba seguro de que el futuro que nos esperaba iba a ser igual de bonito y feliz que estos ocho años que llevábamos juntos. Era tan feliz, que no cambiaba ni un solo día de los que había vivido junto a Almudena por nada en el mundo, porque para mí, ella era mi todo.

¡Hola! ¿Cómo estás? ¿Qué te ha parecido esta novela? Curiosidad de autora jeje.

Si te gusta cómo escribo, disfrutas con mis historias, viajas a esos lugares donde los personajes viven mil y una aventuras, y quieres estar al día de mis novedades, puedes seguirme en la página de Amazon y en mis redes.

¡¡Nos vemos por allí!!

Sarah Rusell.

Facebook: Sarah Rusell

Instagram: @sarah_rusell_autora

Página de autora: relinks.me/SarahRusell

Twitter: @ChicasTribu